

GENEVIÈVE CHAUVEL

Lucrecia Borgia

LA HIJA DEL PAPA



NARRATIVAS HISTÓRICAS

Lectulandia

La biografía de una mujer de belleza deslumbrante que, desde muy joven, fue utilizada como instrumento político tanto por su padre, el papa Alejandro VI, como por su hermano César. A la luz de recientes investigaciones, Chauvel da una nueva interpretación de la vida de una mujer que fue víctima en su tiempo de toda clase de rumores y maledicencias.

Lectulandia

Geneviève Chauvel

Lucrecia Borgia

La hija del Papa

ePub r1.0

lvs008 09.06.16

Título original: *Lucrece Borgia*
Geneviève Chauvel, Abril de 2002
Traducción: Martine Fernández
Retoque de cubierta: lvs008

Editor digital: lvs008
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El amor me ha establecido como objetivo de sus trazos, como la nieve al sol, como la cera al fuego, y como la bruma al viento...

PETRARCA CANCIONERO 133

No hay que preocuparse por el porvenir, no entristecerse y sólo retener del pasado lo que deja de sabroso.

LUCRECIA BORGIA

Prólogo

Es una niña. Debemos bautizarla lo antes posible, antes de que se vaya.

—Es muy probable que la señora Lucrecia sea la primera en extinguirse.

—¿Qué dirá Dios a la hija del Papa?

Estas últimas palabras, pronunciadas como una sentencia, resonaron en el silencio y me desvelaron del estado de inconsciencia en el que me había sumido el alumbramiento prematuro de mi duodécimo hijo. Una cosita muy escuchimizada a la que he traído al mundo haciendo uso de mis últimas fuerzas para permitirle existir. ¿Voy a perder la vida por ello?

Todos mis partos fueron difíciles. En varias ocasiones la fiebre me acercó a los abismos de la muerte. Pero una vez más me agarro, muy decidida a atrasar la hora del juicio, para arrepentirme una vez más y merecer la misericordia del Todopoderoso. Ser la hija de un papa me ha catapultado al rango de princesa en este bajo mundo, y seguramente me cerrará las puertas del Paraíso.

Cuánto temo este fin que de repente siento demasiado cercano. No me asusta la muerte, ahora bien ¿tendré el tiempo suficiente para prepararme? Mi alma debe hacer limpieza y necesita numerosas ablaciones, al igual que mi cuerpo, cuando, antaño, lo acicalaba para brillar en el esplendor del Vaticano. Unas horas interminables dedicadas a la belleza para las fiestas organizadas por mi padre, que me veneraba y quería honrarme, pero sobre todo antes de conocer a cada uno de esos hombres con los que he compartido mi vida. Quería ser amada por encima de todo y no desperdiciaba ninguna ocasión para alcanzar mis objetivos.

Sí, fui bella. Tan bella que mi padre me utilizó, al igual que César, mi adorado y aborrecido hermano. Pero en el umbral de los treinta y nueve años, preparada para embarcarme para el último viaje, me pregunto: ¿me han amado, y yo, he sabido amar?

¿A cuál de mis tres maridos?

¿A cuál de mis dos amantes? ¿Al fogoso que vino a seducirme tras los muros de un convento, o al platónico que me hizo descubrir el poder del deseo? ¡Ay! *Messer Pietro Mio, carissimo*^[1]. Pietro Bembo que se arrepentía de que su corazón sólo fuera un cristal puro, «Donde vuestros bellos ojos, mi dama, leerían lo que callo, y que vos no veis...».

No estaba ciega. Cuántas notas intercambiadas en la sombra, cuántos besos a hurtadillas que avivaban el fuego que nos consumía. ¿Acaso no fue el único, el verdadero?

Unos versos de Petrarca, nuestro poeta preferido, me vuelven a la mente, y los susurro suspirando:

Amor corroe mi corazón, Fortuna lo despoja de todo consuelo, y la mente insensata se irrita y llora por ello. Así, en grandes tormentos es conveniente que siempre viva luchando.

Luchar para vivir, luchar para amar..., ése fue el destino de mis últimos años. Al casarme en terceras nupcias con el duque de Este, esperaba lavar la humillación de una primera unión indebidamente anulada y ahuyentar de mi memoria la felicidad demasiado perfecta de la segunda, brutalmente sesgada por la trágica muerte de mi adorado esposo. Tenía veintiún años, y me alejaba de Roma, con la cabeza llena de sueños e ilusiones, confiando en esa nueva existencia que me esperaba; confiando sobre todo en liberarme por fin de los hombres de mi familia, mi padre y mi hermano, que no habían cesado de moverme como un peón en el tablero de ajedrez de sus intereses. Ahora bien, en la corte de Ferrara no conseguí que se olvidara que era una Borgia, la española, una extranjera, y peor que todo eso, la hija de Alejandro VI, el pecado viviente de un papa deshonorado por ser demasiado poderoso y temido.

La España de mis antepasados me ha dado la sangre orgullosa, y afrontaba con dignidad las ofensas de la calumnia. Las recibí de lleno, a centenares, y se añadieron a las pruebas dolorosas ya soportadas antes, abriendo sin fin las heridas de mi corazón enlutado. Pero seguía siendo para siempre una Borgia, puesto que Borgia había nacido, y nunca había renegado del padre sin igual hacia el cual el Cielo me había guiado. Un destino poco ordinario debía ser el mío. Alrededor de mi cuna, unas mujeres lo predijeron... Y no se equivocaron.



La gloria de los Borgias ha dejado de existir, los seres queridos me esperan en la otra orilla. El final de mi camino está cerca. He añadido estas páginas al librito escrito en el convento, en el cual he recopilado mis recuerdos. Una vez más, voy a volver a leerlo para partir sin remordimientos si puedo responder a esas preguntas punzantes que no dejan de torturarme: ¿Me han amado? ¿He sabido amar?

Capítulo I

¿Por qué estoy tan obsesionada con el amor? Mi nacimiento fue, sin embargo, su fruto y durante mi infancia se me colmó con creces de él. Bien es verdad que mi familia no se parecía a las demás. El marido de mi madre no era mi padre, y muy pronto me enteré de que el autor de mis días era un cardenal que venía a vernos a menudo, Rodrigo Borgia, vicescanciller de la Iglesia. Lejos de chocarme, eso me dio más seguridad y orgullo. Tanto con su vestido de seda púrpura engalanada con una cruz de oro, como con su justillo de caza de terciopelo negro realzado con galones dorados, era el más apuesto, el más seductor de los hombres y, a mis ojos, el más poderoso. Ante él, la gente se inclinaba con devoción, hasta se ponían de rodillas para besar su anillo sagrado. Su alta estatura me impresionaba, su elegancia me cautivaba, su alegría me embriagaba. Su voz resonaba como los clarines de una fiesta y, cuando me cogía sobre sus rodillas para acariciar mi cabello o murmurarme palabras tiernas al oído, era la más feliz del mundo.

—¡Luz de mis ojos! —me decía—. ¡Tesoro de mi corazón!

Acurrucada contra él, no temía a nada y no me planteaba nada. Era la hija de un alto personaje de la Iglesia, y la sociedad aceptaba esa particularidad. Con el tiempo, las mentalidades han cambiado. Hoy se critican las licencias de ayer, se juzga y se condena lo que antes sorprendía, divertía o alegraba. En nombre de un nuevo rigor de la moral, la gente se arroja bajo falsas virtudes para hacer olvidar los extravíos del pasado. Soy la primera víctima de ellos puesto que, al creerme culpable, me impongo las penitencias más severas. Desde hace diez años, una camisa de sílice desgarrar mi carne y la mantiene en un dolor permanente que nunca igualará a la de Jesús crucificado para redimir nuestros pecados.

En mi alma atormentada, me rebelo negando el veredicto de los que piensan poseer la Verdad. ¿Qué he hecho de malo al venir al mundo? ¿Acaso no es Dios el que me ha enviado a la Tierra? ¿Acaso no es Dios el que me ha permitido vivir? Entonces, ¿quién es el culpable? Ni yo, ni mis padres. Soy el fruto de su amor y nunca se lo echaré en cara. Un amor imposible que el casamiento no podía coronar. Tuvieron el valor de vivirlo sin ir contra la conveniencia, sin dejar de cumplir sus deberes con sus hijos.

¿Por qué incriminarlos por el hecho de que hayan seguido sus instintos? Él era apuesto, sensual, rico por poder absoluto que otorga la Iglesia. Ella era majestuosa, como las diosas que su padre esculpía, una verdadera Juno, seductora en grado superlativo, inteligente y apasionada. Rodrigo Borgia y Vannoza Cattanei. Dos seres fuera de lo común que una pasión secreta unió durante casi quince años. No fui el único resultado. Dos hermanos me habían precedido: César, nacido en 1475, y Juan, un año más tarde. Otro niño nació después de mí, al que llamaron Jofre.

Mi padre nos adoraba y velaba por nuestra educación. No vivía con nosotros. Tenía un palacio muy cerca de la Piazza di Merlo, y tan sólo atravesándola podía venir a darnos un beso. Había instalado a mi madre en una bonita casa que le habían regalado en el lado soleado de la plaza y le había escogido un marido, Giorgio di Croce, un milanés con fortuna al que nombró secretario apostólico.

De esta manera se salvaban las apariencias, y *madonna* Vannoza, hija del marmolista escultor de Brescia, se había convertido en una dama de la sociedad. Nadie ignoraba que era la favorita del cardenal Borgia, pero se le demostraba respeto tanto por su matrimonio honorable como por esa «relación particular» que le aseguraba holgura y protección. Nos hemos beneficiado de ello a lo largo de nuestra infancia. Mis hermanos y yo hemos crecido en la despreocupación que otorgan los títulos y la opulencia. Bajo los auspicios del Vaticano, nuestro futuro estaba asegurado, como lo había estado el de numerosos hijos de eclesiásticos que habían establecido alianzas brillantes. Una maravillosa armonía reinaba a nuestro alrededor y cada uno de nosotros se preparaba para grandes destinos.

El mío empezó en el castillo de Subiaco. En el pueblo de mismo nombre, a menos de cien leguas de Roma, dominaba un monasterio y unas pendientes escarpadas cubiertas de robles. La finca era inmensa. El papa Sixto IV se la había regalado a mi padre en agradecimiento por su apoyo en su elección. Los ingresos de la abadía le habían permitido restaurar la fortaleza para convertirla en una noble vivienda donde iba a menudo para cazar. A mi madre le gustaba esa vieja «Rocca» de los Borgia donde su amor había crecido, donde César había nacido. Cuando durante su tercer embarazo el astrólogo predijo que tendría una niña, decidió sin dudar instalarse allí para dar a luz lejos del bullicio de la ciudad, en el lujo y la serenidad. Y allí vine al mundo, el 18 de abril de 1480.

Como una verdadera princesa, dormí en ropa fina ornamentada con encaje. Unas sirvientas me colmaban con mil atenciones. Una *mecedora* velaba en la cabecera de mi cuna y me cantaba romances que sosegaban mi sueño. Me lavaban todos los días y, para alimentarme, me dejaban en los brazos de mi madre. Después de haberme dado la vida, me regalaba esa magnífica prueba de amor que eran sus mamas llenas de leche. Los médicos de la época aconsejaban esta práctica que vuelve a las madres más maternales y a los niños más resistentes. Sobre todo decían que favorecía en el bebé un carácter moderado y creaba un lazo misterioso que, con el tiempo, desarrollaba los sentimientos de afecto y una mejor comprensión. Para no envenenarme con una leche de color verde, amarilla o negra, salada o amarga, mi tierna madre se había impuesto un régimen especial de lechugas, almendras, avellanas y sopas francesas^[1].

El resultado la recompensó por sus esfuerzos. Me convertí en una niña sonriente y graciosa, fina y ágil, dotada, como ella, de una larga cabellera sedosa y dorada, de una piel clara y satinada. En cuanto al color de mis ojos, no sé de quién lo había heredado. Los de mi madre, al igual que los de César, eran de un azul profundo,

mientras que los míos eran de un gris azulado tan pálido que parecían transparentes. Mis otros hermanos tenían los ojos negros y la encarnación ambarina de nuestro padre. Única chica entre tres niños, me distinguía. Al igual que ellos, poseía la gracia y la belleza, pero el Cielo me había engalanado con esas bazas preciosas que son el encanto y la femineidad. En compañía de mi madre, que las poseía de sobras, aprendí a cultivarlas rápidamente, consciente del poder que ejercían, en mis hermanos, que me adulaban, en mi padrastro, al que desarmaba, y sobre todo en mi padre, que me arrojaba con una mirada emocionada y llena de orgullo llamándome su «obra de arte».

Cuando recuerdo esos primeros años de la infancia, siento renacer en mi interior la dulce sensación de bienestar que sentía por aquel entonces. Todo era sencillo y ligero. La vivacidad y la simpatía de mi padre alegraban nuestros días, y mi madre tenía el arte de contener nuestras exuberancias. Sabía mandar como si estuviera suplicando. Toda una mujer cuya voz subyugaba. Si bien es verdad que a veces era demasiado indulgente con las tonterías de sus dos hijos mayores.

César y Juan tenían una imaginación desbordante que utilizaban para amenizar nuestras distracciones ordinarias de los chinos, el escondite o la gallina ciega. Cansados de construir casitas para mis muñecas, de enganchar ratones a un carrito o de subir a caballo sobre un bastón, inventaban los juegos de destreza más hábiles y los juegos de cuerpo más osados. De estos prefiero no acordarme, porque el rubor de la vergüenza me colorea las mejillas.

Pero en esa época estábamos a salvo de todo prejuicio. La anatomía de un hombre o una mujer no era un misterio. En el parque de nuestra casa de verano de Subura, las estatuas de divinidades, en el hueco de los nichos de glicinias o lilas, nos instruían, y en las calles de Roma a veces sorprendíamos a gente desnuda tras las ventanas abiertas. Sin ninguna malicia, repetíamos los gestos que acostumbrábamos a ver a nuestro alrededor. Algunas caricias nos emocionaban. Guardábamos el secreto de éstas y respetábamos las prohibiciones que una edad más avanzada nos permitiría.

En esa época, ningún miedo, ninguna preocupación afloraba a nuestras mentes. Nuestra existencia corría como un río apaciguado, brillando con cientos de esperanzas. En las orillas sombreadas, recibíamos el amor de nuestros padres. El uno y el otro, cada uno a su manera, nos lo ofrecía en profusión. Una ternura sutilmente dosificada que entretenía nuestras risas haciendo florecer nuestros corazones.

El año en que cumplí seis años fue el de la primera turbación. Mi padrastro murió pocos días antes de mi cumpleaños. Mi padre rápidamente le encontró otro marido a mi madre. Tres meses después, a principios del verano, se celebró su boda con el *signor* Carlo Canale, un letrado de Mantua, familiarizado con el Vaticano, y que enseguida fue gratificado con el título de «solicitador de bulas». Mi madre abandonó la casa de la Piazza Pizzo di Merlo para trasladarse a otra más espaciosa situada en la Piazza Branchis, que había comprado unos años antes.

La seguimos allí y habíamos empezado a familiarizarnos tanto con el nuevo hogar

como con el que se comportaba como nuevo padre sin contrariarnos nunca. Como buen humanista que era, cuando mi padre decidió llevarnos con él para dirigir nuestra educación supo lo que tenía que hacer. Entonces entendí que entre mis padres ya no había pasión. Carlo Canale no era un esposo de fachada. Ejercía plenamente sus derechos, y mi madre no tardaría en darle un hijo.

¿Todavía nos amaba? Lo dudaba cuando me vi obligada a dejar su casa, pero supo reconfortarme en adelante multiplicando sus visitas, e invitándonos cada verano a su villa de Subura donde enseguida volvíamos a recuperar las complicidades que tuvimos en el pasado. Sus atenciones fueron constantes en el curso de los años. Más tarde, entendería cuánto había sufrido de nuestra separación forzada. Le había costado, pero había aceptado, para nuestro mayor bien, someterse a la voluntad del hombre al que había adorado, puesto que a cada uno de nosotros le había prometido un porvenir glorioso: la púrpura para César, un principado para Juan, un ducado para Jofre y un brillante matrimonio para mí.



Mi educación y la de mis hermanos fueron confiadas a una parienta de mi padre, viuda de un noble romano, Ludovico Orsini, señor de Bassanello. Este último se había apagado dejándole un palacio en el Monte Giordano, así como un hijo, Orso, más mayor que César y desfavorecido por la naturaleza puesto que sólo veía con un ojo. Por primera vez en mi existencia, me di cuenta de que la voluntad de Dios marcaba a ciertas personas desde su nacimiento. ¿Por qué misteriosa razón había decidido Dios poner a prueba a este pobre chico nacido en la legitimidad, cuando a nosotros, los bastardos, había concedido la belleza?

Si Orso se sentía infeliz por su desgracia, nosotros lo éramos por haber perdido a nuestra madre y nuestro hogar. Sin poner mala cara, nos aceptó bajo su techo donde su madre nos ofreció su afecto. La tía Adriana era una Borgia por su abuela. Nos explicó los orígenes de nuestra familia y nos enseñó a ser dignos de nuestra sangre, y a estar orgullosos del nombre que llevábamos. Un nombre ilustre que nuestros antepasados Llançol y Borja habían honrado a lo largo de los siglos en las tierras lejanas de España. Hombres de guerra o de gobierno, cuyo recuerdo permanecía vivo en las cortes de Castilla y Aragón. En cuanto a los hombres de Iglesia, eran innumerables: un número impresionante de prelados, obispos, cardenales, e incluso un papa, Calixto III, que había subido al trono pontificio en 1455, arrastrando en su estela una cohorte de sobrinos y parientes así como un ejército de catalanes que lo siguieron a Roma y de los cuales hizo la fortuna.

—Era mi tío abuelo —le gusta precisarnos—. Un predicador reputado, adivino a ratos, el que había anunciado que sería investido con la mayor dignidad de la Tierra. Vuestro padre, que era su sobrino favorito, también será elegido... ¡Estoy convencida de ello; sabed, niños, que raras veces me equivoco!

La voz de la tía Adriana cambiaba de repente, y tomaba un acento ronco que martilleaba nuestros oídos:

—Los Borja son de Játiva, cerca de Valencia.

Pronunciaba fuerte las erres de manera más rugosa y sus jotas le salían de la garganta con una aspereza que nos sorprendía. Bajo el peso de su mirada, que nos dominaba, nuestros cuerpos se erguían sobresaltados y altivos mientras por nuestras venas corría un orgullo que nos legitimaba más allá de todo. Haber nacido Borgia nos convertía, a ciencia cierta, en seres diferentes, fuera de lo común, y soñaba con esa España que nos aureolaba de grandeza, donde nuestra familia había conquistado tanto poder y gloria, donde el honor tenía el precio de la sangre.

¿Pero por qué la sangre? ¿Cuál era ese honor que permitía matar sin ser culpable de crimen? Me volvían a la mente escenas espantosas, como esa batalla entre dos familias rivales que se habían atrevido a despellejarse en plena procesión de Jueves Santo. Apenas tenía tres años cuando ese espectáculo tuvo lugar ante mi mirada. Desde ese día, la violencia fue mi obsesión. Las calles oscuras de Roma eran su reino y el menor ruido, el menor grito en la noche me aterrorizaba.

Mil preguntas asaltaban mi mente y mi confusión se volvía extrema cuando nuestra tía añadía con autoridad:

—¡Donde está el provecho, allí está el honor! Lo ha escrito un tal Comynes, y ése es mi lema.

Pude comprobarlo en el transcurso de los años. Adriana Orsini era una mujer racional, experta en intrigas, maquinaciones y cábalas. La experiencia le había enseñado que los privilegios tienen una duración limitada que hay que aprovechar. Se reía de los prejuicios, de la moral, de las tradiciones, pero no ignoraba el poder de la opinión pública y, cuando las apariencias no podían salvarse, tenía una habilidad única para presentar las cosas bajo un punto de vista natural e indiscutible. A menudo me he preguntado con el paso del tiempo si su ejemplo no había influenciado a César cuando ponía en práctica una máxima repetida a menudo, y de la que fui cruelmente la víctima:

—No hay que renunciar a nada que nos haga grandes y fuertes y nos permita realizar nuestros deseos.

A su lado, es verdad, nuestra vida tomó otro rumbo. Su matrimonio le había abierto las puertas de numerosos palacios de Roma y sus alrededores. Su inteligencia y su alegría le habían conquistado un lugar respetado en las capas más altas de la sociedad. Al igual que mi padre, le gustaban las fiestas y sabía rodearse de gente refinada, políticos o letrados, poetas o músicos, que conversaban con arte o entretenían con ingenio. Las palabras brotaban como bonitas burbujas de reflejos irisados, y daban en el blanco en una carcajada, o sobre algunos pasos de baile al son de los laúdes y las panderetas. Gran dama hecha a sí misma, mi tía conocía el mundo y las cien maneras de ponerlo a sus pies.

Mi padre, del que era la confidente y la consejera, una especie de eminencia gris

que le informaba de todo lo que podía importarle, me había colocado bajo su batuta exhortándome a obedecerle para aprender los buenos modales que me permitirían casarme noblemente.

—Tesoro de mi corazón —me decía abrazándome—, quiero para ti lo mejor del mundo.

Mi mayor deseo era gustarle, me inclinaba ante sus voluntades sin pensar que en su mente sus intereses primarían siempre por encima de los míos. Era demasiado joven y demasiado ingenua para imaginar cualquier felonía. Me había propuesto no decepcionarle y no desperdiciaba ningún esfuerzo para merecer sus cumplidos. Mi amor y mi confianza en él eran ilimitados, y me alimentaba con las promesas que envolvían de magia mi existencia dorada.

Como todas las niñas de gran familia, recibí una cuidada educación. En el convento de San Sisto, en la Via Appia, la enseñanza de la religión cristiana me transmitía el gusto por la plegaria y los fundamentos de una moral que me ampararían en los momentos difíciles. Eso no bastaba. Una dama de corte, me decían, debe conocer las letras, la música y la pintura. También debía saber bailar y festejar sin reparar en la modestia. Y no dejaban de añadir:

—Nunca mujer instruida se ha mostrado impúdica.

Me rodearon de distintos profesores. Aprendí a leer, a escribir y a conversar en varias lenguas: el español y el italiano, así como el catalán que hablábamos desde niños, pero también el francés, el griego y sobre todo el latín que estaba en uso tanto en el palacio Orsini como en el palacio Borgia donde la púrpura rodeaba a mi padre. Progresé tan rápidamente que pronto fui capaz de sorprenderlo con una carta a la que respondió inmediatamente:

«Tu carta me ha llenado de alegría, porque, a una edad tan tierna, escribes el latín con pureza y elegancia».

Me gustaba estudiar y me adentraba en la lectura de los autores antiguos, que devoraba. Aún no tenía nueve años cuando me familiaricé con Cicerón, César, Salustio y Tucídides, y guiada por el mejor de los maestros, el filósofo Pomponius Laetus, descubrí a Aristóteles, Ovidio y Platón y desarrollaba el gusto por el análisis.

—Estad segura de que tenéis algo que decir —repetía marcando las palabras—; después expresadlo de manera sencilla, evitando los giros rebuscados. Quiero que aprendáis a pensar y no a hilar muy fino.

El ejercicio era austero y, para distraerme, me entretenía con la poesía. Petrarca ya era mi preferido. La música, el baile y el canto, el dibujo y las labores de aguja se añadieron a mi formación, así como la natación, en el gran estanque de Subura, y la equitación. Saber dominar un caballo de raza y caracolear con gracia era indispensable para toda gran dama que tenía su rango en los séquitos oficiales. Digna hija de mi padre, caballero emérito como todos los Borgia, y orgullosa representante de nuestro país de origen, me embriagaba con galopes alocados por el campo, en compañía de mis hermanos que acordaban el favor de dejarme ser la primera.

Toda enseñanza sólo encuentra su perfección en su aplicación práctica, y tuve, en los salones del palacio Orsini o los del palacio de mi padre, desde los siete años, la ocasión de ejercer mis talentos recitando poemas y bailando. Los de Valencia en particular, del brazo de César que se destacaba en los pasos complicados. Las fiestas abundaban. Cada año nos traía su ramo variado de celebraciones a las que se añadían las visitas sorpresa y los acontecimientos inesperados que suscitaban diversiones improvisadas.

Fue a finales del año 1487, el 17 de diciembre, cuando hice mi entrada en sociedad. El papa Inocencio VIII, que entonces reinaba en el Vaticano, casaba a su hijo François Cibo con Madeleine, segunda hija de Lorenzo de Medici y Clarice Orsini. Roma se había engalanado para acoger a la joven novia que llegaba con un gran séquito por las calles decoradas con laureles. Y la cabalgata del dueño de Florencia se detuvo ante el palacio magníficamente decorado de mi padre. En su calidad de vicescanciller, le correspondía el honor de recibir a la augusta familia y su séquito antes de presidir la presentación de los prometidos.

Vestidos con nuestras mejores galas, mis hermanos y yo estábamos al pie de la tarima donde estaba el diván de ceremonia forrado de brocado de oro. La inmensa multitud concentrada en el gran vestíbulo me impresionaba, pero sólo tenía ojos para la delicada joven arrebujaada en seda forrada que, con paso tímido, caminó hacia el representante de la Iglesia y se inclinó con gracia sobre la mano adornada con el anillo sagrado. Apenas tenía el doble de mi edad y admiraba esa expresión de felicidad que transfiguraba su fino rostro. El matrimonio me pareció entonces el más bello de los cuentos, el testimonio de la felicidad. La envidiaba porque iba a conocer pronto el amor. Pero cuando el novio se acercó y recibió el permiso de besarla, lo encontré tan viejo y feo que mis ilusiones se desvanecieron enseguida. Temblaba por ello preguntándome si sabrían escogerme un marido amable y digno de ser amado. Un hombre que se pareciese a César, mi hermano favorito, y que me mimaría con tanto ardor como mi adorado padre.

Los años que siguieron recibí un buen número de sorpresas, las alegrías siguiendo a las penas como el día a la noche. Nuestro hermano mayor, Pedro Luis, duque de Gandía e hijo de una relación catalana de mi padre, regresó de España donde venía de ilustrarse en el sitio de Ronda^[2] en los ejércitos del rey de Aragón, y este último, en señal de gratitud, le había ofrecido a su sobrina como esposa. Festines y bailes se seguían para celebrar la buena noticia. De repente, la desgracia nos sumió en la tristeza. Pedro Luis tuvo una fiebre maligna que lo fulminó y se lo llevó en pocas horas. Apenas tenía treinta años, una prestancia magnífica, inteligencia e ingenio. Cantaba de maravilla los romances de Al-Ándalus y se me había metido en la cabeza partir con él a esa España que me fascinaba.

Después del luto, vinieron otras conmociones. César fue a la Universidad de Perugia para prepararse mejor para el sacerdocio al cual se le había destinado, y Juan fue nombrado duque de Gandía. Retomó el título de Pedro Luis, así que a él le

correspondía la real prometida doña María Enríquez, con la que se casaría cuando la edad se lo permitiese. Sólo tenía doce años y mi padre le regaló un palacio y un cortejo de casa digno de su rango. Unos preceptores completaron su instrucción y lo convirtieron en el hombre de corte que el rey de Aragón esperaba.

Me despojaban de mis hermanos y me sentí muy sola en el gran palacio Orsini, pero no tuve tiempo de hundirme en la tristeza. Se volvía a hablar de fiestas. Esperábamos a Julia Farnesio, prometida desde hacía tiempo al primo Orso. Un asunto de familia dispuesto por la tía Adriana que había «reservado» para su hijo a la hija pequeña de una de sus primas. Decían que era bonita y atractiva. Su llegada nos dejó sin voz. Tenía una belleza tan rara que para la ciudad entera se convirtió ese día en «La Bella». Orso, encantado, la devoraba con la mirada. No fue el único que murmuró con expresión de admiración:

—Sólo se la puede querer.

¿Cuál era su secreto para encantar así a todos los hombres? Al vivir con ella, aprendería el arte de seducir y el atractivo de la sensualidad. Por ahora, celebrábamos su noviazgo, y se preparaba la boda. Fue bendecida al año siguiente en el palacio Borgia donde la gente se atropellaba para admirar a la novia con su vestido immaculado, bordado de perlas y pedrerías. Una diadema de hojas de oro retenía su larga cabellera resplandeciente. En la «habitación de las estrellas», donde se llevó a cabo la ceremonia, parecía una Madonna y la admiraba, contenta de haberme ganado una amiga que me ofrecía lo que siempre me había faltado: el afecto de una hermana.

Yo también crecía y mi cuerpo se transformaba. Me decían que era guapa, que debían casarme. Sin embargo sólo tenía diez años y prefería oír hablar de filosofía, meterme en las comedias de Plauto o descubrir los cuentos del *Decamerón*.

—Una mujer demasiado sabia asusta a los hombres —decía Julia.

Pasaba horas en su aseo y escuchaba sus consejos de que una cabeza bien llena debía engalanarse bien para recibir al mejor de los amantes. Mi padre me había anunciado que tenía un prometido en España, don Cherubino de Centelles, de quince años, señor del Valle d’Ayora, cerca de Valencia.

Me aseguraron que era apuesto, rico y delicado. Con un nombre así sólo podía ser «amable». Mi corazón impaciente lo engalanó con todas las virtudes que pude imaginar. Se convirtió en el príncipe de mis sueños, y sólo pensaba en gustarle para ganarme su amor. Ahora bien, a veces me preguntaba: ¿sabrá amar?

Capítulo II

Un contrato de matrimonio, redactado en español, se firmó en la notaría de nuestra familia, y la tía Adriana me anunció que a partir de ese momento era una persona importante en la sociedad, puesto que habían fijado mi dote.

—Así como lo ha escrito nuestro devoto Beneimbene —precisó en un tono solemne—: «Señora doña Lucrecia de Borja, doncella, que vive en Roma, hija carnal del susodicho reverendísimo cardenal», ya estás bien provista. Treinta mil reales de plata a los que se añadirá el ajuar, aderezos y joyas que también serán de gran valor. Tu padre lo ha prometido.

Poco me importaban esas riquezas, yo sólo pensaba en el viaje a esa España que había llenado mi infancia de romances y leyendas. Imaginaba los jardines con mil olores, el perfume de los naranjos en la noche bañada por la luna, las tierras reseca­das por el sol, las fortalezas de piedras y el murmullo del agua en los patios embaldosados con mármoles o lozas de finos arabescos. Los cantos ronc­os, el sonido de las guitarras, los bailes al ritmo sincopado de las panderetas... Y después, al final del camino estaba mi querubín de sonrisa dulce, que galopaba a mi encuentro con el corazón rebosante de amor. ¿Tendría suficiente ardor para estrecharme entre sus brazos y besarme con tanta pasión como César o Juan cuando éramos niños en Subura? En los brazos de mis hermanos, perdía la cabeza. ¿Qué ocurriría cuando el cuerpo de mi esposo descubriese el mío? Soñaba con esa loca pasión que había abrasado a mis padres, y no con esos pequeños gestos tibios llevados a cabo en el respeto de las conveniencias que evocaban los recién casados de mi entorno. Al lado de su viejo François Cibo, Madeleine de Medici no había conocido el placer. Julia, más taimada, lo encontraba educando a Orso que le seguía el juego. Yo esperaba superarlos a todos.

—De todas maneras —replicaba «La Bella»—, amor y matrimonio casi nunca se llevan bien.

Por ahora, debía esperar, y suspiraba de impaciencia. Estábamos a finales de febrero de 1491. Todavía no tenía once años y aún no estaba formada. Así, se convino que mi partida sería para el año siguiente, y que sería necesario un nuevo plazo de seis meses para que «se celebrara y consumase» la boda.

Dos meses después, mi padre me anunció de repente que tenía un nuevo prometido: don Gaspar de Procida, hijo del conde de Aversa. Debía olvidar a don Cherubino y eso me trastornó. En él había cristalizado mis sueños, y de repente todo se disipaba como humo al viento. ¿A qué venía ese cambio repentino? No tuve el valor de preguntarlo. Mi padre tenía sus motivos y debía obedecer convenciéndome de que se preocupaba por mi felicidad y nunca pensaría traicionarme. La tía Adriana se percató de mi desconcierto y rápidamente me explicó las ventajas de la situación:

—Si fuese tú, me alegraría. Don Gaspar es más guapo, más rico y de mucho mejor linaje. Su padre, don Juan de Procida, es un gran personaje relacionado con la casa de Aragón. Posee considerables tierras en el reino de Nápoles. Así, no te quedarás siempre en España. Tendrás la ocasión de acercarte a vernos cuando sigas a tu esposo a sus posesiones italianas.

Sólo una cosa consiguió centrar mi atención y me tranquilizó. Gaspar, que también tenía quince años, estudiaba en Valencia, donde tendría lugar la ceremonia, y los preparativos del viaje no se habían anulado. Mi sueño seguía intacto. Iba a conocer el país de mis antepasados. Al final del camino se perfilaba otro rostro, otro corazón tan inquieto como el mío, y conservaba la misma esperanza de hacerme amar explorando con ese guapo marido los misteriosos caminos del amor.

Sin demorarse, Adriana dio órdenes y todo el mundo inició los preparativos en todos los pisos del palacio Orsini en el que cada día desfilaban mercaderes, artistas, sastres de señora, costureras y joyeros. Cada uno desplegaba a nuestros pies tal cantidad de maravillas que perdía la cabeza y no sabía qué escoger. Con autoridad, mi tía decidía. Tenía muy buen gusto y conocía la etiqueta que se usaba en las cortes españolas.

Terciopelos y brocados, velos y puntillas, cofias y cintas, vestidos y abrigos de corte, vestidos de baile, trajes de caza y de viaje. No había que descuidar nada. Con su potente voz, no paraba de repetir:

—¡La condesa de Procida representará gloriosamente la magnificencia de los Borgia!

Mi padre le había concedido carta blanca, pero no dejaba de venirnos a sorprender para dar su opinión y añadir largos collares de perlas o pedrerías en el joyero de madera donde ya se amontonaban aderezos y joyas. Era el mago y vivía el más bonito de los cuentos cuando al hundir las manos en todas esas joyas sentía su caricia sobre mi piel.

Un verdadero torbellino me transportaba, los días pasaban volando y ya no tenía tiempo de pensar y aún menos de aburrirme. Entre el convento de San Sisto y las lecciones de filosofía de Pomponius Laetus, Adriana me enseñaba a comportarme como una dama. Debía conocer con todo detalle las reglas de la corte y el arte de la conversación, las reverencias y los bailes de moda en los palacios de Castilla y Aragón. Después era el turno de Julia, que me enseñaba los cien secretos de sus coloretos, polvos y perfumes, cremas, leches y ungüentos; envidiaba sus formas llenas y su larga cabellera rojiza que la cubría hasta los tobillos. La mía se detenía justo por encima de mis caderas cenceñas, pero su rubio pálido atraía las miradas. Una sirvienta me hacía un masaje en el pelo con una preparación especial que los hacía brillar tanto como el oro y los dejaba tan suaves como la seda.

—La belleza no es un privilegio —afirmaba «La Bella» con una sonrisa conquistadora—. Es una ciencia, la de sacar provecho de las posibilidades que te ha dado la naturaleza. Dios nos lo ha dado todo, incluso el medio de rectificar sus

errores y es darle gracias perfeccionar las obras que ha dejado inacabadas. En su inteligente bondad, nos concede también esta satisfacción de vanidad.

Observaba los gestos, los mohines, las poses lascivas de Julia. Con quince años, encarnaba el encanto y la seducción, Venus y Dido, diosa de la voluptuosidad cuya sensualidad encendía una curiosa llama en la mirada de mi padre. Lejos de estar celosa de ello, le estaba agradecida. Había conquistado «il più carnale» de Roma, como lo habían apodado en recuerdo de su juventud agitada. Por ahora, había cumplido ya los sesenta años, y la turbadora belleza de Julia, que cualificaba con exuberancia de «divina» o «sobrenatural», lo sumía en adoraciones casi místicas que fortalecían su jovialidad. No veía en ello nada malo, puesto que todo quedaba en familia y contribuía a sellar nuestra unidad. Las visitas de mi padre aumentaban en frecuencia y nada me alegraba tanto como verlo más a menudo. Se acercaba el momento de ese viaje que nos separaría.

La fecha estaba fijada para finales de 1492. Durante todo el año, España se convirtió en el centro de nuestras conversaciones. César se planteaba reunirse allí conmigo cuando hubiese terminado sus estudios de Derecho canónico en la Universidad de Pisa. Acababa de recibir de Su Santidad el rico obispado de Pamplona y mi padre lo atraía con el señuelo del que poseía en Valencia. Más tarde sería el turno de Juan, al que esperaban en su condado de Gandía y en la corte del rey Fernando de Aragón. Borgia éramos, y al país de los Borja volveríamos. Allí nos guiaba el destino, allí estaba nuestra fortuna. Y para convencernos mejor de ello, un gran acontecimiento se produjo a principios de enero que proyectó nuestra querida patria a la cima del Olimpo, aureolándola de gloria y honor. La toma de Granada resonó como un trueno. Una gran victoria que nos hacía olvidar la pérdida de Constantinopla.

—Los ejércitos de Castilla han vengado nuestra derrota —dijo mi padre mostrando júbilo—. La Cristiandad ha vencido al Islam. Y España ha recobrado su integridad, independencia y libertad en la sumisión a Cristo. ¡Aleluya!

Por orden suya, se iluminó Roma. Las campanas de todas las iglesias se pusieron a sonar mientras por las calles la gente rebosaba de alegría. En procesión, nos dirigimos a Saint-Jacob en la plaza Navona. La lluvia, que apagaba las antorchas y nos calaba hasta los huesos, no pudo interrumpir nuestros cantos de gracia al Señor y nuestras alabanzas a los valerosos españoles que nos colmaban de orgullo.

Como en tiempos de los romanos, era necesario un sacrificio a los dioses de la guerra, juegos de circo al estilo de los íberos. Fue una corrida de toros en el corazón de la Ciudad eterna que no había visto ese tipo de espectáculos desde hacía ciento cincuenta años. Para mí fue la primera, y no me hubiese perdido el espectáculo por nada del mundo. Mi padre lo ofrecía, así que teníamos reservada una tribuna. Entre Adriana y Julia, me coloqué en la primera fila para asistir al combate sangriento de cinco toros que se defendieron con tal valentía que fueron calificados de *bravos* y saludados por el sonido estridente de una trompeta de plata.

España se puso de moda. El papa Inocencio VIII se reconcilió con el rey Ferrante de Nápoles, que hizo llevar cien promesas de paz por su nieto, el príncipe de Capua. Algunas semanas después, se anunció la boda de otro nieto, Luis de Aragón, con Battistina Usodimare, nieta de Su Santidad. La ceremonia se llevó a cabo en los salones del Vaticano donde, por primera vez, fueron invitadas las damas de la nobleza. El festín fue espléndido, amenizado con intermedios inspirados en la Antigüedad. Un niño pequeño desnudo, ataviado con alas y recubierto de pintura dorada, encarnaba al Amor y se paseaba entre los invitados regándolos con puñados de agua sacados de un jarrón de plata. Algunas gotas cayeron sobre mi frente y las tomé como un buen presagio.

Se acercaba el día en que don Gaspar me convertiría en la condesa de Procida, y murmuraba cerrando los ojos:

—*Asperges me amore!*



Pero se produjo otro acontecimiento que, una vez más, trastornó el curso de mi vida. A principios de julio, el papa Inocencio VIII sufrió una gran recaída. Se le sabía enfermo de la vejiga y varios órganos más, y sin embargo, a pesar de estas afecciones, lo habíamos visto un mes antes en la basílica de San Pedro, blandiendo la Santa Lanza que el sultán Bajazet acababa de devolverle, donde había bendecido a la inmensa multitud que se había inclinado ante la reliquia. Nadie imaginaba ese día que estaba tan cerca de la muerte. En el calor tórrido del verano, su estado empeoró y los médicos se lamentaron de su impotencia para curarlo. Lo habían intentado todo para salvarle, incluso habían desangrado a tres niños de diez años para hacerle beber su sangre. Pero no se produjo ningún milagro. Los niños murieron y el Papa no tardó en seguirles. El 25 de julio, después de una dolorosa agonía, exhaló a su vez el último suspiro ante el cónclave de los cardenales reunidos alrededor de su cama.

Enseguida las calles de Roma se vaciaron. Los habitantes, preocupados, se escondían en sus casas. Temían que se produjesen tumultos. La elección de un nuevo papa desencadenaría sin duda alguna los enfrentamientos de las facciones rivales.

—No temáis nada —nos dijo mi padre, que había venido a vernos de pasada—, he dado instrucciones para que se respete el orden. Todas las puertas de la ciudad y todos los puentes están vigilados, en todos los barrios hay oficiales fieles a mí haciendo redadas. Los barones hostiles al papado serán controlados. Esta vez no habrá matanzas; aunque Roma ya no tenga papa, sigue teniendo vicecanciller.

—¡Y mañana será el nuevo Papa! —afirmó mi tía Adriana enardeciéndolo con su mirada resplandeciente.

—*Pater noster... fiat voluntas tua!* —respondió en tono de recogimiento.

Adriana lo miraba de arriba abajo. El rostro de Julia estaba lleno de lágrimas y por ello resultaba más turbador. Invasada por la emoción, me precipité en los brazos

del que adoraba. Nos abrazó a una tras otra y dijo con una voz grave:

—Sed prudentes. Sois lo que más quiero en este mundo.

Poniendo la mano sobre la cabeza de Jofre, aún tímido para sus diez años, añadió:

—Cuento contigo para protegerlas... Nunca se sabe.

Se despidió secándose la frente. Se me encogió el corazón cuando su pesada silueta atravesó el porche con un paso lento y desapareció tras las cortinas de su litera. ¿Estaba enfermo como el pobre Inocencio VIII? ¿Acaso él también iba a...? No, era imposible. Aparecía un toro en nuestras armas. El toro de los Borgia, símbolo de fuerza y de poder...

No tuve ocasión de preocuparme demasiado. En el entorno de Adriana las lenguas se desataban. Los amigos más fieles venían por noticias, así como mi madre que de repente regresó del campo. El palacio de Monte Giordano estaba en una efervescencia extrema. Se discutía, se intrigaba, se maquinaba.

—Rodrigo Borgia tiene serias posibilidades de ser papa.

—El cardenal Giuliano della Rovere es un rival peligroso. Lo apoyan Francia y el rey Ferrante.

—El cardenal Ascanio Sforza también tiene aspiraciones sobre el trono.

—Pero conocemos el apetito de su hermano Ludovico el Moro, y nadie quiere al señor de Milán.

—De la misma manera que se teme la hegemonía francesa.

—Borgia no depende de ninguna gran familia, de ningún príncipe. Tiene experiencia, sabrá gobernar.

—Sí. Defenderá nuestras libertades contra la tiranía de los barones. Le necesitamos a él.

—A los romanos no les gustan los papas extranjeros.

—Y yo, os digo —replicaba Adriana—, que éste es el año de España. Rodrigo Borgia saldrá elegido. Los astrólogos han visto surgir de Oriente tres soles idénticos, presagio de un pontífice capaz de dominar los poderes terrestres y espirituales. Sólo él puede fortalecer la autoridad temporal de la Iglesia y reforzar a la vez la autoridad religiosa.

Mientras tanto, el cónclave deliberaba tras las persianas cerradas del Vaticano, y la espera nos ponía cada día más nerviosos. Adriana tenía sus informadores dentro de las paredes, pero no llegaba ninguna noticia. El 11 de agosto, poco antes del alba, uno de ellos vino a decirnos que debíamos arreglarnos. Se quitaban los primeros ladrillos de la ventana de la Capilla Sixtina. Nuestro palacio no estaba muy lejos. En apenas unos minutos llegamos a los escalones de la basílica, justo cuando apareció la cruz y resonó la frase ritual:

—*Habemus Papam!*

Transcurrieron unos momentos de silencio solemne y por fin se anunció.

—El cardenal Rodrigo Borgia toma el nombre de Alejandro VI.

Las aclamaciones de la multitud impidieron oír las últimas palabras. Las puertas

del cónclave se abrieron de repente, la marea humana nos empujó hasta la primera fila de la nave y allí vi a mi padre vestido de blanco, en los brazos de un cardenal atlético que lo levantaba por encima del suelo para presentarlo a los fieles antes de sentarlo en la Silla de oro. Su rostro resplandecía de felicidad y le oí declarar:

—Ahora soy papa, soberano pontífice y vicario de Cristo.

Todas las campanas repiquetearon, la gran campana tocaba a vuelo, de todas partes subían ovaciones y gritos de alegría, y me quedé petrificada, mirándolo en su imponente majestad. Mi corazón estallaba de amor y orgullo. Fue un momento inolvidable, que permanecería grabado para siempre en mi memoria. Transportada de orgullo y veneración, contemplaba el ídolo sagrado a quien le debía la vida, y ante quien todos se prosternaban. ¿Cómo conservar la calma, cómo no desfallecer bajo el choque de un cataclismo así? Era la hija del Papa, el Soberano Pontífice, sucesor de san Pedro, Su Santidad, el representante de Dios que mandaba a los reyes de la Tierra... ¿Qué haría con tanto poder?

Sin embargo, toda medalla tiene su cruz y me estremecía al preguntarme qué ocurriría con nosotros, sus hijos. Estábamos en el camino de vuelta y, como para reconfortarme, Adriana exclamó cogiéndome de la mano.

—¡Somos muy afortunados!

Largos cortejos que blandían antorchas surcaban las calles de Roma iluminadas *a giorno*. En la ciudad entusiasmada, la gente cantaba y bailaba alrededor de las fuentes. Celebraban la proclamación del nuevo Papa, celebraban a mi padre esperando de él todos los milagros y, como lo requería la costumbre, saquearon su casa. Pero fue en vano. El vicescanciller, que conocía sus posibilidades de ser elegido, la había vaciado de todos sus tesoros. Pero más adelante no volví nunca a ver los magníficos tapices, objetos de arte y piezas de orfebrería que engalanaban los salones pomposos del palacio Borgia. Antes de subir al trono supremo, mi padre se había despojado de las riquezas del pasado repartiéndolas a su alrededor. Dad y recibiréis, dicen las Escrituras. Dios se lo devolvería por centuplicado y la rueda de la Fortuna no dejaría de girar en el sentido que a él le gustaría.

Por ahora, un nuevo día se levantaba bajo el cielo velado de rosa. Los primeros rayos doraban los tejados de teja, y me frotaba los ojos preguntándome si no había soñado las imágenes de la noche. Los comentarios de Adriana me hicieron volver rápidamente a la tierra al exponerme con detalle los cambios que este acontecimiento nos aportaría. Las innumerables ventajas para toda nuestra familia, la de Italia y los de España que no tardarían en multiplicarse, como en la época del tío abuelo Calixto III.

—Ser la hija del Papa te concede el rango de princesa —añadió—. Ahora eres una gran dama. Más que nunca deberás comportarte con dignidad y modestia. Todas las miradas van a dirigirse sobre ti. Te espigarán y harán mil comentarios sobre ti. El menor paso en falso sería nocivo para la gloria de los Borgia.

Sumamente impresionada, esperé el coronamiento de mi padre en un estado de

gran nerviosismo, al ritmo del repiqueteo de las cabalgatas que afluían en la ciudad magníficamente engalanada. De todos los rincones de la Tierra acudía gente, y Roma se llenaba de una multitud exuberante, impaciente por ver al nuevo pontífice. Por fin, el 26 de agosto, después de una misa que celebró en la basílica de San Pedro, durante la cual todo el cabildo le besó los pies, mi padre salió a la plaza donde fue coronado con la tiara papal, símbolo de los tres poderes: imperial, real y sacerdotal. Como Cristo se lo había dicho al primero de sus apóstoles, a partir de ahora ostentaba el de hacer y deshacer todas las cosas en la tierra y en el cielo. Desapareciendo tras nubes de incienso, recibió el homenaje de todos los cardenales. Después avanzaron los embajadores de las potencias italianas y los de los reinos vecinos. Escoltados por séquitos imponentes, soltaron uno tras otro los cumplidos pomposos del amo que les había enviado. Siena, Lucca, Venecia, Mantua, Florencia y Milán daban testimonio de su obediencia. Su Santidad los escuchaba en una actitud de benevolencia y altivez que los impresionaba.

—Su dignidad aniquila —dijo un prelado a mi lado.

Mi padre se levantó y se unió al largo cortejo que se había dispuesto para conducirlo al Letrán, donde se le entregarían las llaves de la sede episcopal. Entonces, nos ofreció el espectáculo más espléndido, más grandioso que se haya visto nunca. Una apoteosis que lo consagraría para siempre en el corazón de las multitudes.

Trece compañías de mercenarios encabezaban la marcha, y a continuación venían los prelados, cardenales, obispos tocados con sus mitras y montados en caballos encapazonados con tejidos de tonos irisados, la casa del Papa, sus familiares, los vasallos de la Iglesia, el conde de la Mirandole que llevaba el estandarte papal donde las armas de los Borgia se codeaban con las de san Pedro, los sacerdotes que llevaban el Santo Sacramento, el capitán general de la Iglesia, armado y encasquetado, que escoltaba el copón seguido por doce caballos blancos enjaezados de oro. Bajo un palio dorado, forrado de amarillo y rojo, subido en un caballo blanco como la nieve, avanzaba mi padre ceñido con la tiara del Papa. Más majestuoso, más digno que nunca, bendecía a la multitud que se apiñaba a su paso y que lo aclamaba. Una violenta emoción se apoderó de mí, y no fui la única en sentir su efecto.

—¡Qué mansedumbre en su gesto! —exclamó Adriana—. ¡Cuánta nobleza en sus facciones, cuánta generosidad en su mirada!

—Su prestancia tranquiliza y su presencia alegre —dijo Julia, cuya mirada recorría la marea humana.

—Presagio de felicidad —concluyó mi madre secándose una lágrima—. El propio Marco Antonio no fue recibido tan magníficamente por Cleopatra.

Detrás de él venían setecientos prelados y después los caballeros romanos, los caballeros turcos, la guardia palatina con sus alabardas resplandecientes y, cerrando la marcha, las corporaciones con trajes ceremoniales. Diez mil caballos en esa gigantesca cabalgata con un fausto y una pompa extraordinarios que seguíamos en litera como lo hacían las nobles damas de la alta sociedad.

En un camino con más de tres millas de longitud, las casas estaban adornadas con colgaduras de terciopelo y de seda, y aquí y allí se alzaban arcos de triunfo, unas chicas lanzaban flores y la gente agitaba banderillas a la gloria del nuevo pontífice: «Roma era grande bajo César, ahora es más grande: reina Alejandro VI; César era un hombre, él es un dios».

Una sonrisa se perfiló en mis labios, pero en mi interior ardía el pérfido arrollo del orgullo y la vanidad que interpreté como un sentimiento muy justificado. En mi entusiasmo, perdía la modestia de rigor. Y el Todopoderoso encontró el medio de castigarme por esa falta de humildad. En la euforia que se apoderaba de mí, los tímpanos latían y la cabeza me daba vueltas. El calor me sofocaba, el polvo me ahogaba y el ruido me aturdí. Cerca del castillo Saint-Ange, el retumbar de las bombardas me hizo perder el conocimiento y me perdí el intermedio de los judíos presentando la Torah en un pupitre rodeado de cirios.

A través del bullicio sin embargo oí la voz potente de mi padre. Más tolerante que los Reyes Católicos, que los echaban de la España reconquistada, les permitió vivir en paz en las tierras de la Iglesia. Al entrar en San Juan de Letrán, de repente tuvo una indisposición y me aterroricé ante las palabras alarmistas de la asistencia. Un poco de agua le hizo recobrar el sentido, y la jornada terminó con el regreso triunfal al Vaticano que unos guardias a caballo iluminaban con sus antorchas llameantes. El 218.º sucesor de san Pedro por fin podía descansar.

—Nuestra vida va a cambiar —me dijo Adriana al llegar al monte Giordano—. Por orden de tu Padre Santo vamos a mudarnos.

¿Para ir adónde? Me preguntaba si había decidido alejarme de él igual que había ordenado a mis hermanos permanecer lejos de Roma durante todas las ceremonias y no regresar hasta que él no les diera permiso. Petrificada de miedo, no pude dormir. Los pensamientos más sombríos me torturaban y quería irme rápidamente a España. Si el Vaticano me quitaba a mi padre y me privaba de su amor, todavía me quedaba otra oportunidad de ser amada, ganándome el corazón de mi prometido, don Gaspar de Procida. Pero enseguida vino a atormentarme una pregunta: de ahora en adelante era la hija del Papa. ¿Acaso no iba a rechazarme?

Capítulo III

Fue él quien vino a buscarme. Algunas semanas más tarde, don Gaspar llegaba a Roma, escoltado por su padre y un pequeño ejército de aragoneses dispuestos a pelearse si hacía falta. Blandiendo el contrato de matrimonio, exigía su ejecución. La ciudad resonó con sus gritos. Me quería, me reclamaba y prorrumpía en grandes provocaciones, declarando a quien quería oírle que no cedería. Su honor estaba mancillado y su orgullo insultado. Solicitaba audiencias que le eran denegadas. Su Santidad no cumplía sus promesas, clamaba a los cuatro vientos, se quejaría de ello al rey Fernando^[1] que apoyaba su causa y recurriría a todos los príncipes de la cristiandad. Multiplicaba sus amenazas, y debo confesar que eso me aduló. Desgraciadamente yo no podía hacer nada, y el pobre chico vociferaba en vano. Una vez más, mi padre había cambiado de parecer y había escogido otro marido para mí.

Su elección al trono pontificio me había aureolado de prestigio, decía. La hija del Papa no se podía conformar con una alianza mediocre.

—Necesitamos una familia poderosa, aquí en Italia, capaz de apoyar a los Estados de la Iglesia cuando nuestros intereses estén amenazados. Habían surgido diversas propuestas de matrimonio. Yo era una persona codiciada, eran muchos los que deseaban emparentarse con el Soberano Pontífice, tanto jefe de un Estado como pastor supremo. Incluso el propio rey de Nápoles aspiraba a ello. Cada uno había recibido una respuesta vaga que dejaba la puerta abierta a cualquier discusión. Y, mientras tanto, sin pedir mi opinión, se había firmado un acuerdo que me comprometía de por vida. Para protegerse de los apetitos de don Fernando, que pensaba anexarse algunas provincias pontificias yuxtapuestas a su reino e intrigaba en la sombra para conseguir sus propósitos, mi padre se había aliado con el señor de Milán, Ludovico el Moro, prometiéndome a uno de sus sobrinos, Giovanni Sforza, conde de Cotignola y señor de Pesaro.

En aquella época se hospedaba en Roma, de incógnito, y sólo salía por la noche para evitar el riesgo que supondría un encuentro inopinado con el impetuoso Gaspar, que lo estaba acechando para matarlo. Toda la ciudad bullía en rumores y comentarios. Se hacían apuestas y se rumoreaban cantidades desorbitadas. El español exigía una alta reparación. Para que se fuera, decía, Su Santidad debería pagar el precio. Este asunto dio lugar a todo tipo de rumores, ya que era la comidilla de la actualidad. Por primera vez, sin saberlo provocaba un escándalo. A lo largo de los años, debería acostumbrarme a ver nuestro nombre mancillado sin cesar por alegaciones calumniosas, evocando el crimen, la lujuria y la simonía.

Por ahora, demasiado joven para intervenir, demasiado joven sobre todo para entender las exigencias de la política y el peso de las influencias, me lamentaba de

esa nueva decisión de mi padre que anulaba mi viaje a las tierras de los Borja. Tras haber soñado tanto con España, sus jardines bañados de luna, sus cantos lánguidos en los huertos de naranjos y sus bailes endiablados en los *patios* de mármol, había recibido la orden de renunciar a ello.

Había imaginado palabras de amor murmurando el dulce nombre de Cherubino. Pensando en el temperamental Gaspar, había sentido el fuego ardiente de un abrazo. Cuando vi a Giovanni, sólo sentí despecho. Con la nariz curvada, el labio inferior metido para dentro y la frente exageradamente bombeada, no me gustaba nada. Me habían permitido observarle discretamente desde lo alto de una galería que coronaba el patio de entrada por donde debía pasar para ir a la sala donde le esperaba el Santo Padre. Ese primer examen me llenó de furia.

—No quiero a ese hombre —exclamé al regresar a mis apartamentos—. Es viejo y no es nada atractivo. Mi corazón no se ha estremecido. Sé que no podría amarle.

La tía Adriana me tranquilizó rápidamente:

—Le has visto desde muy lejos y a hurtadillas.

¿Cómo puedes opinar?

Una vez más, me explicó las ventajas. El conde de Pesaro quizá me doblaba en edad, pero era viudo y no tenía hijos. Yo debía darle la descendencia que deseaba. Ser la condesa de Pesaro no sería desagradable. Es verdad que sólo era un Estado fronterizo, situado a los confines de Romaña y Marcas, pero el lugar era encantador con su anfiteatro de verdes cerros que seguían la ribera y su castillo en lo alto que dominaba el mar Adriático.

—Al casarte con Giovanni —concluyó en un tono perentorio—, entras en la ilustre familia de los Sforza, que está dispuesta a favorecer los propósitos de tu padre. Le debemos mucho al cardenal Ascanio, que ha preferido unirse a nuestra causa y se ha conformado con un cargo de vicescanciller. No lo olvides y obedece como debes. Así expresamos nuestro reconocimiento.

Con un gesto pronto, me cogió la barbilla y me levantó el rostro. Clavó sus ojos en los míos y añadió:

—La rueda gira —como dice tan justamente tu madre—. También conoces mi lema: Dónde está el provecho, allí está el honor. Así que no seas tonta. Eres guapa, inteligente y cultivada. Con un poco de habilidad, puedes conquistar el poder de la influencia y contribuir a la grandeza de los Borgia. Nuestra familia tiene sus leyes y ha de estar unida tanto en la gloria como en la adversidad.

Respondí con una expresión obstinada a esas grandes palabras que me conmovían sin impresionarme. Julia pasó su brazo rollizo por encima de mi hombro y me llevó hacia un rincón de la habitación para susurrarme a su aire, lejos de las sirvientas indiscretas:

—El matrimonio solo es una formalidad. No te impedirá amar en total libertad si aparece un apuesto amante que te emociona. Y además, ese Giovanni, después de todo, tampoco está tan mal. Eres la hija del Papa. Es un honor para él casarse contigo.

Así que lo tendrás a tus pies.

Estuve de morros durante unos días y acabé cediendo a la excitación que reinaba a mi alrededor. Multiplicando sus señales de afecto, mi padre me había regalado el palacio de Santa María in Porticu, justo al lado del Vaticano, y cuya capilla privada comunicaba mediante un pasadizo secreto con la Capilla Sixtina. Venía a verme constantemente y podía entrar en sus apartamentos siempre que me apeteciese. Me amaba con locura, *in superlativo gradu*, decían los cardenales enternecidos, y me dejaba mimar sin pensar, feliz del buen entendimiento que reinaba entre nosotros.

Como todas las princesas, tenía mi Casa, un ejército de chambelanes, criados, sirvientas, camareras y damas de compañía. La tía Adriana dirigía a todo este mundillo y Julia nos había seguido al aceptar ser mi dama de honor. Aún no había cumplido los trece y, como todas las damas de calidad, tenía una corte y sólo me desplazaba rodeada de bufones y escoltada por mis animales favoritos.

La elección de mi padre me había catapultado a la primera línea de la escena mundial, y pasaba la mayor parte de mi tiempo actuando. Mi apariencia adquirió tal importancia que dedicaba horas a mi aseo. Es una costumbre que conservé a lo largo de los años. Una mora venida de Berbería me bañaba cada mañana, me hacía un masaje por todo el cuerpo con aceites perfumados, me peinaba mi larga cabellera clara, con ese biondo que hacía furor, la trenzaba con flores y perlas, o simplemente la cubría con una redecilla de oro que centelleaba alrededor de mi frente como un tocado de luz. Otra sirvienta, la primavera camarera, me esperaba en la habitación. Encargada de mi guardarropa, Penthesilea me ayudaba a vestirme en función del programa de actividades. A veces me llegaba a cambiar de ropa cuatro o cinco veces en un día.

Cada tarde, entre Adriana y Julia, recibía los respetos de numerosos visitantes. Se había extendido el rumor de que tenía el corazón del Papa en mis manos. Intentaban agradarme y al mismo tiempo atraer mi benevolencia para con la legitimidad de una solicitud que depositaban en la urna instalada para estos efectos a los pies de mi butaca. Escuchaba con atención y contestaba de manera sencilla, sin desalentar:

—Haremos de él un cardenal... Velaremos por sus intereses... Recomendaremos a su parienta...

Espiaban todos mis gestos y juzgaban mis réplicas. Sabía sonreír cuando era necesario, y jamás perdía la espontaneidad de la infancia que me permitía desarmar a las mentes retorcidas o mal intencionadas. Esos juegos de civilidades me recordaban a las comedias de Plauto tan queridas por mi maestro de filosofía, y me divertían tanto que me hacían olvidar al apagado Giovanni al que me habían prometido. No había regresado y nadie hablaba de él. Incluso creí que mi padre me había encontrado otro prometido cuando oí que un conde de Prada era el nuevo pretendiente. Pero fue una jugada, para llevar las cosas a buen término. La esperanza de España, apenas resucitada, se desmoronaba para siempre. El 2 de febrero de 1493, se firmó un acta de matrimonio en el Vaticano en presencia del cardenal Sforza y del embajador de

Milán. El procurador de Giovanni me puso un anillo en el anular. Mi suerte estaba definitivamente echada. Condesa de Pesaro sería.

La noticia se extendió por Roma. Las visitas se multiplicaron. Señores, plenipotenciarios, damas de la nobleza acudieron para felicitar me. Una multitud elegante llenaba mis salones, mientras en mis apartamentos desfilaban los proveedores de las cortes principescas. Mi padre había dado la orden de enriquecer mi ajuar, y me llevaban una cantidad de maravillas importadas de varios rincones del mundo. Martas cibellinas de Rusia, gatos de España, telas de Reims, bordados de Inglaterra, sedas de China, terciopelos y brocados de Florencia o Venecia... Montones de perlas, diamantes, rubíes, esmeraldas, amatistas se añadieron a las sortijas y brazaletes, broches y collares que ya llenaban mi joyero.

—Ninguna reina del mundo posee tantas maravillas —decía Julia deslumbrada.

Otros regalos llegaban cada día y me dejaba embriagar por la magia que nos envolvía. El matrimonio era sin duda alguna el más bonito de los cuentos, y llegué a soñar con Giovanni como si fuera un príncipe azul aunque no había podido apreciar ni la prestancia ni la belleza puesto que lo había visto desde tan lejos... ¿Qué ocurriría después de la fiesta? Me negaba a pensar en ello. Teniendo para mí que me hacían daño, prefería imaginar que nunca habría noche de bodas, y que no se había casado antes de hacerlo conmigo con esa Madeleine de Gonzague muerta con su bebé al dar a luz.

El 9 de junio, entró en Roma por la Porta del Popolo. César y Juan fueron a su encuentro así como el Sagrado Colegio y numerosos plenipotenciarios. El inmenso cortejo que lo llevaba al Vaticano, donde le esperaba mi padre, debía pasar por delante de mi palacio para que el ilustre señor de Pesaro pudiese presentarme sus respetos. Por fin iba a verlo a la luz del sol y sólo temía una cosa, no gustarle. Ahora bien, desde la mañana me había confiado a las hábiles manos de las sirvientas dirigidas por la voz tranquila de Adriana, y no había dejado nada al azar para mostrarme bajo mis mejores encantos. Los murmullos de admiración de mis allegados deberían haberme reconfortado, pero me entretenía ante el espejo para asegurarme por última vez de la imagen que le iba a mostrar. Mi vestido de terciopelo carmesí bordado con galones de plata hacía resaltar la palidez de mi tez y la blancura de mi pecho. Lo encontraba muy menudo, este pecho naciente. Un collar de crisopacio subrayaba la esbelta línea de mi cuello y me detuve sobre la de los hombros, que me parecían muy enclenques en la rigidez de mi traje. Mi larga cabellera ensartada de perlas y piedras preciosas ocultaba su débil consistencia. Es cierto que al conjunto no le faltaba ni magnificencia ni elegancia, pero ¿era lo suficientemente mujer para seducir a ese hombre de veintiséis años con el que me iba a casar? ¿Tendría la delicadeza suficiente para enseñarme a amarle?

Un estruendo de trompetas, pífanos y tambores me puso en alerta. La cabalgata se anunciaba. Me dirigí a la logia de honor en el primer piso del palacio. La plaza estaba llena de gentío y acudía gente por todas las callejuelas. Una ovación me acogió y de

repente se hizo el silencio. Aparecía la cabeza del cortejo. Escuderos y pajes abrían camino en medio de la multitud que se apartaba a su paso. Entre Juan, rutilante con todas sus joyas, y César, más severo en su traje episcopal, vi a mi prometido vestido con un jubón de ceremonia realzado con un magnífico collar engastado con diamantes. Mis hermanos retuvieron a su montura y Giovanni puso su caballo al paso para avanzar hasta mí. Me fijé en su cintura delgada, su cabello rizado, su barba ondulada que subrayaba una nariz menos curva de lo que pensaba, sencillamente aguilena. En cuanto a la frente demasiado abombada, el gorro la escondía. Tenía buena prestancia y mi corazón se puso a vibrar cuando, clavándose sus ojos color castaño en los míos, se alzó sobre los estribos para saludarme con gran educación, lo que causó muy buen efecto. Como lo preveía la etiqueta, le di las gracias mediante una sonrisa acompañada de una reverencia. Los adoquines crepitaron en una explosión de charangas. Mi futuro marido entró solemnemente en el Vaticano, y salí de la logia con el corazón alegre tras este primer encuentro. En la mirada de Giovanni, tan inquieta como la mía, había brillado una pequeña llama. Le gustaba, ya no dudaba de ello, y esperé con euforia el día de la boda. Los astrólogos la habían fijado cuidándose de evitar el miércoles, nefasto entre todos, según el célebre dicho que habían evocado:

La esposa del miércoles es peor que la helada, lleva a su marido a la ruina, y no goza tras la cortina^[2].

Fue un sábado. El 12 de junio, por la mañana temprano, las sirvientas vinieron a engalanarme bajo la mirada atenta de Adriana que se cuidaba hasta del menor detalle. Los ornamentos de pedrería sobre el vestido de brocado índigo, el collar de esmeraldas, la diadema sobre los cabellos sueltos y el abrigo tejido de oro fijado a los hombros. Anunciaron al duque de Gandía, y Juan apareció. Venía a buscarme para la ceremonia. Vestido con larga túnica de oro bordada con perlas, y recargada de piedras preciosas, parecía un dios y me exclamé admirada. Con un mohín encantador, me cogió por la cintura y puso sobre mi pecho sus labios sensuales que murmuraban:

—Qué buena pareja formamos. ¿Por qué no soy yo el marido? ¡La buena noche que te haría pasar!

—Cuando se trata de elegancia, nadie te supera, señor duque. Pero te gusta demasiado el placer. ¿Qué haces con la moral?

—¿No se habrán olvidado de enseñármela?

—Ya no hay tiempo para bromear —intervino Adriana—. A Su Santidad se le va a acabar la paciencia. ¡Venga!

Situándose a mi izquierda, Juan me ofreció el brazo en el que puse mi mano, y nuestro cortejo salió de Santa María in Porticu. Doce pajes nos precedían, vestidos con largas túnicas en gamuza moteada. Sobre la alfombra de yaros gigantes que atravesaba la plaza como un largo camino hasta la puerta del Vaticano, me esforzaba

en caminar majestuosamente sin tropezar bajo el peso de la cola de cuatro metros que llevaba una joven esclava negra. Detrás de mí avanzaban Julia, Adriana, Battistina de Aragón y más de ciento cincuenta damas de alto linaje vestidas con sus mejores galas. Miles de personas, que habían acudido desde el alba, nos miraban en silencio, cautivadas ante tanta magia.

Había mucha gente en los pasillos del Vaticano, así como en los salones decorados de frescos inacabados de un tal Pinturicchio; tapices de seda cubrían las paredes bajo las pinturas, y los suelos de mármol desaparecían bajo las alfombras de Oriente. Ante la puerta de la sala de ceremonias, Juan se apartó para dejarme entrar. La asistencia calló y sólo vi a mi padre con roquete y muceta de satén, rodeado por diez cardenales con capa escarlata. Una bocanada de alegría me animó y avancé hacia él con paso ligero, ignorando los centenares de ojos que me atravesaban: el Colegio Sagrado, los embajadores y los plenipotenciarios, los Orsini, los Medici, los Colonna, el señor de Milán, su familia al completo, y todos los Borgia. César estaba al lado del trono, el rostro sombrío y la mirada fría. Juan se había unido a él, así como Jofre, muy engalanado. No muy lejos de ellos, detrás, estaba mi futuro marido vestido de «turco al estilo francés», como lo dictaba la nueva moda lanzada por el príncipe Djem. Sobre su túnica de oro encañonado, reconocí el bonito collar engastado con diamantes. Más tarde me enteraría de que no era suyo, sino de su antiguo cuñado, el marqués de Mantua.

Respetando las reglas de la etiqueta pontificia, besé la mula de mi padre, así como a las damas de mi séquito. Sólo entonces, Giovanni vino a arrodillarse a mi lado sobre los cojines de terciopelo dispuestos para nosotros al pie del trono. Miraba al suelo, intimidado. Tendí mi mano hacia la suya para reconfortarlo, y la retiré enseguida por temor a haber hecho un gesto osado que se interpretara mal. La sonrisa de mi padre lo aprobó.

—Ofrece tu mano —murmuró—. Tienes nuestro permiso.

Se me enrojecieron las mejillas cuando sentí contra la mía la piel de ese hombre que iba a convertirme en mujer. En el camino tortuoso del amor había dado el primer paso y volaba cándidamente hacia mis sueños de felicidad. La voz del notario me hizo bajar a la tierra. Había avanzado para hacer las preguntas rituales:

—Ilustre señor, pienso que conserváis en memoria el reciente contrato establecido entre la ilustre dama Lucrecia Borgia, aquí presente, y el señor Nicolo que actuaba en vuestro nombre. Recordáis los términos de ese contrato, la cifra de la dote y los otros elementos. No me parece necesario volverlos a leer aquí. ¿Consentís respetar ese contrato según su tenor y espíritu?

—Lo tengo bien presente en la memoria —respondió Giovanni—. Lo acepto y me comprometo a seguirlo.

Girándose hacia los cardenales, el notario les rogó que fueran testigos de la ceremonia que iba a realizarse, y después se dirigió otra vez a Giovanni:

—Ilustre señor, ¿consentís en tomar y tomáis como legítima esposa y mujer a la

ilustre dama Lucrecia Borgia, aquí presente? ¿Y prometéis tratarla como vuestra dama y esposa legítima?

—Sí quiero, con muy buena voluntad —dijo con una voz fuerte.

A la misma pregunta, yo simplemente respondí:

—Sí quiero.

Entonces mi padre entregó las alianzas al obispo de Concordia^[3], que se arrodilló a nuestro lado para colocarlas en nuestros dedos mientras el capitán general de la Iglesia mantenía su espada sobre nuestras cabezas. Un discurso sobre la santidad del matrimonio seguido de un himno a varias voces puso fin a la ceremonia y salí de la sala del brazo de mi esposo. Esta vez estaba hecho, ya era la condesa de Pesaro. Sobre el papel ciertamente, ¿pero cuál sería la realidad? ¿Cómo iba a imaginar sobre todo que de este primer matrimonio iban a hacer nacer las peores calumnias y que me llenarían de amargura cubriéndome de vergüenza?

Por ahora, era momento de divertirse. La fiesta duraría hasta el alba. Una gran noche de júbilos como mi padre sabía organizarlos: escenas de comedia seleccionadas por Pomponius Laetus en *Los menecmos* de nuestro querido Plauto, declamaciones de poemas del famoso Serafino Aquilano, intercaladas con intermedios musicales compuestos por el maestro de capilla Josquin des Prez, muy aplaudido por su última *frottola*, *Grillo é bon cantore* que todo el mundo tarareaba degustando golosinas. Y después vino el festín en la sala de los Pontificios donde cardenales y embajadores tenían a su lado las más nobles damas de la sociedad.

Tras los postres, se distribuyeron los regalos: piezas de orfebrería magníficamente trabajadas para ornamentar los aparadores y el tocador, vajillas de plata o de bermejo a las que se unían piezas de tejidos preciosos y algunas joyas. Daba las gracias a cada invitado, extasiándome ante la belleza de su regalo. Por fin aparecieron músicos con sus violas, pífanos y tamboriles y bailamos hasta la madrugada, sólo entre damas, gallardas, *courantes* y minués. Era mi primer baile y me divertí como nunca, Giovanni reía de mi exuberancia y me embriagaba con su alegría que me colmaba de felicidad.

El alba blanqueó el cielo, apagaron las velas, había que cumplir el último acto. En la habitación nupcial de Santa Maria in Porticu, mi padre, el cardenal Ascanio y la tía Adriana, rodeados por algunos prelados, siguieron la tradición de las bodas principescas, de ver cómo nos metíamos en la cama. Doblaron las sábanas y pudieron comprobar que estábamos desnudos, al menos hasta la cintura, puesto que el resto estaba púdicamente cubierto. Bajo sus miradas atentas, Giovanni se giró hacia mí, estrechó mi cuerpo contra el suyo y posó sus labios sobre los míos. Satisfechos con lo que veían, nos desearon buenas noches y se retiraron tras haber «corrido las cortinas». La puerta se cerró. Entonces, Giovanni saltó sobre la alfombra. Me encontraba sola en la cama.

—*Finita la comedia* —exclamó cubriéndose con la camisa—. No temas, pequeña Lucrecia, no te haré daño. Su Santidad me ha hecho prometer no «consumar» el

matrimonio. Esperaré a que se afirme más tu madurez, y guardaremos el secreto sobre este matrimonio blanco^[4].

Capítulo IV

Durante los dos meses que siguieron, Giovanni tuvo la cortesía de comportarse como un marido enamorado. Sus apartamentos comunicaban con los míos, y se respetaron las apariencias. Nadie podía imaginar que dormía sin él tras las cortinas de mi cama. Es verdad que, en aquel momento, sentí despecho. Incluso me decepcionó verle obedecer sin rebelarse a las órdenes de mi padre; pero las órdenes del Papa tienen fuerza de ley, y nadie puede incumplirlas. Ahora bien, podría haber manifestado amargura, descontento a falta de una furia indecorosa. Estaba furiosa por el poco interés que tenía hacia mi persona, y estaba aburrida de este cuerpo apenas núbil, incapaz de despertar el deseo. Porque si hubiese tenido más curvas, como Julia, no me habría dejado sola llorando sobre mi almohada.

¡Menudo chasco la noche de bodas! ¿Por qué me habían casado tan temprano si estaba prohibido «consumar»? Y sobre todo, ¿por qué mi padre, normalmente tan franco, no me había explicado lo que iba a pasar? ¿Por qué me había dado un esposo si me retiraba al mismo tiempo el derecho de ser verdaderamente su esposa? ¿De qué naturaleza era su amor, afirmado en la ostentación, que me imponía tal humillación?

—Mis decisiones son el fruto del saber —decía a menudo con su voz dulce.

Así, durante mi infancia, había domado más de una vez mis reticencias y me había enseñado a doblegarme como estaba escrito en los Evangelios. Resignación del Cristo ante el Padre Eterno, humildad de la Madona ante el arcángel Gabriel. Atrapada por todos estos pensamientos que me torturaban, acabé por dar con uno que me reconfortó y me permitió dormirme con el corazón sosegado: mi cuerpo no había padecido ningún desgarró y los misteriosos secretos del amor todavía estarían por descubrir, cuando Giovanni por fin viniese a honrarme.

Por ahora, iba y venía con expresión de atareado. Mi padre le había encargado reconstituir el ejército pontificio. *Condottiere* al servicio del Serenísimo, sabía donde enrolar para asegurar la defensa del Vaticano. Corría el rumor de que iba a haber una guerra entre Francia y Nápoles, y eso imponía la diplomacia para asegurar la seguridad. Situados entre dos fuegos, los Estados de la Iglesia podrían ser invadidos, y las fortalezas debían prepararse para resistir. Ésa era la nueva misión de mi marido y cuando regresaba de sus complicados viajes, me encargaba de divertirlo con un torbellino de festines y fiestas donde se ignoraba la política.

Mostraba una educación exquisita hacia mi persona. Se tornaba la molestia de estar a mi lado cuando saludaba a nuestros invitados y me seguía cuando me retiraba a mi habitación. Permanecía allí un rato y conversaba galantemente conmigo mientras las sirvientas me ayudaban a desvestirme. Julia me había explicado algunos secretos para despertar el deseo de un hombre y me divertía provocándolo paseándome del tocador a la gran cama forrada de brocado, con la cabellera

desplegada como una hopalanda sobre el velo diáfano de mi camión. ¿Iba a percatarse de que mi cuerpo tenía más consistencia, de que mis pechos vibraban de impaciencia, de que mis caderas se habían redondeado y de que mis labios se desesperaban al no ser devorados? ¡Cuántas golosinas me había tragado para que me considerase más mujer y me estrechara contra su piel desnuda de la cual conservaba el vértigo! Lo observaba de reojo, acechando en su mirada un poco del ardor que encendía los bellos ojos negros de Juan. A principios de agosto, creía que había conseguido mi objetivo cuando, a la hora de ir a dormir, despidió a las sirvientas y se acercó a mí, con la expresión turbada. Esperé, estremecida, pero al oír las primeras palabras, mi corazón se heló:

—Debo despedirme, querida Lucrecia. Me reclaman en Pesaro. Mi ausencia ha durado demasiado.

A punto de desfallecer, exclamé:

—Giovanni, ¿no me llevas contigo?

—Su Santidad me permite volver a mis Estados, pero sin ti.

La indignación me reanimó y se me encendieron las mejillas.

—Es imposible. Soy tu esposa y debo seguirte. Se lo iré a decir en cuanto se levante.

—A lo mejor tendrás mejores argumentos que yo para convencer a tu padre y venir a reunirme conmigo más adelante. Me marchó mañana al alba, las órdenes están dadas.

Muy deprisa se inclinó para rozarme la frente con los labios y cruzó la habitación apresuradamente. Me abandonaba como un cobarde. ¿De qué tenía miedo? Con una voz helada, le pregunté:

—¿Qué es lo que te hace huir, la peste... o el aburrimiento hacia mi persona?

Se quedó petrificado y contestó sin girarse:

—Es cierto que la epidemia amenaza. No me lo tengas en cuenta, Lucrecia, volveré en cuanto pueda.

El ruido de sus pasos se alejó por los pasillos, y me quedé petrificada al borde de la cama. ¿Epidemia? Como mucho había unos pocos casos aislados. La enfermedad reaparecía cada verano con el calor insoportable y arrasaba en los barrios insalubres de Roma. Durante mi infancia había conocido situaciones más preocupantes. Mi madre entonces nos llevaba a Subura, a la frescura de sus cerros plantados de pinos que purificaban la atmósfera.

—Es un mal pretexto —murmuré moviendo la cabeza.

La verdad era otra bien distinta, lo presentía. El plazo de la prohibición había vencido. ¿Acaso esta partida precipitada no era la negación de «consumar»? La siguiente pregunta que me vino a la mente era más violenta. ¿Por qué se evadía? ¿Era mi incapacidad para seducirle o su temor de no poder cumplir? ¿Le habría paralizado la muerte de su primera esposa al dar a luz hasta tal punto de haberle dejado impotente? En mi familia teníamos la sangre caliente, y veía con tristeza que mi

marido no tuviese nada de un «*uomo carnale*», a la manera de mi padre y de Juan.

Muy temprano, me adentré por el pasillo secreto de la Capilla Sixtina y me hice anunciar en los apartamentos del Santo Padre. Se levantaba antes que el sol y se ponía a trabajar con los primeros rayos de luz en su ventana. No le sorprendió mi visita y me acogió con las muestras habituales de su cariño.

—Mi querida hija necesita consuelo. Adivino en tu cara deshecha lo que vienes a decirme.

Con sus fuertes brazos, me estrechó contra su pecho y su voz acariciadora me dio más seguridad para hablar:

—Su Beatitud me prohíbe seguir a mi marido, y me convierte en la más desgraciada de las mujeres. Mi mayor deseo es reunirme con él lo antes posible. Imploro su permiso.

Me soltó y retrocedió fulminándome con su mirada «todopoderosa»:

—¿Quieres abandonarme ahora que nuestro querido hijo, el duque de Gandía, nos deja? ¡Jamás! ¡Jamás!

El tono se suavizó cuando añadió:

—Esta separación me destroza, eres la única que puede consolar mi dolor. Y además te necesito, Lucrecia, para recibir con dignidad, como tan bien sabes hacerlo. Dentro de poco llegará una embajada del rey de Nápoles que me ofrece una alianza. Y los enviados del rey de Aragón han llegado a bordo de la carabela real. Se llevarán a Juan hacia nuestra querida España donde se prepara la boda con una prometida que se impacienta.

—¿Vais a separarlos pronto, como hacéis hoy conmigo?

Se sobresaltó, y después me volvió a estrechar entre sus brazos. Hundió la mano en mi pelo, como hacía antaño, y su voz recuperó las tiernas ondulaciones del pasado:

—Esta bella frente alberga oscuros pensamientos que debemos ahuyentar cuanto antes. Giovanni volverá. Te ama y te echará de menos. Veo que tú también lo echas de menos, pero estoy aquí para protegerte y asegurarme de tu felicidad. Sigues siendo el tesoro de mi corazón, ya lo sabes.

Una vez más, me había domado. Las últimas palabras me tranquilizaron y me retiré tras haberme arrodillado dócilmente para recibir su bendición. Regresé a mis apartamentos diciéndome que no tendría tiempo de aburrirme. Se habían anunciado tantas fiestas que los días pasarían volando y ni siquiera tendría tiempo de contarlos.

Juan partió el 4 de agosto, llevando en sus baúles una gran cantidad de joyas y tejidos preciosos para doña María Enríquez, su futura esposa. Lo envidiaba por realizar el viaje con el que yo tanto había soñado. Valencia, Gandía, Játiva, y luego las cortes de Castilla y Aragón, todo lo que podría haber descubierto en compañía de Cherubino o Gaspar. Mi destino seguía otro camino. No había dejado Roma, era la condesa de Pesaro y esperaba pacientemente a Giovanni albergando la esperanza de conocer pronto las costas soleadas de su pequeño reino a orillas del Adriático.

Doce días después, Jofre también obtuvo su celebración. En la sala del trono del

Vaticano, se casó por procuración con la nieta natural del rey de Nápoles, doña Sancha de Aragón. Ésta, con diecisiete años mientras mi joven hermano sólo tenía doce, debería esperar un poco antes de «consumar». Decían que era muy bella y Jofre resplandecía de vanidad. Mediante este matrimonio sobre el papel, se convertía en el príncipe de Squillace y conde de Cariati. Como Juan, entraba en la familia de Aragón. Era una alianza que honraba a los Borgia y le otorgaba a mi padre una gran baza en el juego de su política que yo aún no podía entender. Me importaba verle feliz, y lo era. Mi padre, tal como se lo había prometido a nuestra madre, había establecido a sus hijos, y les había asegurado un porvenir glorioso. El último al que debía atender era a César. El 20 de septiembre, fue nombrado cardenal y recibió, además de sus obispados, el de Valencia. Tenía dieciocho años y poseía a partir de ese momento unos ingresos que le permitirían vivir como el hijo de un gran príncipe en su casa del Trastevere.

No fui la única que se alegró de ese acontecimiento. Entre los diez candidatos recientemente elegidos, también estaba el hermano de Julia, Alejandro Farnesio, y un tal Hipólito de Este, el cadete del duque de Ferrara, por el cual Adriana había prometido ejercer su influencia. Ambas se atribuían el mérito de estas nominaciones que consideraban un triunfo personal, y lo declaraban con orgullo:

—He aquí nuestro poder, el poder de la sombra, del cual toda mujer puede usar y abusar si posee inteligencia y habilidad.

La sombra de la oficina o la sombra de la alcoba, eso me daba qué pensar. Guardé la lección en la memoria y no iba a tardar a ponerla en práctica.

Por ahora, sólo tenía una ilusión, reencontrarme con Giovanni y conocer la languidez que veía en la mirada de Julia. Ella también estaba lejos de su marido, pero no se quejaba mucho de la soledad. Aunque Orso visitaba demasiado a menudo su feudo de Bassanello donde mi padre le confiaba tareas militares, tenía consigo una prueba de su amor, una pequeña Laura de la que yo tenía envidia. ¡Cuántas veces la estreché entre mis brazos atribuyéndole el poder de un talismán! Ser amada y tener un hijo era la felicidad suprema a la que aspiraba. ¡Cuántos dramas y tragedias antes de que se me permitiese acceder a ello!

Eran finales de septiembre y mi padre irrumpió en mis apartamentos.

—Debemos hablar —me dijo con expresión preocupada.

Despedí a mis damas. En cuanto estuvimos solos, me preguntó.

—¿Giovanni ha cumplido su deber conyugal antes de marcharse?

—¿Acaso Vuestra Beatitud no se lo había prohibido? Os ha obedecido, con gran despecho por su parte.

—Quería asegurarme de ello, porque ha tenido la audacia de reclamarme los 5000 ducados para reembolsarle sus gastos de la boda. Si quiere ese dinero, debe regresar y comportarse contigo como es debido.

Se sacó del bolsillo la carta recibida de Pesaro y añadió:

—Por una ofensa así, tendríamos derecho a anular el matrimonio. Pero él te

importa y, por amor a ti, le dejamos una oportunidad. Le hemos contestado que debe regresar entre el 10 y el 15 de octubre, que por esas fechas el aire ya no será malsano, la peste habrá desaparecido, y podrá cumplir con sus obligaciones conyugales. Sólo entonces le pagaremos sus gastos con el importe de la dote y, si regresa inmediatamente, le ofreceremos otros suplementos^[1].

Se retiró farfullando con expresión de furia:

—¡Sacar dinero por un fruto intacto al que a tantos otros les gustaría saborear!

Aterrada, no sabía qué decir y me retorció las manos de vergüenza. El matrimonio sólo era un asunto de dinero, y me había equivocado al creer en el amor.

—El placer —me había dicho Juan—, eso es lo que importa por encima de todo.

—Si un apuesto amante te emociona, cógelo con toda libertad —me había aconsejado Julia—. Amor y matrimonio pocas veces coinciden.

—El poder de la sombra —repetía Adriana.

¿Qué debía hacer, qué debía pensar? ¿Acaso sólo era una mercadería de la cual se discutía el mejor precio? El asco me oprimía el pecho y el mareo se apoderaba de mí. Ahora bien, me negaba a ennegrecer a Giovanni por temor a renegar de mí misma y borrar en mi corazón cualquier esperanza de conquistar su amor. Esperé su regreso y sus explicaciones.

A finales de noviembre, regresó discretamente a Roma y se deslizó con expresión incómoda en mis apartamentos. Le salté al cuello llorando de alegría. Alentado por mis efusiones, me echó sobre la cama y me convertí en mujer en algunos segundos, el tiempo de pegar un grito y oír sus suspiros. No había sentido placer alguno y me dormí pensando que todo iría mejor la próxima vez.

Tras varios intentos, tuve que rendirme ante la evidencia. Giovanni no estaba dotado para la voluptuosidad. Cumplía con su deber con método y regularidad, como el buen militar que era. Una brevedad desconcertante que excluía el refinamiento de las caricias, esa embriaguez de los sentidos hasta el extremo que otro hombre me revelaría cuatro años después. Mi marido no era un buen amante, pero tenía una amabilidad que me conmovía. También tenía los nervios sensibles, le faltaba seguridad y se preocupaba por nimiedades. Mi padre lo aplastaba, César lo dejaba helado; venía a refugiarse en mi habitación y yo lo consolaba. Es cierto que los Borgia no eran personas fáciles de tratar, y el Sforza sufría al no ser considerado. Sin embargo, me distraía y su presencia era necesaria para poder aparecer en sociedad. Sin esposo, una dama no podía ser invitada. Y las recepciones abundaban en este fin de año. Se marchó después de Navidad prometiéndome regresar:

—Aquí ocurren cosas muy extrañas, querida Lucrecia, y es necesario que hablemos, pero fuera de estas paredes. Tienen oídos.

A principios de febrero, regresó y se puso a recorrer los pasillos del Vaticano donde circulaban noticias inquietantes. El rey Ferrante acababa de morir y su hijo Alfonso, príncipe de Capua, le había sucedido. Pero el rey de Francia, Carlos VIII, protestaba y levantaba las armas. En su calidad de heredero de la casa de Anjou,

declaraba que el trono de Nápoles le correspondía con toda legitimidad, y se preparaba para atravesar Italia y apoderarse de él. En una carta al Soberano Pontífice, incluso había anunciado su intención de detenerse «familiarmente» en el Vaticano. Una guerra nos amenazaba. Mi padre la temía y su furia se desencadenaba contra Ludovico el Moro, porque era él, decía, el responsable de este dramático asunto que provocaría la ruina del país. En su odio visceral a los de Aragón, el señor de Milán había alentado al soberano francés a barrerlos. Mi pobre Giovanni se sentía muy pequeño y se pegaba a las paredes, espantado ante las imprecaciones lanzadas contra su familia: sus dos tíos y protectores, Ludovico Sforza y el cardenal Ascanio, estaban puestos en la picota.

—Me encuentro en una situación muy comprometida —gemía—. Puesto que estoy al servicio de Su Santidad, dentro de poco deberé servir al napolitano contra el milanés ¡Qué angustia! ¿Nápoles o Milán, de qué lado voy a inclinar mi fidelidad? Le he suplicado al Santo Padre que no me obligue a convertirme en el enemigo de mi propia sangre. ¿Y sabes qué es lo que me ha contestado, Lucrecia? «Te ocupas demasiado de mis asuntos. Sigue a sueldo de los dos».

Para proteger sus Estados amenazados de invasión, mi padre había cambiado de bando. Jugaba Nápoles contra Milán. Le encargó a su primo, Jean Borgia Llançol, arzobispo de Monreale, que fuese a coronar al nuevo rey Alfonso y a celebrar al mismo tiempo la boda de Jofre, que precipitaba, para sellar más estrechamente su alianza con los de Aragón. Y para dar más brillo a la ceremonia, me había rogado que asistiese con mi marido, para apoyar a mi joven hermano y oficializar con mi presencia la importancia de este giro político. Giovanni se negó y lo defendí. Para mi sorpresa, mi padre escuchó con impavidez. Escudriñaba a su yerno y yo veía claramente que retenía la furia bajo su expresión apostólica. Simulando conceder su indulgencia, le confió otra misión a la que calificó de más alta importancia: regresar a Pesaro, reunir su propio ejército y estar preparado para intervenir en Romaña para detener a los franceses si por ventura éstos persistiesen en su intención de conquistar Nápoles.

—¿Su Santidad me permite llevar a Lucrecia? —pidió mi querido esposo aliviado—. Creo que ha llegado el momento de presentar su nueva señora a mis súbditos que se impacientan por honrarla.

El corazón latiendo con fuerza, esperé la respuesta, y la alegría me invadió cuando, al cabo de un largo silencio, oí:

—Tienes razón, hijo mío, aprobamos esta idea. La epidemia de peste vuelve a estar entre nuestras paredes. Y este año es más aguda. No sólo te confiamos a nuestra amada hija, sino también a su tía y su dama de honor, a las que deberás proteger. Sabes bien que sentimos una gran estima por las tres y queremos que tengan buena salud.

El 31 de mayo de 1494, dejaba Roma con un gran cortejo, en compañía de Adriana, Julia, un gran número de damas y jóvenes de nuestros respectivos séquitos,

así como una escolta de gente armada, sirvientes y cocineros. Al lado de Giovanni, tomé la ruta de Pesaro y me embriagaba con ese dulce perfume de libertad que flotaba en el viento ligero. Ya no más Vaticano, ya no más protocolo. Mi padre ya no estaría allí para regentarnos. Al despedirse, nos había dado una última orden:

—No olvidéis regresar antes del 31 de agosto.

¡Qué alivio de repente ver desaparecer a lo lejos la Ciudad eterna, y darle la espalda! No partía hacia la España de mis sueños, pero me quedaba el viaje, y me embriagaba con ese largo periplo a través Umbría, Marcas, el país arbolado de Fossombrone, los caminos llenos de baches de los Apeninos... Era una bonita aventura salteada de mil peripecias que nuestro buen humor transformaba en diversiones, como esa violenta tormenta que saludó nuestra entrada en Pesaro. Como multitud y vivas, sólo tuvimos mangas de agua y algunos rostros por los que corría el agua tras ramos empapados. El palacio, despojado de las banderas y los gallardetes que colgaban como harapos chorreantes, se transformó en un vivac donde nuestra única preocupación fue colocarnos alrededor de los fuegos encendidos con prisas en las altas chimeneas para secarnos y entrar en calor.

A la mañana siguiente, el campo resplandecía bajo el sol y, desde las ventanas de mi habitación, pude admirar el precioso paisaje que se desplegaba a los pies de la fortaleza, bordeado a lo lejos por el deslumbrante mar Adriático. Las calles de la ciudad, decoradas con casas góticas, se llenaron de una multitud con trajes engalanados que se cuidó de hacerme olvidar rápidamente la triste acogida del día anterior. Me festejaron como a una reina. Se siguieron bailes, festines y ceremonias y saqué mis mejores galas para encandilar a todo el mundo y gustar a Giovanni. Los nervios de Roma habían desaparecido y su rostro estaba deslumbrante. Aquí era el señor, sus súbditos le veneraban. Con ello ganaba más seguridad y no ocultaba su orgullo de tenerme a su lado, escuchando deleitada los elogios que me habían dedicado.

Me enseñó sus dominios: la fortaleza comprada a los Malatesta por 20 000 florines de oro, el palacio construido por su abuelo, Alejandro Sforza, donde su padre, Costanzo, se había casado con Camille de Aragón. El matrimonio había sido estéril. Giovanni, el hijo natural, lo había heredado todo, echando enseguida a su madrastra y su brillante corte. Los grandes salones que fui recorriendo parecían llorar, tan desnudos estaban y tan lúgubres eran. Algunas colgaduras y tapices amontonados en mis bultos los animaron, así como las piezas de orfebrería regalo de nuestra boda, colocadas sobre los aparadores. Convocamos a músicos y sólo se pensó en bailar, cantar y disfrazarse. Las damas rivalizaban en elegancia para saludar a su nueva condesa, y me comporté como soberana para recibir a los notables impacientes por divertirse.

Como buen marido, Giovanni me envolvió de mil atenciones y cada noche me honraba con sus bruscos ardores sin por ello convertirse en mejor amante. A pesar de todo era feliz, y me conformaba con esa tranquilidad apaciguadora que nos unía. ¿Era

eso la felicidad? Quería creerlo puesto que no me aburría y siempre tenía mil cosas por hacer para colocarme en mi lugar en ese pequeño país que se había convertido en mi reino.

Lo habría seguido siendo sin duda alguna, si no hubiese estallado la guerra... y si no hubiesen existido las exhortaciones de ese padre demasiado posesivo que también era el Soberano Pontífice y el señor de una Iglesia a la que le debíamos juramento de fidelidad y sumisión.

Capítulo V

A finales de junio, me puse gravemente enferma y se interrumpieron las diversiones. En Roma corrió la voz de que estaba agonizando y mi padre, azorado, multiplicó las cartas para exigir noticias más extensas. Ninguna respuesta de mis allegados podía reconfortarlo. Estaba loco de preocupación y, cuando pude cogí una pluma, le escribí y me contestó enseguida:

«*Donna Lucrezia*, mi querida hija, acabas de hacernos pasar cuatro o cinco dolorosas jornadas llenas de grandes angustias; se afirmaba que estabas muerta o tan enferma que no quedaba ninguna esperanza. Puedes imaginar el dolor de nuestra alma, tú que conoces el inmenso amor que sentimos por ti, y hasta que no vimos la carta escrita de tu mano, que era la prueba de que estabas bien, nuestra mente no encontró reposo. Le damos las gracias a Dios y a la gloriosa Nuestra Señora, que te han salvado de cualquier peligro y saben a ciencia cierta que no estaremos contentos hasta que no te hayamos visto personalmente^[1]».

Reconocía bien la ternura excesiva de mi padre, que sólo sabía amar con pasión. Lo que concernía a sus hijos siempre le quemaba en la carne. ¿Acaso ya me reclamaba bajo su ala? No tenía ningunas ganas de regresar a Roma. Permanecer al lado de mi esposo era mi deber y no estaba en condiciones de hacer el viaje. A mi alrededor, sin embargo, las mujeres de mi séquito bostezaban de aburrimiento y desaprobaban mi decisión. Adriana refunfuñaba por no encontrar ninguna intriga que tejer. Julia suspiraba, Pesaro le parecía soso y provincial al lado de los fastos de Santa Maria in Porticu. Ambas se lamentaban mientras contaban los días que las separaban del regreso. Ahora bien, faltaba mucho para que se acabase el plazo fijado por mi padre. Sus prisas agriaban su humor y sus ojos ya no veían los encantos del paisaje ni las bellezas de la «villa Imperial» adonde Giovanni me había llevado para acelerar mi recuperación. Su abuelo Alejandro la había construido en 1464 en el Monte Accio, y el emperador Federico III había puesto la primera piedra. De todas nuestras residencias de verano, era la que prefería por sus jardines dignos de Armide con sus laberintos de brezo y sus fuentes de mármol decoradas con musas. Me paseaba por ahí sin cansarme, rodeada de mis enanos y mis perros, admirando la masa ondeante de los olivos plateados que acariciaba a lo lejos la inmensidad azul, inundada de sol.

De repente se oyó que el rey de Francia se dirigía hacia Italia con un buen número de tropas y bien armadas. La guerra estaría pronto en nuestras puertas, y Giovanni temblaba por tener que decidirse. ¿Por qué lado tomaría partido?

—Que abandone el servicio de su tío Ludovico —aconsejaba mi padre—. Sabe lo que representa para nosotros, y debe hacer nuestra voluntad. De modo que tome sin tardar el mando de una brigada napolitana. Le pagaremos mejor que su familia.

Terrible dilema para mi pobre esposo que se negaba a traicionar el partido Sforza y no podía desligarse de sus obligaciones para con su suegro, que era su feudatario. Tras largas noches de insomnio, seguía dudando, mientras mi padre, preocupado, presionaba a Adriana para que nos llevara a Roma, de vuelta a un lugar seguro a su lado.

«Los franceses llegan por tierra y por mar —le escribía—, y no me parece buena idea que estéis en Pesaro, dada la multitud de soldados que va a reunirse en esa región. Con prudencia y discreción, sondead a Giovanni sobre sus propósitos y arreglároslos para que Lucrecia regrese con vos».

En los brazos de mi marido, el corazón se me rompía. Con él, lloraba porque no podía decidir. Entre la razón de Estado y el corazón, entre el deber y los lazos de sangre, ¿dónde estaba el honor?

—No quiero perderte, Lucrecia, pero nuestra unión me empuja hacia un infierno.

—Te quiero, Giovanni, pero también quiero a mi padre. ¿Y cómo puedo contentar a los dos cuando cada uno me reclama a leguas de distancia?

A esta tragedia se sumó otro drama. Julia me informó de repente de que su hermano mayor estaba muy enfermo. Su hermano pequeño, el cardenal Farnesio, la apremiaba para que emprendiera el viaje de vuelta.

—Me voy —me dijo—. Debo estar al lado de Ange antes de que sea demasiado tarde.

—Su Santidad no verá con buenos ojos esta decisión —me dijo Adriana totalmente decidida a acompañarla—. Pero la familia tiene sus razones que la política o el capricho deben comprender.

Recogieron sus pertenencias y desaparecieron una mañana al alba, con sus mujeres y una escolta que consideré muy escueta para protegerlas hasta el castillo de Capodimonte, en Lombardía. Tenía un mal presentimiento, pero estaba lejos de imaginar lo que les ocurriría.

La furia de mi padre cayó sobre nuestras cabezas como los estruendos del rayo. Habíamos dejado partir a Adriana y Julia sin consultarle. Habían llegado a buen puerto, es cierto, pero su rencor se desató sobre Giovanni y sobre mí:

«Deberíais haber pensado, como era vuestro deber, que una separación tan brusca, efectuada a nuestras espaldas, nos causaría el mayor de los descontentos... Deberíais haber solicitado el beneplácito del Papa. En otra ocasión, seremos más previsores y tendremos cuidado de considerar entre qué manos dejamos nuestros asuntos^[2]».

Tras el raudal de reproches, seguía la carta en un tono más sereno explicándome su entrevista de Vicovaro con el rey Alfonso II durante la cual había firmado un pacto de alianza.

«Nos trató con tanta amistad y obediencia como si hubiese sido nuestro propio hijo... Convéncete de que Su Majestad sacrificaría para nuestro servicio su propia persona y todo lo que posee en este mundo. Sólo me falta recomendarte que cuides de tu salud y reces con asiduidad a la Madona^[3]».

Su insistencia en recalcar la sumisión del soberano napolitano me puso en estado de alerta. ¿Acaso sospechaba que Giovanni quería traicionarlo? Cogí la pluma para tranquilizarlo confirmándole que mi esposo estaba en Urbino, evaluando las fuerzas aragonesas establecidas bajo el mando del señor Guidobaldo de Montefeltre. Entonces sólo recibí reprimendas por mi ingenuidad y mi falta de amor, puesto que no manifestaba ningún deseo de regresar a Roma. Tantas palabras duras, inmerecidas, me sumieron en una profunda melancolía. Con los ojos llenos de lágrimas, le contesté asegurándole mi estima:

«Mi único deseo es permanecer a los pies de Vuestra Beatitud; le suplico humildemente y con todas mis fuerzas hacerme digna de vuestro afecto, puesto que no estaré contenta hasta haberlo conseguido».

Y mientras tanto, la rueda de la Historia giraba, y las calamidades que tantos predicadores, imitando a Savonarola, anunciaban desde hacía meses, empezaron a abatirse sobre nosotros. A principios de septiembre, el rey de Francia y su temido ejército atravesaron el puerto de Montgenèvre y acudieron en tropel hacia Nápoles. Arrastraban tras de sí grandes cañones de bronce y otros más pequeños que sembraron la inquietud en todo el país, donde no teníamos nada semejante para plantarles cara. Giovanni, sin vacilar más, por lo menos aparentemente, se sometió a las órdenes de mi padre y corrió hacia Romaña donde lo llamaba su deber de yerno y vasallo. Verlo en traje de batalla me impresionó tanto que lloré cuando me separaba de sus brazos. Por primera vez, me encontraba sola, sin familia alguna para apoyarme. Pero era la condesa de Pesaro y me esforzaba en comportarme con toda la dignidad de mi rango.

Una vez secadas las lágrimas, viví totalmente despreocupada, incapaz de imaginar el peligro. Me habían dicho que la guerra era un asunto de dinero. Se lucha a caballo, cubierto de armas, siempre protegido de la muerte, y se hace un gran número de prisioneros para conseguir buenos rescates. Mi esposo volvería pronto. Sólo era necesario esperarle en la alegría.

¿Pero qué podía hacer para engañar el vacío de la soledad en este gran castillo desierto? El aseo y el cuidado de mi cabellera me ocupaban las mañanas. Tras un tentempié, seguida por mis damas y bufones, me paseaba por la ciudad y me detenía en las alfarerías. En la parte trasera de la tienda de una de ellas, había un taller en el que el maestro me iniciaba en el arte de la mayólica, una técnica original de pintar lozas que unos españoles, venidos de la isla de Mallorca, habían importado a Italia. ¡Qué emoción cuando me enteré de este detalle! A orillas del Adriático, recuperé algo de mis raíces pintando sobre platos o vasijas temas mitológicos al estilo italiano, siguiendo un proceso venido del país de mis antepasados. Mientras imaginaba nuevas escenas para mi próximo trabajo, regresaba al castillo para recibir al círculo de mis familiares. La velada transcurría entre bailes, cantos o recitales de poemas, acompañándonos de un laúd o una flauta. Músicos de gran talento nos acompañaban, y aún recuerdo un intermedio sobre los amores de Ariadna y Teseo compuesto

especialmente para nosotros por un maestro de Venecia, Ottaviano Petrucci. Todos teníamos un papel y habíamos presentado el espectáculo en los jardines de la «villa Imperial». En un laberinto de rocas cubiertas de musgo, aguantaba el hilo de Ariadna y esperaba a mi vencedor.

¿Pero quién iba a vencer al monstruo? Pues así es como toda Italia apodó al rey de Francia y su ejército de bárbaros que sólo dejaban tras de sí saqueos, asesinatos, incendios, calamidades innumerables y salvajes matanzas. De ciudades a pueblos se explicaba con espanto la horrible batalla de Rapallo donde los regimientos napolitanos fueron aniquilados en un charco de sangre y los prisioneros fueron masacrados omitiendo totalmente nuestras reglas. Una crueldad jamás vista que sembraba el terror.

El ejército del duque de Calabria retrocedía y Giovanni no regresaba. Entonces me enteré de que en Milán se festejaba al invasor. Ludovico el Moro, Ercole de Este y otros tiranos lo congratulaban. Alentado por estos ánimos, Carlos VIII bajó hasta Florencia donde derrotó a Pedro de Medici. Savonarola corrió delante de él saludándole como un «mensajero de Dios» que iba a reformar la Iglesia. La carrera hacia Nápoles seguía y Roma temblaba.

Estábamos a finales de noviembre cuando una noticia me hirió el corazón: no muy lejos de Viterbo, Adriana, Julia y su séquito habían sido capturadas por una compañía de soldados franceses. Respondiendo al fin a las múltiples llamadas de mi padre, habían dejado Capodimonte. ¿Por qué habían tardado tanto en ponerse en marcha? Una inconsciencia así me sorprendía por parte de Adriana, aunque, a cambio, nada me extrañaba en Julia. Era una coquetería más que podía costarle muy caro a la «favorita». Y no era el momento de añadir este pequeño escándalo a los problemas del Santo Padre. Ya tenía suficientes problemas arduos que resolver. Por tres mil ducados, obtuvo la liberación de las prisioneras que estimaba tanto y corrió a su encuentro a las puertas de la ciudad. Fue una leve tregua antes del cataclismo.

En Pesaro reconocí los signos que anunciaban lo que iba a venir. La tempestad levantó las olas del Adriático, un verdadero diluvio se abatió sobre la ciudad, los tejados del palacio fueron atravesados y mi cama inundada. Mal presagio, me decía. Temblaba por si no volvía a ver a Giovanni. Durante el viento helado del invierno, me dio la sorpresa de regresar, pero sentía escalofríos al no reconocerle. Ya no era tierno y aún menos educado. Se había convertido en alguien frío y brutal. Mis amigos, asustados, me abandonaron a su mala compañía, y sólo tuve, para calentar el corazón, los mensajes de mi padre que me transportaban a su lado gracias a la magia de las líneas garabateadas con prisas.

Los franceses se acercaban. Mi padre había abandonado el Vaticano para instalarse en el castillo Saint-Ange mejor fortificado. El 31 de diciembre de 1494, los conquistadores entraron en Roma por la Porta del Popolo. A la luz de las antorchas y bajo un cielo plomizo, pudo verlos desfilar desde lo alto de las murallas. Un raudal temible se metió en las calles: tres mil mercenarios suizos y alemanes blandiendo

lanzas de tres metros y cinco mil ballesteros gascones, deformados y horrorosos, iban delante de dos mil nobles con trajes de seda y cascos con penacho. Tras ellos, tirados por caballos cuya cola y orejas estaban cortadas, los treinta y seis cañones de bronce, temidas máquinas de muerte. En la ciudad alborozada, se encendían fuegos de alegría y en el cielo retumbaba el trueno.

«La multitud siempre está dispuesta a aclamar al vencedor, sobre todo cuando tiene una presencia tan apuesta».

El tono de la carta era amargo. Encabezando el cortejo, entre Giuliano della Rovere y Ascanio Sforza, los cardenales que le habían traicionado, había visto al rey de Francia, que no tenía nada de un rey caballero.

«El hombre más feo de la tierra. Pequeño, jorobado, nariz abotargada, la boca siempre abierta, ojos saltones y manos que tiemblan. Ya le llaman *il gobbo*^[4]».

A partir del día siguiente, los que habían sido idolatrados se pusieron a quemar, saquear, destrozar, según su costumbre. La casa de mi madre, que se había refugiado donde vivía mi padre, fue arrasada, transformaron los palacios en establos y, en el barrio judío, violaron a las mujeres y asesinaron a sus maridos. Mientras tanto, el rey de Francia disparaba con los cañones sobre el castillo Saint-Ange, pensando que el Papa se rendiría ante los primeros cañonazos. No había mucha gente para defenderlo frente a la soldadesca enrabiada, cuatrocientos españoles como mucho, pero tenía a su lado a César y al primo Juan, arzobispo de Monreale, que eran buenos estrategas. Sobre todo tenía la valentía y la fe que le dieron la audacia de pasearse por el camino de ronda con la tiara y la custodia. ¿Qué hizo entonces el rey Muy Cristiano contra el vicario de Cristo? Ordenó otra salva, se desplomó un trozo de muro y, ante la guarnición boquiabierta, mi padre, imperturbable, ordenó blandir el velo de santa Verónica y exponer sobre la muralla los relicarios de cristal que contenían las cabezas de san Pedro y san Pablo.

«El combate cesó, y pudieron empezar las negociaciones. He cedido en algunos puntos, pero no soy el esclavo de los franceses».

El día de la Epifanía fue un soberano arrepentido el que vino a arrodillarse ante Su Santidad para besarle la mula, y que fue demasiado feliz de aceptar el cirio que le tendían para seguir la procesión tras el que no había conseguido humillar. Yo lloraba de alegría. Mi padre había sabido resistir con sangre fría y dignidad. Su genio de la diplomacia le había permitido conservar el prestigio, el trono y los Estados. A finales de enero, Carlos VIII dejó Roma para ir a Nápoles. Se llevaba a César como rehén. A falta del Papa, su hijo, el cardenal, le serviría de moneda de cambio para una coronación asegurada puesto que Alfonso II había huido abandonando el trono.

Una vez más, temblé. ¿Qué le harían a mi hermano? ¿Durante cuánto tiempo permanecería cautivo? Giovanni levantaba los hombros y refunfuñaba en un rincón, disimulando mal un brillo de satisfacción en su mirada. Cuatro días después, yo cantaba «victoria». César se había escapado. Disfrazado de mozo de caballerizas, había regresado al Vaticano y mi padre lo había enviado enseguida a Spoleto para que

estuviera en un lugar seguro. ¡Estaba claro que a los Borgia no les faltaban agallas!

A partir de ese día, mi esposo se mostró más disertado. Dejándose llevar, me explicó:

—Creo que nuestras familias van a reconciliarse. Tu padre ya ha amnistiado al tío Ascanio, y no me extrañaría ver cómo pronto le tiende la mano a mi tío Ludovico que hoy se arrepiente de su error. Él también quiere hacerse perdonar. Ésa es la razón por la cual ha hecho circular por las calles de Milán los cadáveres de los soldados franceses conservados en sal y transportados por mulas. Al saludarlos, declaró: «Han venido frescos, se van salados». Bonita oración fúnebre. Su Santidad debería alegrarse de ello. ¿Qué opinas?

El cinismo de sus palabras me hizo sobresaltar. Una carcajada lo sacudió y repliqué:

—El invasor sigue estando en nuestras tierras, Giovanni. La guerra aún no ha terminado.

—Hemos perdido el almuerzo, ganaremos la cena.

En efecto, dos meses más tarde la situación se invirtió. Carlos VIII conquistó Nápoles fácilmente, pero tras él se formó una liga. Ludovico el Moro, el emperador Maximiliano y la república de Venecia se aliaron con los Estados de la Iglesia para cortar el paso al rey de Francia cuando regresase y tenderle una trampa. Consciente del peligro, éste ordenó la retirada hacia los Alpes. Mi padre juzgó que era preferible no volverle a ver, así que salió de Roma y galopó hacia Perugia y nos pidió que nos reuniéramos allí con él y con nuestras mejores tropas.

El 16 de junio de 1495, en compañía de Giovanni y escoltada por trescientos soldados de infantería y cien hombres de gran caballería, entré en la ciudad erizada de torres y campanarios. ¡Cuántas efusiones y cuántas lágrimas! Después de tantos temores y sustos, tantos peligros superados, el reencuentro parecía un milagro. Entre los brazos de mi padre, que me estrechó hasta ahogarme, pude sentir el latir de nuestros corazones al compás.

Se celebraron fiestas y ya no se pensó en la guerra. Sin embargo ésta proseguía, aunque la *furia francese* perdía su vigor bajo los ataques de las fuerzas de la Liga, que dirigía la ofensiva. Entonces mi padre decidió regresar a su casa y nos envió a la nuestra. Cuando apenas habíamos llegado, ya nos teníamos que volver a marchar. De repente me percaté de sus facciones cansadas, la mirada aguda que posó sobre Giovanni y su manera distante de hablarle:

—Date prisa en reunirte con los nuestros —ordenó con una voz helada—. Tu deber es echar a los franceses.

Se giró hacia mí, me abrazó y me besó con ternura:

—Hasta pronto, mi querida hija, dentro de poco estaremos juntos. Toda la familia. No olvides rezar a santa Catalina y a la Madona.

Se retiró ignorando a mi marido. ¿Qué le echaba en cara el Papa para tratarlo como a un mercenario? ¿Acaso olvidaba que él me había metido en su cama? Una

vez más, me lo arrebatava, como había separado tantas veces a Orso y Julia. Pero «La Bella» finalmente se había reunido con su media naranja en Bassanello, donde ya no correría el riesgo de volver a ser raptada. Allí ya no la llamarían «la concubina del Papa».

Regresé a Pesaro con la muerte en el alma, temiendo encontrarme en ese rincón perdido que sólo me ofrecía la monotonía de la costumbre. El verano resplandecía y me instalé en la Villa Imperial. Giovanni me honró con algunos asaltos tan breves que no dejaron ningún lugar al placer. Cualquiera sensación de deseo se interrumpía bruscamente, incluso antes de desplegarse, y jamás quedaba satisfecha. ¿Era eso el amor? Esas insatisfacciones repetidas me ponían nerviosa y me desanimaban. Era mi esposo y le guardaba mi afecto con la esperanza de que en mi dulzura encontraría más seguridad. Se marchó a la guerra, como lo había ordenado mi padre, y volví a llamar a todos mis amigos de la zona para embriagarme de música en su compañía en la suavidad de la noche bajo el cielo estrellado que reflejaba a lo lejos el mar plateado.

De repente todo cambió. La victoria de Fornovo echó definitivamente a los franceses de nuestro país, e Italia se vistió de fiesta. Mi padre me llamó a Roma, donde me precipité acompañada por Giovanni. Numerosas ceremonias celebraron la victoria y el regreso a la paz. Recuperé mis apartamentos del palacio de Santa María in Porticu y la vida de una corte brillante de la cual me habían privado durante más de un año. ¿Cómo había podido pasar sin ello? Pesaro ya sólo era un agujero lúgubre, y estaba convencida de que no regresaría allí nunca más. Giovanni no opinaba lo mismo, pero esperaba poder convencerle.

Por ahora, iba y venía, aún guerreando aquí y allí en las fuerzas de la Liga u ocupándose de sus tierras, mientras yo me sumía en el torbellino de las banalidades. Tratamientos de belleza, compra de vestidos, visitas, ceremonias oficiales ocupaban gran parte de mi tiempo y los días pasaban volando. Era la señora del palacio, la primera dama de la corte pontificia. Estaba familiarizada con las reglas del protocolo y había adquirido el arte de recibir. Roma vivía en una alegría alocada y se celebraban fiestas una tras otra. La más brillante fue organizada por el marqués de Mantua cuya mirada me hacía arder el corazón mientras explicaba su batalla. En el jubón de terciopelo, reconocí el collar de oro y diamantes que Giovanni le había tomado prestado para nuestra boda.

A principios del año 1496, mi padre decidió reunir a sus hijos a su alrededor. Toda la familia, me había dicho en Perugia. Jofre y su esposa llegaron los primeros, y atravesé la ciudad en gran pompa para recibirles en la puerta de Latran. Me habían hablado tanto de la belleza de Sancha que temía no poder soportar la comparación. Para hacer honor a esta cuñada de sangre real, me vestí al estilo español y me rodeé de doce damas de la alta nobleza, a la cabeza de un cortejo de cardenales, embajadores y barones romanos. Así es, era espléndida con su cabellera de azabache, la tez dorada y los ojos de un azul avioletado. Vestida a la moda napolitana y subida

en un jinete gris encapazonado de negro, poseía una elegancia altiva que apreciaba. Me acerqué a su montura y le di un beso. A su lado estaba mi joven hermano al que apenas reconocí con la larga cabellera cobriza y la tez morena.

La llegada de esa pareja puso un poco de picante en mi existencia. Sancha y yo nos hicimos amigas. Su comportamiento atrevido y su temperamento de fuego me sorprendían. Su marido, al que cubría de caricias, no le bastaba, pero tenía su teoría sobre el amor. Cogía amantes cuando le apetecía y se disculpaba diciendo:

—Cada cual se absuelve del pecado, ¡si hay pecado!

Esa frase me dejó pensativa. Giovanni se había ausentado desde hacía dos meses y no hablaba de regresar. Sin embargo, me negaba a seguir el ejemplo de mi cuñada. Creía en el amor y no podía conformarme sólo con el placer de los sentidos si no se acompañaba de un arrebató del corazón.

El 10 de agosto, fiesta de San Lorenzo, Juan regresó de España donde había dejado a su mujer embarazada y al hijo que le había dado. Mi padre exultaba ante la reunión de sus cachorros y no disimulaba su orgullo. Pero al lado de mis hermanos, el duque de Gandía, el cardenal de Valencia y el príncipe de Squillace, sólo era la condesa Sforza. El nombre de un traidor que apenas se atrevían a pronunciar, a pesar de haber sido perdonado. Un nombre que había provocado desgracia y calamidades. Cuando defendía la causa de mi esposo que no se había reunido con los suyos para cumplir su deber y obedecer al Papa, Juan se reía y César se giraba para disimular su irritación.

—Ese *condottiere* es un maleducado por abandonarte así —decía uno.

—Te buscaremos otro marido —añadía el otro.

Giovanni estaba en Pesaro y hacía oídos sordos a la llamada de mi padre que quería confiarle una nueva misión militar y le aseguraba su buena voluntad hacia su persona. Llegó la Navidad y no vino. Retuve las lágrimas para asistir a las ceremonias. Esa ausencia me mortificaba y envidiaba a Sancha que revoloteaba entre mis tres hermanos, pasando de Juan a César para excitar a Jofre.

—Entiendo tu tristeza —me dijo mi padre—, y tu paciencia tiene límites. Mañana parte un correo a casa de tu señor y amo. Le ordeno que se presente cuanto antes.

Por fin Giovanni llegó el 15 de enero de 1497, inquieto por cómo iba a ser recibido. Estaba tan contenta porque ya no iba a estar sola que le salté al cuello y no le hice ninguna pregunta. Temía las vejaciones de mis hermanos, los reproches de mi padre y veía enemigos por todas partes. Le prometí apoyarle y lo tranquilicé con mis caricias. Estaba dispuesta a hacerle todo tipo de mimos para conservarlo. Sin él a mi lado, no era como las otras damas, y me sentía humillada de esa soledad que parecía un abandono. Mi padre y mis hermanos se excedieron en amabilidad, le colocaron a la izquierda del Papa en las ceremonias oficiales, me siguió a las fiestas del Carnaval y a todos los bailes.

Una noche de Semana Santa, César se hizo anunciar en mis apartamentos. Su humor era ligero. Tonteo un rato, explicó los últimos chismes y añadió con expresión

indolente:

—Se ha dado la orden de matar a tu marido.

—¿Quién ha sido y por qué? —exclamé crispándome—. ¿Qué ha hecho?

—Es un Sforza. Un traidor, como todos los suyos.

—No te creo. ¡Es imposible!

Le supliqué a César que lo salvaran. Pero se retiró levantando los hombros. Temblando de miedo, corrí hasta los apartamentos de Giovanni para avisarle. Entre sus brazos, recuperé la sangre fría. Debía marcharse sin que pareciese que huía.

Al día siguiente era Viernes Santo. Salió de madrugada con su escolta explicando que visitaría siete iglesias antes de ir a confesarse a San Onofrio en el Janículo. En cuanto cruzó las murallas de la ciudad, espoleó a su montura hasta Pesaro. Me había exhortado a reunirme con él y le había besado; no tenía duda de que ya no volvería a verle, ni de que iban a mancillarme con todo tipo de calumnias.

Capítulo VI

Los días siguientes fueron un infierno. Corrieron los rumores más insensatos por la ciudad y se extendieron por las cortes principescas. Se establecían las peores suposiciones para explicar el galope loco del señor de Pesaro hasta las murallas de su castillo donde su caballo se derrumbó muerto. ¿Cuáles eran las causas de ese comportamiento?

—Un serio descontento causado por el Papa —declaraban unos.

—Un asunto grave que tiene relación con el pudor de la esposa —murmuraban los otros.

Los amantes de los escándalos incluso evocaban un intento de asesinato. El hierro o el veneno... ¿Qué habría escogido César si no hubiese puesto trabas a su proyecto? Me convocaron en los apartamentos de mi padre. El cardenal estaba allí y me dijo riendo a carcajadas:

—¿Has entendido lo vil que es el Sforza? Sin pensar, ha caído en la trampa y se ha escapado como un ladrón.

—¿Por qué me has anunciado que se había decidido matarle? —repliqué.

—Conozco tu corazón sensible, hermanita, has hecho bien en avisarle.

—No podías actuar mejor —intervino mi padre con su voz dulce—. Se ha puesto en su contra. Ahora tu divorcio está asegurado.

¿Cuándo acabaría este juego que me desplazaba como un peón en función de su política? Sin preguntar mi opinión, me habían prometido, desprometido, esposado; y ahora, de la misma manera, me desposaban. Entre las manos de mi padre y de mi hermano, sólo era un instrumento que utilizaban cuando necesitaban. ¿Quién se preocupaba de mis sentimientos, de mi tranquilidad, de la felicidad a la que aspiraba? Desesperada, pensaba que iba a desfallecer cuando oí el final del discurso:

—Debería haber aceptado la oferta que le habíamos hecho. Un acuerdo amistoso, sin escándalos. Pero se ha entestado como un asno tozudo. Pediremos la anulación por no consumación.

Ante esa enorme mentira, me sobresalté:

—¿Acaso Vuestra Beatitud olvida que estamos casados desde hace tres años? Fui su esposa más de mil veces.

—Pero no tienes hijos. Afirmaremos que nunca te ha tocado. Conociendo su reputación de frigidez, nadie se atreverá a ponerlo en duda.

Mi expresión aterrada lo sorprendió:

—No me digas que le amas. Además de ser vil, ese hombre es pusilánime y vanidoso. Te mereces algo mejor. Una alianza más brillante, más digna de nuestra corte y de nuestros intereses. Tus hermanos tienen esposas de sangre real. Te conseguiremos un apuesto príncipe. En España no faltan.

La mirada de César se endureció y me atravesó:

—Nada de pena, Lucrecia. Frialdad y desprecio, porque nos ha engañado y bien. Si ha obedecido al reunirse con los aragoneses, era para informar mejor al milanés y los franceses. Ese crimen será castigado, un día u otro.

Un rictus de crueldad le torció la boca. Temblé y me retiré atemorizada, convencida de la inocencia de mi marido, que se había quejado de ser denigrado continuamente por mis hermanos. A lo largo de los pasillos llenos de gente de armas, imaginaba que me escapaba yo también, pero el palacio estaba bien vigilado. Era la prisionera del Papa, de César, su cardenal, y de Juan, capitán general de la Iglesia. Estos dos no paraban de soltar palabras duras, afirmando que nunca más volvería a pertenecer al señor de Pesaro. Refugiada en mis apartamentos, me negaba a salir. No más audiencias, no más visitas. Con la oreja al acecho, escuchaba, esperando en todo momento la llegada clandestina de un mensajero de Giovanni.

Mi padre le ordenaba regresar si le preocupaba su honor, y él me reclamaba, gritando su amor. En Roma, le respondían... ¡Cuántas noches pasé sentada en el vano de la ventana acechando alguna antorcha en la oscuridad! ¿Me amaba lo suficiente para venirme a buscar? Conocía el palacio y sus entradas secretas. Con algunos hombres de confianza, la maniobra era sencilla. ¿Tendría la audacia y el lustre para hacerlo? Soñaba como en los cuentos, y conocí la amargura de un mal despertar. Giovanni no tuvo el valor de dejar su feudo. Ni para plantarle cara a mi padre y defender nuestro matrimonio, y aún menos para raptarme en secreto.

Se redactaron documentos. El procedimiento de divorcio había empezado. Anulación por no consumación. Antes de firmar con la mano temblorosa, volví a leer el párrafo que precisaba que durante los tres años de vida común, no habían habido acercamientos carnales, relaciones conyugales o coitos subsecuentes, que estaba dispuesta a jurarlo, y a hacerlo comprobar por los especialistas en obstetricia: *nulla nuptiali commixtione nullave copula carnali coniuntione subsequuta... et indicio obstetricum se subiicere*, como lo precisaba el decreto de Gregorio IX.

Esta demanda enfureció a mi esposo, y la rechazó. Lo atacaban en su orgullo de hombre, al pedirle que confesara su carencia conyugal. Para justificarse, explicó de repente el motivo de su partida:

—El Papa quiere quitarme a Lucrecia para guardarla para él, para sus propios caprichos. ¡Eso es lo que no podía decir!

¿Por qué no me morí en ese momento? De horror, de vergüenza y de humillación. Al acusar a mi padre de ese crimen odioso, me hería en lo más profundo de mi ser. Mi carne estaba mancillada, mi corazón vilipendiado, mi alma torturada. Descubrí el abismo de su cobardía que sólo encontraba la ignominia para aliviar su rabia. ¿Dónde estaban el honor y la nobleza? ¿Y dónde estaba su amor? En su escarcela que no se despegaba de mi dote, y no en el sentimiento. Sin embargo había creído en él, ¿pero qué valían sus templados juramentos? Lo había amado, a mi manera, y le había salvado la vida al permitirle escapar. Bonita manera de agradecermelo proferir esa

infamia que me mancillaba por mucho tiempo y me quitaba las ganas de vivir.

El asco me invadía. ¿Qué hombre, a partir de ahora, sería lo suficientemente amante y amable para hacerme olvidar? Tenía diecisiete años y perdía toda ilusión. Después de reflexionar, sólo encontré una solución: el convento. Cristo era mi última esperanza. La historia de Catalina de Alejandría me volvió a la memoria. En los apartamentos de mi padre, Pinturicchio le había dedicado un fresco para el que había aceptado posar dando mi rostro a la santa. Al emperador Maximino, que le ofrecía el trono si ofrecía un sacrificio a los ídolos, había opuesto el nombre de Jesús. «Mi Dios, mi señor, mi marido y mi amante», había repetido. Fiel a su fe, que reforzaban las torturas, había oído, antes de morir, la voz de su Amado desde el Más Allá:

—Ven, mi amada novia, las puertas del cielo están abiertas ante ti.

La santa a la que encarné sobre una pared del Vaticano me mostraba el camino que no decepciona.

El 6 de junio de 1497, a la hora en que el alba emblanquecía el cielo, acompañada por algunas damas y una pequeña escolta, salí de Santa Maria in Porticu anunciando un paseo a caballo por el campo. Después del palacio de Septimio Severo y las Termas de Caracalla, cogí la Via Appia y me detuve ante el convento de las dominicanas de San Sito a las que a veces sorprendía con una visita inesperada, por el placer de reencontrar el decorado de mi infancia. Ese día, pedí asilo llorando. La madre superiora se apiadó de mi desasosiego y aceptó hospedarme con Penthésiléa, mi camarera. Mientras mi *condotta* regresaba al oro de su palacio, suspiraba de alivio en el despojo de una celda emblanquecida con cal, amueblada sencillamente con una cama de columnas y una alfombra de cáñamo sobre el suelo embaldosado. Una ventanita daba al jardín, tras el claustro, y sólo oía el suave murmullo de la brisa en los naranjos. La tranquilidad se apoderó de mi alma. Había tomado la decisión correcta. Tras estos muros, estaba en paz, bajo la protección del Todopoderoso del cual el Papa, mi padre, sólo era el vicario.

Mi tranquilidad duró poco. Seis días después, una tropa de hombres armados asaltó la entrada del convento y el *bargello*^[1] me reclamó:

—¡En nombre de Su Santidad! Orden escrita de su mano.

Algunas hermanas se desmayaron de terror. La madre superiora tuvo más agallas y parlamentó por la mirilla de la valla:

—Sólo recibo órdenes de Dios —respondió—. *Madonna* Lucrecia ha venido por propia voluntad. Ningún hombre cruzará la verja bajo pena de sacrilegio.

Culatazos hicieron temblar a la puerta de roble con clavos de bronce. Una pequeña demostración de fuerza antes de abandonarnos a nuestro silencio. Me postré a los pies de la madre para darle las gracias.

—En realidad, no sé quién les ha enviado —me dijo levantándome del suelo—. El papel que me han mostrado no llevaba sello.

Con el pulgar dibujó una cruz en mi frente y añadió:

—Que Dios os ayude y os ilumine, hija mía.

Si no era mi padre, ¿quién era, César o Juan? El primero era el más áspero contra Giovanni y sospechaba que iba a vengarse por lo bajo, y el segundo me había prometido llevarme a España cuando volviese. Otro pensamiento me pasó por la cabeza: ¿acaso podía ser mi marido? Era el último a quien hubiese seguido. Su calumnia lo había matado en mi corazón.

La hora de las Vísperas aclaró una de mis dudas. Un mensaje de mi padre me reveló que no sabía nada del incidente de la mañana. No hablaba de ello y no me echaba en cara mi fuga. Se limitaba a darme su aprobación por haber escogido un lugar muy honesto. El recogimiento y la meditación eran, según él, los mejores remedios para poner un poco de orden en el desorden de mis pensamientos y superar los estropicios de mi situación. Me aseguraba sus plegarias, su amor y me suplicaba que recibiese a su camarero, Pedro Caldès, al que familiarmente se llamaba Perotto, que vendría cada día a entregarme sus cartas afectuosas y le informaría de mi estado de salud.

¿Un hombre que se adentraba en el convento? La madre superiora aceptó cerrar los ojos sobre las idas y venidas del enviado del Papa con el que me reunía en un rincón del jardín cerca de las dependencias. ¡Sin embargo, qué imprudencia! El lobo estaba dentro del corral, ¿pero quién hubiese podido prever que se metería en mi habitación? Es verdad que para llevar a cabo su misión, me sumí en tal tristeza que no le quedó más remedio que consolarme. El 15 de junio, en efecto, conocí el luto y el dolor.

—El duque de Gandía ha muerto —me anunció con la cara lívida—. Han encontrado su cuerpo flotando en el Tíbero. Degollado y con nueve puñaladas.

Grité y me desplomé entre sus brazos. Bajo una enramada, recobré el sentido. Pedro me cogía las manos y me hablaba de mi padre, que estaba trastornado hasta lo más profundo de sus entrañas, de su desesperación inconmensurable y de sus gritos que se oían hasta en el castillo Saint-Ange: un marinero había pescado a su adorado hijo entre las inmundicias de las alcantarillas.

—¿Quién lo ha matado? —exclamé.

El espanto me helaba el corazón y retenía mis lágrimas. Habían asesinado a un Borgia. ¿Quién se había atrevido? Es verdad que mi hermano tenía enemigos. Su riqueza, su elegancia, su belleza suscitaban envidias. También era «el ojo derecho» del Papa, que tenía todas las debilidades por él. Al hacerlo desaparecer, era al Soberano Pontífice a quien herían mortalmente. Entonces, ¿quién había actuado aprovechando la noche? ¿Algunos barones romanos que el Papa quería desposeer, los Orsini, los Sforza, Giovanni? También se murmuraba el nombre de Jofre. Su esposa, Sancha, era la amante de Juan. También era la de César, y no se excluía la venganza del cardenal que bien tenía otros motivos para eliminar a su rival.

—El hermano al que amaba con ternura —suspiré—. Era apuesto, elegante, muy seguro de sí mismo. Sólo tenía veinte años. Se lleva todos nuestros proyectos. ¿Sabremos algún día lo que ha ocurrido? Debes decírmelo todo. Todo lo que oigas.

—Animo, *Madonna Lucrezia* —respondió Perotto—. Se descubrirá la verdad.

—Es abominable —declaró mi madre irrumpiendo en ese momento bajo el tilo donde nos encontrábamos.

Venía a reunirse conmigo para compartir el dolor tras los muros discretos del convento. Con la voz rota por el llanto, me explicó el secreto que la aterrizzaba:

—Caín ha matado a Abel. He engendrado a la víctima y al asesino. El castigo de Dios, Lucrecia. Mira qué peligroso es mofarse de la legitimidad ignorando las prohibiciones. Mi loca pasión por un hombre de la Iglesia ha producido el monstruo que no dejará de hacernos sufrir. César, mi hijo predilecto, brillante, sensible e inflexible bajo su expresión melancólica. Estaba tan orgullosa de verle nombrado cardenal. Pero él no quería la púrpura, eran los títulos de Juan los que excitaban sus celos.

Me explicó la cena que les había ofrecido la noche del día 14. Su Santidad había colmado de honores a sus dos hijos, y los dos debían ir a Nápoles para coronar a un nuevo rey, Federico de Aragón, tío de Sancha. César había sido nombrado legado del Vaticano, y Juan debía tomar posesión de las tierras de Benevento, que acababa de recibir.

—Guardaré —concluyó—, el recuerdo de esa noche bajo el emparado, atravesado por sus risas. Creía en su reconciliación y me alegraba por ello. Dos horas después... ¡Ay, Dios mío!... Y sólo me queda rezar por mi hijo desaparecido y por el perdón del que ha hecho correr la sangre. ¿Tendré vida suficiente para compensar tantas ofensas?

Mientras tanto, mi padre emergía de sus apartamentos donde se había encerrado durante tres días y tres noches sin comer ni beber, solo con su pesar. Ante el consistorio, declaró con la voz rota:

—Ningún golpe más fuerte podía alcanzarnos, porque amábamos al duque de Gandía más que a cualquier otra cosa en el mundo. Daríamos de buen grado siete tiaras para devolverlo a la vida... Dios nos ha castigado por nuestros pecados, porque no merecía una muerte tan terrible. Ha corrido el rumor de que Giovanni Sforza era el autor del crimen, estamos convencidos de su inocencia y aún menos son culpables el duque de Milán o el duque de Urbino.

Me dio un vuelco el corazón al oír que se arrepentía. Prometía llevar una vida santa, renunciar al nepotismo y reformar la Iglesia empezando por él mismo, en un monasterio. Palabras pronunciadas bajo el golpe de la emoción, que nunca cumpliría. Lo más importante para mí es que había rehabilitado a Giovanni, así como a su familia. La lista de sospechosos disminuía. A partir de ese momento sólo se pronunciaba un nombre por la ciudad, a penas murmurado, de tanto miedo que se le tenía: ¡César! Pero se añadía que el cardenal de Valencia era demasiado «gran maestro» para dejarse coger. Le supliqué a mi madre que no dijese nada de lo que sabía.

—El honor de los Borgia... ¡El honor de la Iglesia! Conservemos la calma y

permanezcamos unidas en la plegaria.

Nuestra familia tenía sus leyes, como lo repetía antaño la tía Adriana. Unida tanto en la gloria como en la adversidad.

Madonna Vannoza desapareció lejos de Roma, en una Viña^[2] que poseía, y yo prolongaba mi estancia en el silencio reconfortante de San Sisto. Para curar las heridas de mi alma, esperaba, al igual que santa Catalina, la voz amante de Jesús, pero sólo recibí el consuelo de Perotto y me dejé convencer por el fuego encantador de sus palabras. Las acompañaba de tiernas caricias que despertaron en mi carne apetitos hasta ahora desconocidos.

Joven, apuesto, poseía un encanto felino, el ojo de terciopelo y la voz melodiosa. ¿Cómo iba a resistir a tantas seducciones que me devolvían mis certidumbres en el momento en que pensaba haberlas perdido? ¿Acaso no era Dios quien me lo enviaba para sacarme de mi desesperación y de mi aflicción? Sus labios abrevaron a los míos, haciendo nacer el deseo, y entre sus brazos conocí el placer. Cada día, con el corazón expectante, le recibía en mi habitación donde Penthésiléa, cómplice, le ayudaba a deslizarse sin despertar las sospechas. Era mi príncipe del amor, surgido por milagro, ese hombre amante y amable con el que había soñado al murmurar el dulce nombre de Cherubino. Su ardor alentaba el mío, y su corazón latía con tanta fuerza como el mío. Por fin conocía la embriaguez de los sentidos y la plenitud del alma. Obtuve de ello más desenvoltura para hacer frente a los tratos complicados de mi divorcio cuyo trámite seguía su curso.

Venían juristas a interrogarme, y me hacían preguntas que chocaban mi pudor. Respondía con frialdad que Giovanni no me había tocado. Mentía sin trastornarme. Las fogosidades de mi amante me permitían afirmar que durante tres largos años había tenido en mi cama a un esposo frígido incapaz de conquistarme. Pedro, él, me había poseído de verdad y una semillita no iba a tardar en germinar.

Poco me importaban las vociferaciones de Giovanni que suscitaba su orgullo herido, las gestiones que hizo con su familia y las maniobras sórdidas a las que se intentó asociarme para que demostrara en público su virilidad. Yo flotaba sobre la nube de la indiferencia y me divertía con los discursos volubles del que amaba con un amor más ardiente debido al hecho de que lo guardábamos en secreto. Un amor que era mío, consentido libremente, y no impuesto por una orden de familia que dictaba el juego de la política.

Abandonado por los suyos, que preferían mantener buenas relaciones con el Papa, con la certeza de que no tendría que devolver los treinta mil ducados de mi dote, por fin Giovanni cedió. El 18 de noviembre, firmó la atestación tantas veces denegada, mediante la cual confesaba su impotencia, «*quod non cognoverim Lucretiam*». ¡No me había conocido!

El 22 de diciembre de 1497 se promulgaba la anulación y tuve que ir al Vaticano para escuchar la lectura del documento. Tuve que armarme de valor para comparecer ante el tribunal de los cardenales juristas, y conservar la sangre fría cuando les di las

gracias en latín, con una modestia acompañada de gracia. Incluso tuve la audacia de ofrecerles mi más encantadora sonrisa para declarar una vez más que era «*virgo intacta*». Nadie se atrevió a pedirles a las matronas que lo comprobasen, y nadie pudo sospechar que bajo mi vestido, hábilmente retocada, disimulaba una barriga muy redonda. Tras los muros del convento, mi joven amante me había dejado embarazada.

¿Qué sería de mí de ahora en adelante? Liberada de un marido frígido, llevaba el fruto de un amor loco, prohibido por el decoro. Jamás habría boda con el camarero del Papa. Nuestros días de felicidad estaban contados, lo sabía, y la perspectiva de este nacimiento me aterrorizaba. Se imponían mil precauciones para evitar el escándalo. Estalló a mi pesar, y de una manera que me golpeó de lleno. Desde Pesaro, Giovanni, ulcerado, herido en su vanidad, quiso vengarse una vez más soltando nuevos horrores sobre nuestra familia. Esos torrentes de lodo me daban náuseas. Con las palabras más crudas, me acusaba de incesto no sólo con mi padre, sino también con mis hermanos; entre otras cosas declaraba que era responsable de la muerte de Juan, al que César habría matado por celos. Esas calumnias, de las que se retractaría más adelante, me persiguieron durante toda mi vida.

Aterrada, dejé el refugio de San Sisto. Las religiosas no merecían ser mancilladas por mi estancia entre sus muros. Recuperé mi lugar en el palacio de Santa María in Porticu, donde Penthésiléa velaba mi intimidad para proteger mi secreto. Mi padre enseguida me invitó a varias ceremonias y César me explicó que no tenía nada que temer. Un brillante porvenir me sonreía. Se estaba ocupando de ello. Su viaje a la corte de Nápoles le había dejado entrever brillantes alianzas. Me confió que había decidido casarse. Dentro de poco pediría la mano de doña Carlota, hija del rey Federico que acababan de coronar.

—La púrpura no me conviene —me confió—. Estoy pensando en abandonarla. Si me caso con la princesa de Nápoles, algún día seré el rey, y estoy dispuesto a conquistar el trono con la punta de la espada si es necesario.

De repente lo veía muy ambicioso. La pompa real le había trastornado la cabeza. Empecé un comentario jocoso que interrumpió en un tono cortante y me clavó una mirada tan dura como el sílex.

—Nada me detendrá, Lucrecia. Su Santidad aceptará mi voluntad.

Algunos días después, entró en mis apartamentos sin hacerse anunciar, para comunicarme el nombre de mi futuro marido. Su mirada se clavó en mi camisón, que evidenciaba mi estado. Su furia fue tan violenta que me refugié tras las cortinas de la cama.

—¿Quién ha tenido la audacia de dejarte embarazada? —gritaba—. ¿Cuál es el nombre de ese criminal?

Lloraba, imploraba, y acabé por confesarlo sollozando. Se enfureció muchísimo contra el camarero que sólo era un favorito sin gloria ni nacimiento. Juró vengar mi honor y el de los Borgia. Buscó al culpable y lo encontró en los pasillos del Vaticano. Tuve tiempo de avisar a mi querido Pedro y le hice prometer que se escondería. Pero

una vez encontrado, mi amante pensó que era buena idea correr hacia los apartamentos pontificios donde se precipitó al pie del trono, a los pies del Papa del que era el confidente, y que lo cubrió con su manto. La espada de César golpeó y la sangre fluyó. Cuando me explicaron el drama, quise creer que Pedro sólo estaba herido y que mi padre lo salvaría.

El 14 de febrero de 1498, encontraron su cadáver con los pies y las manos atadas a orillas del Tíber, donde lo habían recuperado. A su lado yacía el cuerpo de una mujer, el de mi fiel sirvienta y confidente Penthésiléa. Se extendieron los rumores, más sórdidos que los primeros, y mi corazón, roto de dolor, se sumió en la desesperación. Me encerré en la oscuridad de mi habitación, suplicando a Dios que me dejara morir con mi hijo.

Nació algunos días después, un chico guapo que me arrebataron inmediatamente.

—Ahora todo vuelve al orden —me dijo César—. Pronto tendrás un nuevo marido. Hay numerosos pretendientes y hemos escogido al sobrino del rey de Nápoles, don Alfonso de Aragón. Serás la duquesa de Bisceglie.

Capítulo VII

Había escuchado a César con expresión estupefacta y me había vuelto a sumir en el estado de prostración que me consumía desde la muerte trágica de mi amado, desde el nacimiento vergonzoso de mi bebé, que me habían arrebatado antes de poderlo ver. El rostro de Pedro me perseguía. Revivía sin cesar nuestras últimas relaciones, sus labios sobre los míos, sus manos sobre mi piel, mis pechos, mis caderas, su fogosidad en mi vientre, sus juramentos... Con la mente más muerta que enferma, me atormentaba con gran tristeza tarareando sin cesar una cantinela de Josquin des Prez:

El dolor me gana y la tristeza me atormenta.
El amor me perjudica y la desgracia me consuela.
La voluntad me sigue, pero ayudarme no puede.
Gozar no puedo de un gran bien que se me quiere.
De vivir así, por Dios, que me lo impidan.

Había tenido al mejor de los amantes y me desesperaba de no ser amada, convencida de que no volvería a encontrar un amor así, tan intenso, tan loco. Nos habíamos jurado fidelidad eterna, y la idea de pertenecer a otro hombre me horrorizaba. Me quedaba un débil deseo: encontrar a mi hijo, si era posible, y quererlo en memoria de su padre. Pero la realidad era que cumplía los dieciocho y no tenía razón alguna para vivir.

Poco me importaba el nombre de los pretendientes que se daban codazos para casarse conmigo. Y me extrañaba que hubiese tantos. Nunca antes, en Roma, había tenido nadie tan mala reputación como yo en esa primavera de 1498. A las acusaciones que lanzaba Giovanni, enriquecidas con apelativos que me presentaban como una Thais, «hija, mujer y nuera del Papa Alejandro», se añadían las habladurías divulgadas desde los arrabales a los palacios, que me calificaban de «gonfalon de las cortesanas del Vaticano». Las imaginaciones se desataban, alimentadas por la muerte de Pedro Caldès, «el amante del Papa y de su hija», y la de mi camarera suprimida «porque sabía demasiado» sobre las orgías de los Borgia. A pesar de ello esas calumnias no impedían para nada que las peticiones de boda afluyesen en el Vaticano, donde mi padre y mi hermano las examinaban con mucha atención, sopesando las ventajas y los privilegios de cada una.

Un Orsini, duque de Gravina, y un señor de Piombino fueron tachados de un trazo de pluma. Consideraron con cierto interés a un príncipe Sansaverino. Era amigo del rey de Francia, al que César cortejaba para obtener un consentimiento indispensable

para esposarse con Doña Carlotta. Ésta residía en el palacio de la viuda de Carlos VIII, Ana de Bretaña, con la que Luis XII quería casarse en cuanto el Papa le concediese la anulación de su unión con Juana de Francia. Por no consumación. En el reino Muy Cristiano, mi divorcio causaba emulaciones.

La corte de Nápoles, enemiga de Francia, había perdido brillo por ello y había presentado rápidamente a su candidato: don Alfonso de Aragón, hijo natural del difunto rey Alfonso II, un príncipe de sangre real que era el hermano de Sancha. En esa ocasión, además del principado de Salerno que poseía, recibiría de su tío, el rey Federico, el título de duque, las tierras de Bisceglie y Quadrata, y una gran herencia.

—La alianza es brillante —me dijo mi padre en tono de júbilo—. Cuando muera Federico, quién sabe, con un poco de suerte y nuestro apoyo, ese joven Alfonso podría subir al trono. Su nacimiento le da derecho a ello. *Madonna* Lucrecia, mi queridísima hija, te convertirías en la reina de Nápoles.

Las confidencias de César me resonaban en la memoria. Nadie pondría trabas a su voluntad de poder. ¿Por qué entonces me hacían soñar con tanta gloria? ¿Acaso el nuevo prometido era tan poco amable? Escuchaba inquieta cuando mi padre añadió:

—Por ahora, te concedemos una dote de cuarenta mil ducados. Residiréis cerca de mí, en tu palacio de Santa Maria in Porticu, y jamás dejarás Roma mientras yo viva.

¿Por qué casarme si era para guardarme prisionera en su Vaticano? Una vez más, no vería a mi querida España. ¿Quién se preocupaba por mi felicidad? Sólo era moneda de cambio para servir los intereses de un hermano impaciente por tirar a las ortigas su vestido de cardenal y tomar la espada para hacerse un reino a medida. La ambición lo devoraba, y mi padre lo apoyaba, pensando que la política de su hijo le permitiría consolidar los Estados de la Iglesia.

Se preparó la boda y la esperé sin alegrarme; ni siquiera una sonrisa cuando me enteré de que mi antiguo prometido, don Gaspar de Procida, irrumpía con su viejo contrato que pretendía válido puesto que no estaba anulado en regla. Aunque estuviese casado y fuese padre de numerosos hijos, me reclamaba con tanta insistencia como antaño, cuando se me disputaba con Giovanni Sforza. Su ardor ávido me volvió más amarga. No me pedían por mí misma, sino por el dinero de mi dote, y temía unirme otra vez a un hombre que no me amase. Mi padre encontró las palabras que lo desarmaron. Se publicó un anuncio que reconocía la irregularidad de la ruptura; me absolvía de mi falta, «desquiciada por haberme casado con un impotente», y me autorizaba a desposarme de nuevo.

Don Gaspar se calló, mientras don Alfonso salía de Nápoles con un séquito magnífico.

—¿Qué estás esperando para arreglarte? —me dijo Sancha—. ¿Acaso no te avergüenzas de tu descuido? Mírate en el espejo. ¿Qué pareces con esa expresión fúnebre?

—Una amante destrozada que no puede olvidar.

—Sólo existe un remedio para eso: tener nuevos amantes. Pero te complaces en el dolor. Despierta, Lucrecia, y ponte guapa para Alfonso. Deberías ser la más feliz de las mujeres. Tendrás en tu alcoba al hombre más apuesto de la península, tierno, atento, sensible. El ardor aragonés y el encanto napolitano. Te lo ruego, deja tus labores a un lado y sécate las lágrimas. No tienes derecho a decepcionarle.

Cada día vino a cantarme las alabanzas de su hermano que por su parte temía a la esposa que le imponían. Había oído el relato de los escándalos hábilmente exagerados que me presentaban como un monstruo de vicio y lujuria, y no tenía prisa alguna por llegar.

—Vas a sorprenderle —decía desplegándome la cabellera sobre los hombros. Te quiero ver resplandeciente.

—Sus órdenes impetuosas revolucionaron a mis damas y camareras. Todo el mundo se ajetreó y el nerviosismo se apoderó del palacio. A principios de julio, don Alfonso entró en Roma, de noche, sin hacer ruido. Nadie fue a su encuentro, no había gentío por las calles para aclamar al duque de Bisceglie, ni tampoco cabalgata para guiarlo hasta mi logia. Le esperaba, en compañía de Sancha, en el gran salón donde se relacionaban sus damas y las mías. Parloteaban y reían tan fuerte que no puede oír la voz del chambelán anunciado al ilustre visitante.

De repente le vi, a pocos pasos de mí, y el corazón se me paró. Me miraba, tan turbado como yo. La flecha de Cupido me había herido y creí beber el cielo de tan maravillada que estaba contemplando a ese príncipe que sobrepasaba en todo las descripciones aduladoras de Sancha. Es cierto que se parecía a su hermana, con el pelo de un bello negro brillante y los ojos de zafiro. Pero había olvidado hablarme de su rostro, de fino trazo, y del fuego de su sonrisa que me quemó el fondo del alma. Siguiendo la moda española, me precipité hacia él con los brazos abiertos. Don Alfonso me estrechó entre sus brazos y creí desmayarme cuando sus labios se posaron con delicadeza cerca de los míos. Todo mi cuerpo se estremeció de deseo, impaciente por pertenecerle.

Olvidados el luto y la melancolía, olvidados la amargura de la vergüenza, el escándalo y la calumnia. Mi corazón vibraba de una alegría infinita. Bajo los rasgos de Alfonso había reconocido el Amor. El Cielo me había enviado al que esperaba desde mi nacimiento. El hombre de mi vida al que iba a amar con una pasión loca, hasta los abismos de la tragedia y del dolor.

El 21 de julio, se celebró nuestra boda en la intimidad del Vaticano, en presencia de algunos cardenales y nuestros familiares. Nada de fastos, nada de pompa, nada de rumores de multitud en la plaza o en los salones. Era innecesario despertar los recuerdos de otra boda porque tenían pegado cierto olor a azufre. El duque de Gandía ya no estaba aquí para venirme a buscar a mis apartamentos. Jofre ocupó el puesto y le seguí con un paso febril tras una última mirada ante el espejo que me reconfortó. Sobre el vestido de tela de Cambrai con las mangas engalanadas de *crevés* carmesíes, un cinturón de perlas sostenía un *bliaud* de seda blanca bordada con terciopelo negro

incrustado de piedras preciosas. Mis hombros eran más redondos, y mi larga cabellera estaba puesta como una capa de oro bajo el velo que se escapaba de la diadema aureolando mi rostro con una neblina. Ya no era la «*virgo intacta*» a la que le preocupaba ser lo bastante mujer para seducir al conde de Pesaro; para este esposo un año más joven que yo, temía no ser lo bastante virginal ya y escudriñaba en mi rostro la menor cicatriz que pudiese asustarle.

Arrodillados a los pies del Santo Padre, bajo la espada desnuda que sostenía sobre nuestras cabezas el comandante de la policía pontificia, pronunciamos las frases rituales jurándonos fidelidad, para lo bueno y para lo malo. Tras la bendición que recibimos cogidos de la mano, Alfonso se giró hacia mí y me tocó con suavidad el hombro murmurando:

—*Col suo permesso, carissima Lucrecia!*

Esa suave caricia me emocionó. Su voz melodiosa me penetró como una racha de miel. Su mirada me confesaba su ardor y sus labios temblaban, dispuestos a devorarme. Respondí a su impaciencia con una sonrisa cómplice. Pero tuvimos que esperar al final de las celebraciones: la revista de los regalos que apenas mirábamos, un festín en los apartamentos de mi padre, y, al fin, un baile. Alfonso bailaba de maravilla y sólo pensaba en seducirle bailando con gracia al son de los laúdes y los tamboriles. De repente apareció César disfrazado de unicornio, rodeado de cardenales disfrazados de ciervos o zorros. Nos entretuvieron con sus intermedios inspirados en escenas de caza y todo el mundo se divirtió hasta la madrugada. Entonces llegó el momento de regresar al palacio de Santa María in Porticu para celebrar la ceremonia de la cama. Los familiares nos saludaron desde la puerta de nuestra habitación. Nadie se atrevió a pasar el umbral. Ya no había necesidad alguna de asegurarse de que el esposo se reuniría con la esposa y «correr las cortinas». Para darnos las «buenas noches», sólo oí la voz de Jofre declamando algunos versos de su composición:

Mirad a vuestro alrededor ese mundo en su totalidad,

... el Amor es su creador.

El cielo y el mar se aman, y la tierra también.

Y también esa estrella que se adelanta a la aurora...

Mira cómo brilla y brilla en esta hora,

En el regazo de su amante, parece que muera^[1].

¡En efecto, creí morir!

En cuanto se fueron, nos tiramos en brazos uno del otro, los vientres y las bocas en contacto, temblando de un deseo fulminante. Alfonso me levantó en brazos y me transportó hasta la cama donde me desnudó con rapidez. No me resistía. Sus manos aprisionaron mis pechos, y sus labios se apoderaron de los míos. Nuestras lenguas se entremezclaron y se anudaron como bestias vivas que buscaban la lucha para amarse mejor. Nunca antes me había besado así ningún hombre. Hundiéndose dentro de mí,

desató mis cadenas, y me abandoné a su placer. Parecíamos dos locos, hambrientos, ansiosos por descubrirnos... ¡Ay, qué bien sabía tomarme!

Me entregaba totalmente, al infinito de mí misma, perdida en esta embriaguez inesperada. Me volvía loca poseyéndome como ningún otro lo había sabido hacer. Tan profundamente, que estaba maravillosamente rota.

—Eres mi mujer —me decía con su voz risueña—. *Te amo, Lucrecia mía...*
¡Ámame!

¿Cómo no iba a derretirme ante una confesión así que me removía hasta mis entrañas? En él, me perdía y me embriagaba con todas las voluptuosidades.

Día tras día, renovaba el deseo y lo avivaba para transportarme a las cimas del placer. La pasión imponía su ley y nos arrastraba en ese torbellino de amor que es fuerza, potencia, dominación y obediencia. Mi sumisión lo embriagaba, me convertía en su doble, su yo, ese amor hacia uno mismo que se encuentra en la mirada del amado. Unidos el uno en el otro, ya sólo éramos un ser, y me hubiese sentido incompleta si no le hubiese pertenecido.

Estábamos hechos el uno para el otro, en una perfecta armonía de gustos y sensibilidades, y sólo encontrábamos la felicidad si estábamos juntos. Cualquier momento de distanciamiento era un sufrimiento, pero ambos sabíamos sublimarlo pensando en las caricias con las que nos podríamos sorprender.

A veces volvía a recordar el pasado, y medía cuánta suerte tenía de no vivir ya a medias como con Giovanni. En cuanto a mi amor por Pedro, tan extraordinario en la celda del convento, ahora lo encontraba muy apagado. El amante clandestino ahora ya no existía frente al esposo de sangre real que me colmaba en la grandeza y la legitimidad. Alfonso me había convertido en la princesa de Salerno y la duquesa de Bisceglie, pero me trataba como una amante a la que sometía a sus exigencias, y yo me doblegaba bajo el yugo de su pene, que me recomponía de su gozo. Dulce ley del amor que padecía con deleite para perpetuar el deseo insatisfecho que nos unía.

Tanta felicidad debería haberme preocupado. Pero vivía en la alegría de la despreocupación, convencida de que la magia del amor nos protegía. Nuestra vida era un largo suceder de entretenimientos y fiestas en la brisa ligera de las noches de verano. Los días pasaban volando como bellos pájaros multicolores y las noches nos envolvían con el suave murmullo de nuestros suspiros.

¿Por qué no me percaté de la mirada sombría de César?

A finales de agosto, había abandonado la púrpura de cardenal y pedido oficialmente la mano de doña Carlotta. El rey de Nápoles dudaba y tardaba en dar una respuesta, explicando que se sometería a las decisiones de su soberano, el rey Fernando. Y mientras tanto circulaban rumores. Federico no se fiaba del Borgia, decían, y su hija se negaba a hacerse llamar «*la signora cardinalessa*». El humor de César se amargó y yo escuchaba de un oído distraído las palabras rabiosas que se le escapaban cuando la conversación giraba en torno a los aragoneses. Alfonso sentía la amenaza y yo le respondía riendo que calmase su fogosidad entre mis brazos.

—No temas, *querido*, sus enfados suben como la sopa de leche. Acabará por tranquilizarse.

Mi hermano era susceptible. Doña Carlotta lo había humillado al burlarse de él, un Borgia. Una verdadera ofensa de la que se vengaría, lo juraba. Puesto que Nápoles lo había rechazado, se giró hacia el campo opuesto, el rey de Francia que quería la pérdida de los de Aragón. Como Carlos VIII, Luis XII tenía miras sobre su trono. César decidió apoyarle y fijó el precio: una princesa de sangre real, ricamente dotada, un título, el de duque de Valentinois, el condado de Diois y una renta de 20 000 libras. A cambio, aportaría la anulación de matrimonio tan deseada que sería una prenda del apoyo de la Iglesia a las empresas del rey Muy Cristiano.

Todo eso llegué a entenderlo cuando ya era demasiado tarde.

Por ahora, sólo veía el viaje que se preparaba y las maravillas que César había amontonado en sus baúles. Había desvalijado las tiendas de Roma para deslumbrar a la corte de Francia. Las galeras del rey habían venido a buscarle. El 1 de octubre se marchó a Ostia para hacerse a la mar, y toda la ciudad admiró su traje de damasco blanco y las cadenas de oro bajo una capa de terciopelo negro, su equipaje lujosamente enjaezado y los caballos con herraduras de plata. Muy emocionada, le di un beso y alabé su elegancia.

—Te mereces el éxito —le dije—, y lo conseguirás. Espero que seas feliz, te lo deseo, tanto como lo soy yo con mi queridísimo esposo.

Con un gesto tierno le acaricié la mano, y un rictus le torció la boca.

—Tu aragonés es muy amable. Necesito otra sangre para mi alma de guerrero. No quiero saber nada de tu felicidad tranquila, hermanita.

Soltó una risa nerviosa y saludó fríamente a Alfonso, que reprimió un estremecimiento y se inclinó hacia mí para decirme con una voz sorda:

—¡Ojalá el cielo lo mantenga alejado de nosotros!

Mi padre resplandecía de orgullo. Con su voz atronadora, exclamó:

—Con un cortejo tan fastuoso, tendrá una entrada triunfal. ¡Qué bello espectáculo va a ofrecerles!

Muy pronto se dejó de hablar de César y recuperé mis ocupaciones acompañada de mi amado. La «hija del Papa» tenía sus obligaciones, a las que me doblegaba para conservar la dignidad de nuestra familia y satisfacer a mi padre. No podía negarme a recibir a los invitados, escuchar sus quejas y cuidarme de sus demandas. Esas audiencias ocupaban parte de las mañanas, tras las horas consagradas al aseo. Una mora me daba masajes con una mezcla de almizcle y esencias particulares cuyo perfume despertaban los sentidos a todas las voluptuosidades.

—Ningún hombre se resiste al poder mágico de los perfumes —decía—. Con lo que te he puesto, conservarás a tu marido. Estará embrujado.

Era tan apuesto, tan seductor, que las mujeres de Roma me tenían envidia. Pero sólo me miraba a mí, y guardaba el secreto para fomentar su deseo.

A primeras horas de la tarde, llegaban a nuestro palacio brillantes asambleas de

poetas, músicos, financieros y humanistas, príncipes y cardenales, actores y escritores. Nos gustaba discurrir sobre el arte y la filosofía: la vida, la muerte, las gradaciones de la locura, el amor «que sólo puede ser perfecto si el corazón se despliega»... Algunos de nuestros invitados declamaban bonitos versos, improvisaban con un laúd, un grupo repetía en coro una bella polifonía, y después bailábamos, *courantes* y minués, hasta muy entrada la noche. La política era inexistente en nuestras conversaciones, la odiaba. Alfonso estaba de acuerdo conmigo. El teatro estaba de moda y no nos perdíamos ninguna representación. También íbamos a las iglesias para sorprender a jóvenes pintores desconocidos y descubrir su talento a través de sus frescos y retratos. Algunos pasarán a la posteridad, como ese Pinturicchio, sordo y deforme, cuyo pincel mágico había iluminado los apartamentos del Vaticano y los del castillo Saint-Ange.

Mi padre estaba a gusto en nuestra compañía, que lo distraía de la ausencia de César, y lo rejuvenecía. Nuestra felicidad lo enternecía. Para divertirnos, organizaba cazas de zorros o batidas de cervatillos y cenas suntuosas amenizadas con comedias o *ballets*. Era nuestro turno de ser recibidos. Nos honraban con festines y bailes o excursiones al campo amenizadas con paseos o meriendas.

Entonces vivía los mejores momentos de mi vida, era la más feliz de las mujeres, transportada cada día y cada noche al pináculo de la felicidad, y no podía imaginar que eso iba a cambiar. Como en los cuentos, sólo faltaban los niños para ser totalmente felices. El año 1499 acababa de estrenarse con mil promesas para acabar el siglo en apoteosis. A finales de enero, me percaté de que estaba embarazada. Alfonso, saliendo de su reserva, manifestó ruidosamente su alegría, y mi padre hizo un montón de proyectos para el heredero. En mi exuberancia olvidaba ser prudente. Durante una de las meriendas, de repente tuve ganas de correr entre las viñas. Mis damas se pusieron a perseguirme. Tropecé y me llevé a una por delante al caer. Se cayó sobre mí con todo su peso y me desmayé. Esa misma noche, ya había perdido al bebé.

—No llores —me dijo Alfonso arrodillado a mi lado—. Haremos otro, y otro más. Nuestro amor no se acabará nunca.

Un mes más tarde, el mal estaba solucionado y me cuidé para evitar el menor riesgo que pudiese poner en peligro la vida de esa nueva esperanza. No sabía dónde estaba el hijo de Pedro, en qué granja estaba escondido, qué mujer le había dado el pecho y velaba con celo este fruto del amor, como una loba dispuesta a matar para defender a su cría, que me había dado el adorado esposo. En brazos de Alfonso, soñaba con el nacimiento:

—Tendremos un niño, lo presiento, y le llamaremos Rodrigo.

Olvidado el accidente, se multiplicaron las alegrías. A finales de mayo, llegó un mensajero de Francia para explicarnos la boda de César. En el castillo de Chinon, se había casado con Charlotte de Albret, hermana del rey Juan de Navarra y parienta de Luis XII, que le había acordado para la circunstancia el título de duque de

Valentinois, llamándole «César de Francia». Mi padre mostraba júbilo ante tantos honores y aún se sintió más orgulloso cuando oyó que su hijo había honrado a su esposa con una sextilliza consumación durante la noche de bodas. Ordenó que se iluminaran inmediatamente la ciudad y que encendieran fuegos artificiales ante todos los palacios. Ante su alegría, suspiré de felicidad. Ese nuevo éxito de César coronaba a nuestra familia. ¿Qué más podía desear cuando todos estábamos satisfechos?

Fue entonces cuando oí palabras alarmantes que sembraron la inquietud entre los aragoneses de nuestro entorno. En su blasón, César había cosido flores de lis junto al toro de los Borgia. El Papa, se decía, era el aliado de Francia, y Nápoles estaba en peligro.

—Luis XII está reuniendo sus ejércitos —afirmaba un consejero de Alfonso—. Quiere conquistar Milán, pero ¿qué hará el Papa cuando baje hacia el sur?

Me precipité a los apartamentos de mi padre para que me lo aclarara todo. Cortó el aire con la mano mientras exclamaba:

—¡Qué se apodere de Milán! Luis dice que tiene derecho a ello puesto que su abuela era una Visconti. Ludovico Sforza sólo es un usurpador, después de todo. ¡Pero mientras yo viva, jamás tocarán el reino de Nápoles!

Consciente de esas certezas, tranquilicé a Alfonso.

—Su Santidad contemporiza —me dijo—. Debemos permanecer alerta. El rey Federico se moviliza.

—Eres el yerno del Papa —repliqué—. Nos quiere. No te ocurrirá nada.

Creía en las promesas de mi padre, y aún más porque avanzaba mi embarazo. Me reía del pesimismo de nuestros amigos aragoneses. Pero en Roma la fiebre aumentaba. Se empezó a manifestar una hostilidad entre españoles e italianos. Un soldado de ronda atacó a Jofre en el ponte di Sant'Angelo y le hirió gravemente. La furia de Sancha explotó a los pies de mi padre al que responsabilizó de esa agresión.

—¡Ha faltado poco —exclamó—, para que se encontrase al príncipe de Squillace en el Tíbero, como antaño ocurrió con el duque de Gandía!

Su furia impresionaba a Alfonso, pero hacía ver que le divertía burlándose de los «nervios de mujer» de su hermana. Seguía acunándome con sus romances que yo acompañaba pellizcando las cuerdas de mi arpa.

El 2 de agosto de 1499 por la mañana, mientras mis sirvientas me cepillaban el cabello, el chambelán de mi esposo irrumpió en mis apartamentos para anunciarme:

—El duque de Bisceglie se ha marchado de Roma con una pequeña escolta. Se dirige a Nápoles.

¿Acaso me había abandonado? Se me ahogó un grito en la garganta y me desmoroné.

Capítulo VIII



Quando recobré el sentido, la camarera me tendió una carta. Reconocí el sello de Alfonso y la abrí febrilmente: palabras de amor y las razones de su partida precipitada. Se habían precisado amenazas de muerte contra su persona. Partir así le había arrancado el corazón, pero su salvación dependía de su silencio y su rapidez.

«Pronto estaremos juntos. Sabrás usar la astucia y la sutilidad para escaparte a tu vez y reunirte conmigo en el lugar que te indique. Estás en mí, querida mía. Te espero».

Anonadada, miraba fijamente el papel que se deslizó entre mis dedos y cayó al suelo.

—¡Cómo Giovanni! —murmuré.

Dos años atrás había leído las mismas palabras. La historia volvía a repetirse y el cielo me asestaba los mismos golpes. ¿Cuál era la maldición que hacía huir a mis maridos? Con las manos en el vientre, gordo de seis meses, rompí a llorar. Una vez más, conocía la vergüenza y la humillación. Ahora eran más dolorosas porque llevaba un niño en mi interior. El hijo de Alfonso al que amaba con locura. ¡Tras tanta felicidad, qué desgarramiento! Me dejaba sola con mi amor propio, herida por encontrarme desatendida.

En Roma y en todas las cortes, pronto dirían que me había abandonado y se reirían a carcajadas, Giovanni el primero. Me enfurecía contra la imperfección de la vida y la injusticia del destino. ¿Juego cruel de Dios o peso de la fatalidad? Me quedaba el recuerdo que invadía todo mi ser, las palabras dulces de mi tierno esposo, sus juramentos y su promesa de escribirme. ¿Qué iba a ser de mí? Toda impregnada de él, no imaginaba estar separada de Alfonso. Mi amado, mi doble, mi otro yo... Sin él, ya no tenía rostro y me sentía perdida. Sin él, no podía vivir.

La puerta se abrió de repente y me sobresalté. Mi padre entró como una borrasca. De un gesto, despidió a mis damas y se plantó delante de mí, con las facciones descompuestas.

—Los guardias no han podido alcanzarle. ¿Por qué se ha marchado? Tu marido es un imbécil. Un imbécil y un cobarde al abandonarte así cuando estás embarazada.

Caminaba de arriba abajo fulminando, y le escuchaba, petrificada:

—Confabula, lo sabemos. Aquí mismo, en este palacio, nos espiaba. Al servicio de su tío Federico, nos traicionaba. ¿Lo sabías?

Indignada por esas acusaciones, tuve el valor de replicar ácidamente:

—Alfonso es un príncipe de Nápoles. Sólo ha cumplido su deber al reunirse con los suyos. Pensaba que se iba a declarar inminentemente una guerra. La alianza de César con Francia amenaza a todos los aragoneses.

—Su deber era permanecer con su familia. Le hemos escrito ordenándole

regresar.

—Se negará —contesté—. Roma es una trampa. ¿Acaso habéis olvidado el sitio de Carlos VIII? Permitidme reunirme con él. Le amo, no puedo vivir sin él. ¡Me moriría!

—Un viaje a Nápoles en tu estado es imposible. Jamás lo consentiremos. ¡No olvides que eres una Borgia y no una Aragón!

Caí de rodillas y me agarré a sus pies, el corazón destrozado en un raudal de lágrimas:

—Le suplico a Vuestra Beatitud que tenga piedad de mi pesar. ¿Por qué tanta desgracia? ¿Acaso es imposible vivir en paz?

—Detestamos las lágrimas, lo sabes. Retomaremos la conversación cuando te hayas tranquilizado.

Se retiró tan bruscamente como había venido. Me desmoroné en la cama, ahogando los gemidos en la almohada. ¿Cuántas horas permanecí así lamentándome en la oscuridad? La voz de Sancha me sacó de la languidez.

—La sumisión tiene sus límites —exclamó—. Despabílate, Lucrecia, y prepara tus baúles. Te llevo conmigo.

—¿Mi padre acepta dejarme marchar?

—Su Santidad acaba de comunicarme mi despido. El Papa me manda de vuelta a mi casa, en compañía de mi rey y mi hermano. Me he negado, explicando que debía permanecer donde estaba mi esposo. Se ha puesto muy furioso y me ha amenazado con expulsarme por la fuerza si era necesario. He decidido llevarte así como a Jofre. Vamos a escaparnos, como Alfonso. Sé muy prudente, hermanita, nos vigilan, pero con un poco de habilidad, lo conseguiremos.

La esperanza me hizo resucitar. Me activaba con fiebre, animada por otras cartas secretas de Alfonso que me apremiaban a ponerme en camino.

«Date prisa, amor mío. César y el rey de Francia estarán pronto en Italia».

—César es muy rencoroso —decía Sancha—. Mal asunto para cualquier aragonés que se cruce con su espada. Pagaré la afrenta de Carlotta. Estamos en peligro.

¿Pero cómo huir con todos esos guardias que nos vigilaban? La empresa era arriesgada, y yo no tenía la energía guerrera de mi cuñada. Mi valentía se descamaba, me puse a llorar otra vez y mi padre, amargado, me declaró un buen día:

—Hemos reflexionado mucho, mi queridísima hija. Entendemos tu humillación y eso nos saca de quicio. Necesitas un cambio de aire. Para permitirte olvidar esa afrenta, te nombramos gobernadora de Spoleto y Foligno. No dudamos de tus capacidades para asumir tales responsabilidades políticas. Te impedirán aburrirte.

¿Por qué me otorgaba ese alto cargo reservado a un cardenal? Tantos honores me sorprendían. Le di las gracias con efusión. Añadió en un tono seco que había despachado a Sancha al palacio del rey de Nápoles y que Jofre me acompañaría.

—Federico no nos quitará a nuestros hijos —refunfuñó—. ¡Que se quede con su familia!

Se me oprimió el corazón. Sancha galopaba hacia Alfonso y no había podido entregarle ningún mensaje. Retuve las lágrimas y me retiré gratificando a Su Santidad con una sonrisa llena de gracia. Me sometía, pero a mi mente afluían mil pensamientos. En Spoleto, estaría lejos de Roma, lejos del Vaticano. En Spoleto, Alfonso volvería conmigo, y si conseguía escaparse, encontraría el modo de llegar hasta él...

El 8 de agosto de 1499, salí de Santa María in Porticu encabezando un cortejo espléndido de damas y doncellas, prelados, señores, arqueros y sirvientes. Cuarenta y tres carros transportaban mis efectos personales así como mis bufones, enanos y todo tipo de animales. Al lado de Jofre, montaba una hacanea ricamente enjaezada para inclinarme ante la logia donde mi padre, acompañado de sus cardenales, levantó la mano tres veces para bendecirnos. Irradiaba felicidad, satisfecho del bonito espectáculo que íbamos a ofrecer en las veinticinco leguas que debíamos recorrer antes de llegar a nuestra fortaleza, en el corazón de Umbría. La duquesa de Bisceglie viajaba con gran pompa, con el equipaje que le convenía a un alto funcionario de los Estados de la Iglesia. Ya no era la hija del Papa a la que un príncipe de Nápoles había abandonado, sino el gobernador de Spoleto que iba a tomar posesión de su cargo en la majestad de su nueva dignidad.

Tras haber pasado las murallas de Roma, puse pie en tierra y recibí los adioses de los cardenales y plenipotenciarios que nos habían escoltado hasta allí. Al embajador de Nápoles le confié mis esperanzas de volver a ver pronto a Alfonso, aunque tuviese que escaparme a mi vez, y le entregué una nota para mi amado.

—La diplomacia tiene sus virtudes que la fuerza ignora —me dijo—. *Madonna* Lucrecia, pronto volveréis a ver al duque de Bisceglie. Os lo prometo. Dentro de poco recibiréis noticias mías.

A bordo de una litera especialmente diseñada, proseguí el viaje. Para evitarme los cansancios de la ruta, estaba equipada con un colchón de satén carmesí y cojines de damasco blanco bajo un baldaquín que me protegía de los rayos del sol. En el calor abrasador, somnoleaba pensando en el Vaticano que se alejaba, en las responsabilidades que me esperaban, mientras en mi seno se estremecía el hijo del bello amor que me faltaba, y al que esperaba ver al final del camino.

—Tu felicidad nos importa mucho —me había dicho mi padre antes de irme—, haremos lo imposible para que dure.

El 14 de agosto fijaron sobre mi caballo una silla dorada rematada con un baldaquín de damasco y oro, e hice mi entrada solemne en la ciudad de Spoleto empavesada con estandartes y banderas. Cuatrocientos hombres habían venido a mi encuentro con una delegación de notables. Una multitud alegre me aclamaba tirando flores. Había temido encontrarme con la hostilidad, y me sentí tranquilizada por esta acogida calurosa que me pareció de buen augurio. Ser gobernados por una mujer en vez de un cardenal no parecía desagradarles a todos esos habitantes a los que saludaba con gracia. En lo alto de la ciudad se alzaba la ciudadela, y en el patio de

honor me esperaban los primados a los que entregué la breve carta pontificia, redactada por mi padre, que me entronizaba en mis funciones. Recibí sus homenajes y juramentos de fidelidad con la sensación embriagante de encarnar el poder y la autoridad. Me honraban y me respetaban.

Desde el día siguiente me puse a trabajar, pero no sin haber rezado a la virgen de la cual era el santo, y por la cual sentía una devoción particular. En una de las paredes de mi habitación había colgado un retrato de una gran dulzura que la representaba rodeada de santos^[1]. Imploraba su ayuda para efectuar bien las nuevas tareas. La administración de la provincia era fatigosa. Tuve que escuchar largos informes, examinar cantidad de súplicas, responder a las reclamaciones, organizar un cuerpo de policía encargado de mantener el orden, firmar varios decretos, poner fin a los conflictos imponiendo treguas que permitiesen negociar una paz. Todo eso requería rigor, paciencia y atención. Los resultados recompensaron mis esfuerzos. No me aburría para nada, pero no podía ser del todo feliz, encerrada en mi fortaleza, al acecho de una carta que tardaba en llegar.

Entre Roma y Nápoles, se negociaba el regreso de mi esposo. Un amigo de confianza, testigo en nuestra boda, el capitán español Juan Cervillon, aportaba al rey Federico las garantías de seguridad más formales y cien promesas más del jefe de la Iglesia. El soberano aragonés desconfiaba. Se extendía la noticia de que César y Luis XII habían pasado las fronteras y se dirigían hacia Milán. ¿No corría el riesgo el duque de Bisceglie de ser secuestrado? Como yo, hizo mal en creer en las certezas.

¡Con qué impaciencia esperaba esa carta que debía reanudar el hilo de nuestra intimidad y colmar el vacío de la ausencia!

Apoyada en mi ventana que dominaba las llanuras y los bosques de robles de la apacible Umbría, dejaba que mi vista vagara por ese océano de verdor al que los antiguos llamaban «bosques sagrados». En el horizonte se perfilaban las torres y los campanarios de Asís, y murmuraba el bello cántico de san Francisco que alimentaba mi alma:

Amor, amor, que me has herido tanto,
Sólo puedo exclamar: ¡Amor!
Estoy unida a ti por amor, me extasío en ti,
Oh, amor, sólo quiero conocerte a ti.
Por bondad, déjame morir de amor^[2].

Una buena mañana, oí a lo lejos los sonidos estridentes de pífanos y trompetas, y el redoble de los tambores. En una nube de polvo se agitaban banderas blandidas por una cabalgata. Amarillo y rojo, los colores de la casa de Aragón. Me costaba creerlo, y sin embargo, era realmente él, mi príncipe, mi amante, mi vida. Lo reconocí, a la cabeza de sus caballeros, galopando a brida tendida hacia las murallas de mi

ciudadela. Me vestí rápidamente y corrí a esperarle en el patio de honor, con las manos prietas sobre el corazón para impedirle salir volando. El crepitar de los cascos herrados, el soplo de su montura y por fin él, con el pie en tierra, a dos pasos de mí, su mirada clavada en la mía.

—Me ves, te vuelvo a ver —le dije.

Inmóvil, me impregnaba de su imagen. Tras una larga espera, su visión era mi vértigo. La emoción era tan intensa que creía que iba a desmayarme. Él también estaba turbado. Ante nuestros séquitos respectivos, se contuvo para saludarme con ceremonia y se echó a un lado respetuosamente para seguirme a mis apartamentos. Despedí inmediatamente a las criadas y caí entre sus brazos. Me estrechó tanto que casi me ahogaba. Pocos segundos después estábamos tumbados en la cama, nuestros cuerpos en contacto, intimidados como dos novios antes de su noche de bodas. Permanecimos un largo rato antes de unirnos, y la pasión nos invadió de repente como una llama a la cual nos sometíamos como se cede al destino. El tiempo se detenía, y el presente retomaba el hilo del pasado, sin discontinuidad. Como el primer día, me embriagó con su voluptuosidad.

—Mi único, mi amado, nunca más volverás a dejarme —dímelo.

—*¡Te lo juro, Lucrecia mía!* Si hubiese sabido que no podrías reunirte conmigo, no me hubiese marchado. Ya no volveré a dejarte. Sólo la muerte podrá separarnos.

Olvidamos todas las quejas, sólo importaba la felicidad. La pesadilla había llegado a su fin y sólo pensaba en ser feliz en compañía de mi amado. En el bosque de oro y cobre, abrasada por el sol de otoño, cabalgábamos tras las huellas de Virgilio declamando versos de la *Eneida*. En las orillas del «divino Clitumne de manantial puro» hemos descansado tras habernos sumergido en las aguas sagradas de virtudes mágicas. El aire olía a tomillo, la brisa pasaba suavemente sobre nuestros rostros. Alfonso cantaba y yo le respondía con el sonido del laúd. Divinas jornadas en ese decorado de dioses que había inspirado a tantos poetas y pintores; locas noches en los torrentes de pasión que nos arrastraban. Una inmensa ternura nos envolvía y nuestras miradas se encendían al fuego del deseo compartido. Como en los cuentos, vivíamos para amarnos.

Spoletto permanecerá en mi memoria como el más bello de los recuerdos. Había conseguido hacerme querer por mis súbditos y mi esposo me adoraba.

En Roma, mi padre mostraba júbilo y quiso celebrar a su manera nuestro reencuentro. A finales de septiembre, nos invitó a Nepi. Esa ciudad le había pertenecido antaño cuando sólo era el cardenal Borgia. Se la había regalado al cardenal Ascanio en señal de agradecimiento por su voto determinante durante el cónclave, y éste acababa de devolvérsela para hacerse perdonar sus diversas faltas. Tuve la sorpresa de convertirme en su titular. Tras Spoletto y Foligno, Nepi entró en la lista de mis patrimonios. Una bula ratificaba la donación «sin reserva» de la ciudad y sus territorios, cuyos ingresos eran considerables. Al poder se añadía el dinero. A partir de ese momento era rica, resguardada de la necesidad cuando el Papa ya no

estuviese aquí para protegerme con su poder absoluto. Por ahora, a pesar de sus setenta años, seguía teniendo una constitución robusta y nos sorprendía con la agilidad y la lucidez de su mente.

Nos colmó con mil carantoñas y nos encantó con sus ternuras. Éramos sus hijos adorados a los que amaba por encima de todo. Alfonso no tenía nada que temer.

—Nadie pondrá la mano encima de mi familia —afirmaba—. Y estoy impaciente por ver a mi nieto.

Nos hizo prometer que regresaríamos a su lado para el nacimiento y retomó el camino de Roma, rodeado por su cabalgata pontificia. Cogida de la mano de mi amado, visitaba mis nuevas posesiones que nuestra felicidad engalanaba con todos los encantos. En mi seno, el bebé se movía y mi silueta se ensanchaba. El embarazo llegaba a su término.

—Regresemos a casa —dije—. Nos queda el tiempo justo para preparar la llegada de nuestro hijo. Le daremos esta alegría a mi padre.

Alfonso dudaba. Luis XII y su ejército acababan de tomar Milán. Si bajaban a Nápoles, ¿qué haría el Papa? ¿Cumpliría su palabra en cuanto a Federico? Me estrechó entre sus brazos y contestó:

—Su Santidad me ha demostrado su afecto. Te seguiré. El niño también es mío. Debo estar allí cuando nazca.

El 14 de octubre entrábamos en Roma, acogidos por los mimos y los bufones del Soberano Pontífice, y reencontramos el confort mullido de nuestros apartamentos en el palacio de Santa María in Porticu. Me había marchado de allí con el corazón muy pesaroso, y regresaba triunfando, llevando a mi lado al esposo amado que se arrepentía de los azoramientos del pasado. Las amenazas entrevistas se diluían como quimeras en las brumas del calor del verano. El regreso de Sancha acabó de tranquilizarlo. El Papa había puesto fin a su exilio para alegría de Jofre.

Durante la noche del 31 de octubre, me despertaron los primeros dolores. Se pusieron a correr en todos los sentidos y la efervescencia se extendió por todo el palacio. De madrugada, di a luz a un guapo niño que recibió el nombre de su abuelo, Rodrigo. Alfonso había permanecido a mi lado para sostenerme la mano. Sus lágrimas de alegría me daban las gracias. Mi padre irrumpió, llorando, riendo, gesticulando, incapaz de dominar la emoción. Apenas se levantaba el sol cuando unos mensajeros se desperdigaron por toda la ciudad para anunciar la noticia a todos los cardenales y representantes de las cortes principescas. Agotada, pero colmada, sonreía beatamente. Yo, Lucrecia Borgia, cuyos antepasados eran de Játiva, había dado un heredero a la noble casa de Aragón. Ese nacimiento legítimo, rodeado de honores y fastos, borraba de mi memoria la pérdida humillante del hijo de la vergüenza al que no había tenido tiempo de darle un nombre.

El bautizo se celebró el 11 de noviembre, día de San Martín, ante una asamblea de cardenales y prelados. Dos obispos fueron los padrinos. En gran procesión, mi hijo partió hacia la basílica de San Pedro, precedido por escuderos del Papa vestidos con

tela rosa. Envuelto en una tela de brocado de oro forrada de armiño que cerraba una bufanda napolitana, lo llevaba el capitán español Juan Cervillon, el amigo fiel, testigo en nuestra boda, que había obrado hábilmente para permitir nuestro reencuentro. Un cortejo impresionante de dignatarios lo acompañaba: el gobernador de Roma, el enviado del emperador Maximiliano, los embajadores de las mayores potencias y el Sagrado Corazón en su totalidad. Tras la ceremonia que alteró con algunos gritos, me devolvieron a mi hijo en las mismas condiciones y lo depositaron entre mis brazos. Reinaba en mi suntuoso lecho envuelto con una sábana carmesí con filetes de oro, y en mi habitación forrada de terciopelo color alejandrino, engalanada con alfombras de tonos irisados, cohortes de damas y señores desfilaron durante días para congratularme y ofrecerme sus regalos.

Alfonso no se apartaba de mi lado y en su cuna principesca mi pequeño Rodrigo balbuceaba. Mi padre se escapaba del Vaticano en cuanto podía para rodearnos con su ternura y contemplar a su «heredero Borgia». Éramos «su» familia y nos quería. Tanta felicidad me dilataba el corazón. Era feliz y no temía demostrarlo.

En mi cielo sin nubes, César apareció de repente como un soplo de tormenta. Durante tres días, se entrevistó con el Papa, mano a mano, sin testigos, en su despacho. Temblaba de preocupación. ¿Qué tempestad estaba preparando? Desde la toma de Milán, guerreaba en Romaña, que quería conquistar para asegurarse un reino. Mientras tanto el rey de Francia lo esperaba en Bolonia. ¿Había decidido Luis XII precipitarse sobre Nápoles y pasar por Roma como lo había hecho Carlos VIII? Conocía la ambición de mi hermano, que no tendría escrúpulos en eliminar a cualquiera que pusiera trabas a sus propósitos. Alfonso no ocultaba su ansiedad, y Juan Cervillon nos disimulaba lo que sabía para no alarmarnos.

—Su Santidad os quiere —nos decía—, pero también quiere a César.

—César lo domina porque le asusta —replicó mi esposo—. Desde la muerte del duque de Gandía, Su Santidad le obedece. Sancha me lo ha confirmado.

—Debemos permanecer alerta, es verdad —repliqué—. Pero todavía no tenemos una razón válida para azorarnos.

El duque de Valentinois se hizo anunciar. Se mostró amable y afectuoso para felicitarnos, y se inclinó encima del bebé augurándole un buen porvenir. En términos picantes nos habló de Francia y sus modas. Nos divirtió tanto que reímos como lo hacíamos antaño. Nos quedamos totalmente tranquilos cuando se retiró y se despidió. Sus palabras fueron tan afectuosas, tan tiernas, que respiré más alegremente.

El 29 de noviembre, me sentí con fuerzas suficientes y salí de la cama para ir a la basílica de San Pedro y celebrar mi recuperación con una acción de gracias, antes de prepararme para las fiestas religiosas cuyo número crecía. Este fin de año nos dirigía a un nuevo siglo. 1500 era un año de Jubileo. Miles de peregrinos afluían de todos los rincones de la tierra y los astrólogos preveían cosas terribles. Para Italia... ¡y para los Borgia!

Mi padre era supersticioso. Para conjurar la mala suerte, me pidió que presidiera

las ceremonias de apertura del año santo. Empezaron la mañana de Navidad, como lo requería la tradición, con un peregrinaje a todas las iglesias de la ciudad, que concedía la indulgencia plenaria. Acompañada por Alfonso, encabecé una brillante cabalgata: doscientos caballeros pontificios que seguían una larga cohorte de damas romanas cabalgando al lado de sus maridos o un escudero. A los peregrinos amontonados a nuestro paso, mostraba un rostro resplandeciente de felicidad. Con un marido tan apuesto, al que acababa de dar un heredero, ¿acaso no era el símbolo de la felicidad? Alfonso sonreía, al igual que yo, pero cuando nuestras miradas se cruzaban, veía en la suya ese mismo pavor y esa misma tristeza que me oprimía el corazón. Dos días antes, nuestro amigo Juan Cervillon había sido asesinado. Matado a golpe de sable, antes siquiera de haber podido desenvainar la espada. Lo habían sepultado precipitadamente, y nadie había podido verle las heridas. Nueve, decían.

—¡La firma de César! —exclamó Sancha que no podía olvidar la muerte de Juan, el amante al que tanto había llorado.

Con qué fervor he rezado en cada santuario, pidiendo más justicia y menos violencia. Pero el Mal ya estaba en marcha. Más rápido que el Bien, no iba a tardar en golpearnos.

Capítulo IX

La muerte de Juan Cervillon sembró la inquietud entre nuestros amigos aragoneses. Cada uno intentaba entender las razones del asesinato y sacar conclusiones. La ausencia de investigación confirmaba nuestras sospechas sobre el autor del crimen. También se recordaba que el Soberano Pontífice había mostrado algunas reticencias antes de autorizar al capitán español viajar a Nápoles para celebrar las Navidades con su familia.

—El pobre hombre sabía demasiado sobre los arreglos del Papa y César —dijo el representante del reino.

—¿Qué gran secreto le llevaba al rey Federico? —preguntó Sancha—. ¿Acaso es inminente un ataque de Francia? ¿Qué confabulaban César y Luis XII?

—¿Qué confabula Su Santidad? —replicó mi esposo—. ¿Qué justicia es esa que protege al asesino?

Cada uno estaba en sus treces y se negaban a escucharme cuando les repetía las promesas del Papa:

«Los de Aragón serán salvados. Le haré firmar un acuerdo en este sentido. Me ha dado su confianza. Tendremos su protección».

Desde el nacimiento de mi hijo, mi padre multiplicaba los favores, me reclamaba a su lado para contarme sus confidencias y me colmaba de honores acordándome presidir varias celebraciones. ¿Cómo iba a pensar en el peligro? El Año Santo estaba en su apogeo. De día se rezaba en los conciertos de campanas que repicaban por toda la ciudad. Y sin embargo, en el silencio de la noche, los puñales salían de la sombra y se encontraban los cuerpos asesinados en la esquina de una callejuela o en las aguas del Tíber. Me estremecía de horror y todavía me asusté más cuando Alfonso me hizo percatarme de que algunos de nuestros allegados desaparecían misteriosamente. Haciendo uso del hierro o el veneno, se eliminaba a personajes eclesiásticos o influyentes de nuestro entorno.

—La soga se estrecha —me dijo—. Debemos ser prudentes cuando hablemos de política. Me parece que las paredes tienen oídos.

¿Quién sembraba el terror?

De repente nos enteramos de que la suerte cambiaba de rumbo. Ludovico Sforza, apoyado por las tropas del emperador Maximiliano, se había apoderado de nuevo de Milán, aclamado por su pueblo. Los franceses se volvían a dirigir hacia la Lombardía, sembrando a su paso pillaje y desolación, y Luis XII estaba dudoso en su campo de Bolonia. En Romaña, César había luchado con éxito sometiendo a algunos tiranos que se oponían a los Estados de la Iglesia. Imola y Forli, ciudadelas temibles, se habían doblegado bajo sus golpes. A finales de febrero, anunció su regreso, y mi padre ordenó ceremonias grandiosas para celebrar los triunfos militares de su

estimado hijo César Borgia, duque de Valentinois y príncipe de Francia.

—¿Ya se ha acabado la guerra? —exclamé alegrándome ya.

—Quizá sólo es una tregua —respondió Alfonso—. Para que Nápoles pueda recuperar el aliento.

El 26 de febrero, a las diez de la noche, el duque de Bisceglie y el joven príncipe de Squillace, los dos magníficamente vestidos, salieron del Vaticano encabezando una brillante cabalgata seguida por la corte pontificia y se dirigieron a la Porta del Popolo para recibir al general vencedor y su ejército. En compañía de Sancha permanecí en el Vaticano, al lado de mi padre cuyo estado de nerviosismo sorprendía a sus familiares tanto como me inquietaba a mí. Pasaba de la risa a las lágrimas, pataleaba de impaciencia, se irritaba, se agitaba, y yo temía que tuviese uno de esos ataques socarrones que lo fulminaban cuando tenía demasiadas emociones. El malestar del coronamiento se había vuelto a producir tras la muerte de Juan, «flotando como una basura» en las inmundicias del Tíber y tras el nacimiento de Rodrigo, el heredero que le rejuvenecía. Pero ahora, ¿eran realmente la alegría y el orgullo de volver a ver a César los que le ponían en este estado de trance?

—Su Beatitud ama y teme a su hijo el duque —susurraba cerca de mí el embajador de Venecia.

Un estruendo de salvas y fuegos artificiales tirados desde el castillo Saint-Ange nos precipitó hacia los vanos. Mi padre, acompañado por los cardenales, corrió a la logia de la bendición para admirar el largo cortejo iluminado por antorchas que avanzaba sin pífanos ni trompetas: cien carros forrados de negro, doscientos suizos y gascones, lanceros, alabarderos y caballeros del ejército pontificio, vestidos con traje negro y tocados con plumas oscuras, en un silencio extraño que daba más resonancia al chirriar de las ruedas y al pisar de los caballos. Toda la ciudad estaba en las ventanas, en los tejados, y permanecía muda ante ese espectáculo que la anonadaba. Bajo el cielo moteado de figuras luminosas vi entonces a Alfonso y Jofre brillando con todas sus joyas. Tras ellos venía la austera figura de César. Sobre el jubón de terciopelo negro sólo llevaba un collar de oro, la orden de San Miguel, y sobre el gorro negro ondulaba un chorro de plumas. Un último cañonazo saludó su entrada en el Vaticano.

—¡Qué prestancia! —me dijo Sancha—. ¡Todavía me seduce y sin embargo le odio!

—A pesar de todo lo que ha podido hacer —repliqué—, sigue siendo mi hermano, un verdadero Borgia que me fascina.

Y qué emoción cuando cruzó la Camera del Papagallo y se echó a los pies del pontífice, le besó la mula, luego la manga, dándole las gracias por sus bondades. Hablaba en español como si estuviese a solas con nuestro padre y se apropiaba de él. Qué prestancia y qué arrogancia a la vez. Se había inclinado hasta el suelo en señal de humildad, para triunfar mejor, cuando el Papa lo levantó y lo estrechó entre sus brazos. Su mirada tan dura como el sílex tenía el brillo de una espada para dominar a

la asistencia al resguardo de sus párpados medio cerrados. Se me acercó y me abrazó. Su gran cuerpo musculoso me estrechó como solía hacerlo en los jardines de Subura cuando me subyugaba con sus proezas y sus encantos felinos. César, mi hermano tan amado al que había idolatrado durante los años de infancia, y al que admiraba todavía aunque al mismo tiempo temía.

—¿A qué se debe todo este negro? —le pregunté—. Tenías por costumbre ofrecernos espectáculos menos siniestros.

—Los Borgia no olvidan a sus muertos. Traigo a nuestro primo el cardenal Jean Borgia, que falleció en mi campo. Una fiebre maligna...

—Se dice que le ayudaste con tu veneno —intervino Sancha en un tono sibilante.

—Tened cuidado, *madonna*. No me gusta que me contradigan.

Dándole la espalda, puso el brazo sobre mis hombros y se inclinó hacia mi oído para murmurar en un tono burlón:

—¿Sigues siendo feliz con el bueno de tu marido?

—Somos una familia, César, y formas parte de ella. Me colmaría verte tranquilo. Se crispó y su voz se endureció.

—La disciplina deja mucho que desear en esta casa de tócame Roque. Ha llegado el momento de poner orden.

Le apreté la mano con ternura y dije riendo:

—Comediante, tragediante, el mundo siempre será tu teatro.

Los días siguientes pude comprobar con sorpresa que no había soltado esas palabras para hacer una gracia. Olvidando su casa del Trastevere, César se había instalado en el Vaticano, justo encima de los apartamentos de nuestro padre, al que podía ver cuando le apeteciese, a cualquier hora del día. Vigilaba, espiaba, controlaba, y no dejaba a nadie a salvo de sus comentarios ácidos. Incluso le reprochaba al Papa verme demasiado a menudo, padecer mi influencia y concederme demasiados favores. En un acceso de violencia, se enfureció mucho cuando se enteró de que había redondeado mis ingresos al comprar la ciudad de Sermoneta y sus territorios. Si había despojado de ellas a los Caetani, amigos del rey Federico, era por su cuenta propia, gritaba.

—La Iglesia necesitaba dinero para financiar tus campañas —replicó nuestro padre—. Sabremos compensarte de otra manera.

Lo nombró «gonfalonero de la Iglesia» y le entregó la Rosa de Oro. Ante la asamblea de prelados y cardenales, César declaró:

—Yo, César Borgia de Francia, juro permanecer fielmente sometido a la Santa Sede romana, no poner jamás la mano sobre vuestra persona, Muy Santo Padre, o sobre la de vuestros sucesores, para mataros o mutilaros, y jamás revelar vuestros secretos sea lo que sea que se pueda intentar contra mi persona.

Al regresar a nuestro palacio, Alfonso dio rienda suelta a su nerviosismo y exclamó.

—Su Santidad ya no es el señor. Cesar le gobierna. A partir de ahora tiene todo

los poderes. ¡Capitán general de la Iglesia!... Su odio va a desencadenarse.

—¿Contra quién?

—Los de Aragón en primer lugar.

—Está al servicio del Papa que nos protege. Ha jurado fidelidad.

—Piensa lo que quieras, Lucrecia. Sé que amas a César. En cuanto a mí, me quedo a la defensiva.

Refunfuñó varias recriminaciones por el desprecio con que era considerado por su terrible cuñado que lo detestaba tanto como a Giovanni Sforza y que buscaba un medio para anular nuestro matrimonio.

—Tus temores son pueriles, *querido*, tenemos un hijo.

—Sólo me falta desear que empiece de nuevo la guerra para deshacernos de tu temible hermano.

Pasaron las semanas y nuestra vida corría tranquilamente. Mi hijo balbuceaba bajo el sol primaveral. Mi padre nos visitaba para sus «curas de juventud», que consistían en hacer el tonto con su heredero. Cada anochecer, rodeados por nuestra pequeña corte, nos reuníamos con nuestros amigos poetas y músicos cuyos talentos animábamos. Aretino cantaba mis alabanzas y cada noche Alfonso me colmaba con sus locas caricias que mi cuerpo reclamaba sin llegar a saciarse nunca. Mientras tanto, los peregrinajes llenaban la Ciudad eterna y ya no se pensaba en las predicciones de los astrólogos, anunciando que el año del Jubileo sería fatal para el Papa Borgia.

A principios de junio, los ejércitos del rey de Francia volvieron a conquistar el Milanés y Ludovico Sforza se convirtió en su prisionero. Pero César no se había movido de Roma e impresionaba a las multitudes con sus corridas durante las cuales bajaba a la arena y mataba a cinco toros en cinco pases, decapitando al primero de un solo golpe de espada. Después de esas proezas, se paseaba por los pasillos del Vaticano alabando los méritos de Luis XII y ya no disimulaba su hostilidad hacia los de Aragón, enemigos de su amigo el rey de Francia. Alfonso conservaba la calma, pero Sancha no dejaba de provocar a su ex amante haciendo alarde de los nuevos que escogía, preferentemente entre los jóvenes cardenales. Una tempestad hervía. Fue una tormenta.

El 29 de junio, día de San Pedro, se estaban terminando las Vísperas cuando se abatió un huracán sobre la ciudad. Vientos violentos y piedra gorda como habas. Desde mi palacio oí ruidos aterradores sobre el Vaticano. A los truenos y los rayos se sucedían desprendimientos de piedras, tejados, cristales rotos y gritos que me helaron la sangre.

—¡El Papa ha muerto, el Papa ha muerto!

Aterrorizada, cogí la mano de Alfonso y corrí hacia el pasaje de la Capilla Sixtina. Unos guardias se empujaban por los pasillos que llevaban a la sala del trono. La puerta estaba abierta de par en par y me quedé paralizada de estupor al descubrir el agujero en el techo y el montón de escombros debajo del cual estaba sepultado mi

padre.

César estaba allí, lívido. Siguiendo las instrucciones, unos hombres quitaban los escombros, asustados ante lo que podrían encontrar. Oía sus llamadas tímidas:

—¡Santo Padre! ¡Santo Padre!

Pero no se movía nada. Se me retorció el corazón de dolor cuando por fin lo descubrí, inmóvil, con los ojos cerrados, la cabeza ensangrentada, inclinada sobre el pecho.

—Se acabó —dijo Sancha a mi lado.

Acababa de llegar en compañía de Jofre, que sollozaba. Alfonso me estrechaba la mano. Ante los cardenales petrificados, César exclamó:

—¡Ayudadme a transportarlo hasta su habitación! El Papa no ha muerto. ¡Vivirá!

Su autoridad y su sangre fría impresionaron a la asistencia. Le obedecieron de inmediato. El Papa no tardó en recobrar el conocimiento. Sólo se había desmayado y las heridas no eran graves. Por orden de César hicieron repicar todas las campanas de Roma para anunciar que Su Santidad estaba vivo. Arrodillada en la cabecera de mi padre, le besaba la mano llorando de alegría. Al despertarse, había pronunciado mi nombre. Su primer pensamiento había sido para mí, su querida hija. Me quería a su lado para que velara por su salud. Y me conformaba a su deseo, demasiado feliz por verle recuperarse de una manera tan rápida que extrañó a sus visitantes. La «*forza del toro*», decían con admiración cuando, seis días después, fue en procesión a Santa María del Popolo para celebrar una misa de acción de gracias a la Madona que lo había protegido. En señal de reconocimiento, hizo extender encima del altar trescientos ducados de oro.

—De buena nos hemos salvado —murmuró César—. Ya va siendo hora de que consolidemos nuestras posiciones.

Esa salida oficial había tranquilizado a la gente, pero veía que mi pobre padre no estaba curado. La conmoción le había trastornado, y los médicos le impusieron un tiempo de convalecencia. Me pidió que fuese su enfermera y tuve que instalarme en el Vaticano, en una habitación contigua a la suya donde mi tierno esposo no fue admitido. Alfonso refunfuñó y puso al mal tiempo buena cara.

—Cúrale pronto —me dijo—. No soportaría dormir sin ti muchas noches seguidas.

—Yo también te echaré de menos, *querido*. Pero volverás en cuanto se haga de día. Y estaremos juntos, a su lado, todo el día. Nuestro afecto le devolverá la energía.

Nuestra vida familiar se mudó a la cabecera de mi padre. Momentos inolvidables de una dulzura apacible que iba a perder para siempre. Sancha, Jofre, Rodrigo, Alfonso, cada uno a su manera sabía distraerle y mostrarle su ternura. César pasaba a toda prisa y huía burlándose de nuestra felicidad tranquila. Irritado de ver que al Papa le complacía nuestra compañía, ulcerado por no ser el favorito. Por los pasillos del Vaticano circulaban otros rumores, más alarmantes, que Alfonso me había repetido a escondidas. El duque de Valentinois se quejaba de tener a un enemigo del rey de

Francia en su propia familia. Me equivoque al tomármelo a la ligera. El 15 de julio por la noche, celebrábamos la curación. Tras la cena, le anuncié:

—Alégrate, amor mío, mañana regreso a casa. Prepárate para una larga noche de miel.

Se retiró con una expresión más alegre para regresar a nuestro palacio, seguido por su camarero y su escudero. Sancha y Jofre se entretuvieron y estábamos charlando alegremente cuando resonaron ruidos de botas y espadas en los pasillos, haciendo un estruendo inhabitual que se acercaba. La puerta del salón se abrió bruscamente sobre un guardia que llevaba un cuerpo ensangrentado. El de Alfonso, inerte, destrozado.

Se me escapó un grito de la garganta y me desmoroné en el suelo. El golpe me devolvió el sentido. Me levanté inmediatamente y me precipité hacia mi amado tendido en la alfombra. Un cardenal le administraba los últimos sacramentos, pero sus labios se movían. Me llamaba. Arrodillada cerca de él, incliné el rostro hacia su boca adorada. En un suspiro, oí:

—Sálvame, Lucrecia. César quiere matarme.

Perdió el conocimiento revelándome el nombre del asesino:

—¡Micheletto Corella!

El hombre de armas de mi hermano. Nueve cuchillazos firmaban su crimen. La misma firma que había marcado los cuerpos mutilados de Cervillon, de Pedro Caldès y de Juan, nuestro muy estimado duque de Gandía. Pero esta vez no había conseguido abatir a su víctima. El camarero y el escudero lo habían hecho huir con sus cómplices, y se habían apresurado en traerme de vuelta a su amo antes de que fuese demasiado tarde.

¡Cuánta razón había tenido al reclamarme! Una fuerza desconocida subía en mi interior, dispuesta a arrollar todos los obstáculos para salvarle. Era mi amor, mi vida y no podía morir.

—Sus heridas no son mortales —afirmaron los médicos— si hace reposo durante algún tiempo. Es joven y está en buena salud; se repondrá.

Me giré hacia mi padre, anonadado, a quien el desasosiego paralizaba:

—Suplico a Vuestra Beatitud que me conceda una habitación en sus apartamentos. Ved el estado de mi esposo, no podemos transportarlo a nuestro palacio. También quiero guardias para su seguridad, médicos. Hay que avisar al embajador de Nápoles y al rey Federico para que me envíe a sus cirujanos.

Me dio carta blanca y se ejecutaron sus órdenes. Pocos minutos después, mi marido descansaba en la habitación de las Sibilas. Dieciséis espadachines vigilaban la puerta. Con la ayuda de Sancha, curé las heridas de mi amado. En la cabeza, el brazo, el hombro y la espalda. Eran profundas y había perdido mucha sangre. La fiebre subía, deliraba y no me separé de su cama, preparando yo misma las pócimas y los ungüentos. Me explicaban los rumores de la ciudad y temía que se produjese un nuevo intento. Sancha seguía muy furiosa.

—Su Santidad no ha ordenado una investigación —decía—. Todo el mundo sabe que el culpable es César.

—Víctima inocente —suspiraba yo mirando a mi esposo dormido—. ¿Por qué él? ¿En qué puede poner trabas a las ambiciones de mi hermano?

—Luis XII quiere apoderarse de Nápoles y César le ha prometido ayudarlo destruyendo a los de Aragón. Empieza por su cuñado, que le molesta. Si Federico muriese, Alfonso sería un pretendiente legítimo, ya lo sabes.

El enemigo de su amigo el rey de Francia, al que no quería descontentar. Ahora entendía que había sido muy despreocupada.

—Debemos redoblar la vigilancia. Quédate a mi lado, Sancha. Velaremos por él noche y día, y nadie podrá acercársele.

El cirujano napolitano hizo milagros y «el jorobado», el bufón de Alfonso, conocía el secreto de algunas plantas. En un rincón de la habitación, hice instalar un hornillo en el cual preparábamos infusiones y caldos. Tenía mucho miedo de que un veneno completara lo que el puñal había dejado a medias. Al cabo de unos días, el peligro de infección había desaparecido. Alfonso pudo alimentarse y los platos que le preparaba aumentaron sus fuerzas. Se levantó y dio algunos pasos.

—Te has salvado —exclamé—, loca de alegría.

—Me has salvado, *queridísima*.

Me estrechaba entre sus brazos y su corazón latía contra el mío.

Llevábamos dos años casados ya y el deseo de él seguía invadiéndome, más fuerte que nunca. A él le ocurría lo mismo. Murmuró cerca de mis labios:

—Mi vida no será lo suficientemente larga para decirte cuánto te quiero.

—Tengo en mi alma un hogar de amor para la eternidad.

—¡Cuando pueda montar a caballo, me vengaré de todo lo que hemos tenido que soportar!

—No, Alfonso, nada de violencia. Cuando estés curado, nos marcharemos y nos refugiaremos con el rey de Nápoles.

Estaba muy decidida a dejar Roma para siempre, con mi esposo y mi hijo. Pero el destino no opinaba lo mismo.

A mediados del mes de agosto, César quiso hacernos una visita. Negarse habría envenenado sus resentimientos. Acepté exigiendo que estuviesen presentes el Papa y el embajador de Nápoles. Mi padre entró el primero y felicitó al convaleciente. Alfonso no pudo reprimir algunas palabras mordaces. César lo observaba con atención y reconoció que se restablecía de maravilla. Me saludó con una sonrisa burlona a la que no contesté. Se despidió diciendo en voz baja, pero suficientemente claro:

—¡Lo que no se hace en el almuerzo, bien puede hacerse en la cena!

En su calidad de capitán general de la Iglesia, decretó a partir del día siguiente que el porte de armas estaba prohibido en el Vaticano. Al día siguiente, a las nueve de la noche, volvió a nuestra puerta, despidió a los espadachines y se apartó para dejar

entrar en la habitación a Micheletto, al que acompañaba un grupo de sicarios. Ante el asesino sin vergüenza, me quedé petrificada de terror.

—Tenemos la orden de arrestar a todo el mundo —dijo este último—. Complot contra los Borgia.

Sus hombres se pusieron a maniatar a todas las personas presentes: el bufón, el preceptor, los médicos napolitanos y el embajador del rey Federico.

—¡No tenéis el derecho! —exclamaba—. Voy a buscar a Su Santidad.

Cogiendo a Sancha por la mano, me lancé corriendo a los pasillos, pero a medio camino de los apartamentos de mi padre me percaté de repente de mi locura.

—¡Alfonso! —exclamé regresando.

Micheletto cortaba el paso de la habitación. Nos empujó con violencia y declaró:

—El duque de Bisceglie acaba de hacer una mala caída. Ésta ha provocado una hemorragia mortal.

Una sonrisa cruel le deformaba el rostro y entre sus dedos se deslizaba una cuerdecilla. Entendí, con espanto, que acababa de ahogar a mi amado.

Capítulo X

Aún hoy, después de diecinueve años, me es difícil evocar esos momentos. El dolor se despierta en lo más hondo de mi ser y las imágenes me envuelven con el gusto amargo de los remordimientos. El tiempo no ha cicatrizado el desgarró. Aunque Dios me ha dado otra razón para vivir, no puedo olvidar que en esos días de desgracia lamenté no haber seguido a Alfonso cuando, con el corazón destrozado, me sumí en un agujero negro. ¡Qué decepción recobrar el sentido reconociendo el terciopelo color de Alejandría en las paredes de mi habitación!

Me habían vuelto a llevar al palacio de Santa María in Porticu donde no había dormido desde el accidente de mi padre, desde el regreso de Alfonso descuartizado, ensangrentado, casi inconsciente. Había velado noche y día primero a uno y luego al otro. Uno había recuperado sus fuerzas, cuando tuve que arrancar al otro de la muerte. Seis semanas de lucha durante las cuales olvidé mis costumbres y la comodidad para salvar a los dos seres que adoraba: el autor de mis días y el amor de mi vida. Iba a conseguir con el segundo lo que había hecho con el primero cuando surgieron unos hombres armados, vociferando su violencia...

Me levanté gimiendo:

—¡Alfonso mío! ¡Mi queridísimo esposo!

Los susurros tristes de mis mujeres, sus rostros preocupados inclinados sobre el mío, sus trajes de luto y sus ojos enrojecidos por las lágrimas me decían claramente lo que no quería oír. La implacable verdad que me aniquilaba arrancándome lo mejor de mí misma: ¡Alfonso ya no pertenecía a este mundo!

La pesadilla sólo acababa de empezar.

Sancha se había sentado en la cabecera de mi cama y me cogía de la mano para reconfortarme. Ella también lloraba. Yo había perdido a un marido, pero ella se había quedado sin hermano. Tampoco ella había podido verlo. Aún oigo nuestros gritos y lamentos a los pies de Micheletto, que se negaba a abrirnos la puerta. Obedecía órdenes, clamaba, y yo gritaba de desesperación por no poder estar al lado de mi amado para cerrarle los ojos y besarle una última vez en su sueño eterno.

—Has perdido el conocimiento —me dijo Sancha—. Dos días de fiebre y delirio. Por fin estás aquí. Pensaba que ibas a perder la razón.

Apenas la tenía. Con la mirada perdida, preguntaba.

—¿Dónde está Alfonso?

—Lo han enterrado esta misma noche en Santa María delle Febbri^[1]. Tu tío don François Borgia te lo confirmará. Es él quien ha oficiado la ceremonia en la más gran discreción, a la luz de las antorchas y sin salmos, como le ha recomendado Su Santidad.

—No añadas más, Sancha. Una vez más, quieren correr un velo sobre el asunto. Al igual que con el duque de Gandía, Perotto y Juan Cervillon. No habrá investigación y no molestarán al culpable.

Entonces se me rompió la voz en un sollozo, pero seguí hablando:

—Todo esto es culpa mía. No debería haberle dejado. Pero creía salvarle al ir a buscar ayuda. Creía sobre todo que el poder absoluto de mi padre alejaría el peligro. ¿Cómo voy a vivir a partir de ahora con ese puñal en la conciencia? Por culpa de mi ligereza, mi candidez, mi fragilidad he dejado que mataran a mi esposo tan amado. De ahora en adelante, mi vida sólo será arrepentimiento.

—Entonces soy tan culpable como tú —replicó Sancha—, puesto que te he seguido en esa carrera alocada. Pocos minutos han sido suficientes. ¿Cómo podríamos haber pensado que lo iban a asesinar en el Vaticano?

—¿Acaso sufro una maldición que se cierne sobre los hombres a los que amo?

—Tu maldición lleva un nombre: César. Toda la ciudad habla de él en voz baja, y los cronistas lo designan a su manera en los panfletos: «Para osar llevar a cabo un acto así en ese lugar sobre la persona de un señor, sobrino de un rey vivo, hijo de un rey muerto y yerno del Papa, el golpe sólo puede provenir de un hombre más poderoso que él». César domina a Su Santidad. Alfonso se había percatado de ello.

Una sirvienta azarada entró en la habitación y me anunció con voz sofocada:

—El duque de Valentinois solicita haceros una visita.

No tuve tiempo de negarme. Mi hermano estaba en la linde de la puerta y entraba rodeado de una tropa de alabarderos que hacían mucho ruido.

—En tu palacio, lleno de aragoneses, no me siento seguro —dijo en tono de burla.

Sancha se apartó refunfuñando y le dejó su asiento a César, que lo desdeñó. Andaba arriba y abajo al lado de mi cama como un pavo que despliega su cola, explicándome que se había preocupado por mi salud y que se había tranquilizado con mi convalecencia. Se inclinó para besarme y añadió con voz dulce:

—Me sabe mal lo de tu pobre marido. ¿Sabes que era peligroso? Quería matarme. Desde la ventana, me disparó en los jardines del Vaticano. Ya no volverá a hacerlo.

Si no hubiese estado tan débil y en la cama, le habría abofeteado. ¡Decirme esto a mí, que había sido testigo de cada momento! Su desfachatez me sacaba de quicio. En mi interior hervía una furia sorda y que contenía con todas mis fuerzas. Me ofendía en lo que más me importaba: mi amor y el honor de mi difunto. Había llegado el momento de recoger el guante, ¿pero qué arma iba a escoger para esta lucha desigual? Sólo una le convenía a mi dignidad: el silencio del desprecio.

Lo miré impávida de arriba abajo mientras se afanaba en convencerme de que mi esposo conspiraba contra el Papa y contra nuestra familia tras los cantos y las pantomimas de nuestros poetas y músicos. Se complacía en su juego de comedia, pero ese teatro había dejado de divertirme. El asco me oprimía la garganta. Y esperaba el fin del espectáculo para decirle con tristeza:

—¡De ti nada me sorprende!

Esbozó una sonrisa con una mueca y se retiró en el concierto metálico de las lanzas que chocaban entre ellas. Era el culpable, ya no lo dudaba. Era él quien había dado las órdenes de matar a mi marido. El Borgia se glorificaba sin vergüenza de haber castigado a su enemigo, un aragonés inocente, mi Alfonso, al que acusaba de las más crueles intenciones para justificar su acto.

Otro pensamiento más terrible se imponía: mi padre no había hecho nada para impedir la desgracia. ¿Acaso era cómplice de César? ¿No era él quien nos había atraído en la trampa suplicándonos regresar a Roma? En mi mente encendida, sus palabras resonaban como los golpes de una maza que me hacían polvo. Quise saber a qué atenerme y reuní lo que me quedaba de energía para hacerme vestir y encontrarle en sus apartamentos.

—Hija mía —me dijo abrazándome—. ¿A qué viene ese abatimiento? ¿No has llorado ya bastante?

—¿Cómo quieres que me consuele? —exclamé—. ¡Le amaba!

Me soltó bruscamente para volver a su sillón. Con expresión irritada, examinaba mi ropa de luto, mi rostro pálido y mis ojos hinchados de tanto llorar.

—Lo hecho, hecho está —refunfuñó—, es demasiado tarde para remediarlo. Y no vas a lamentarte durante el resto de tu vida. Tienes veinte años, Lucrecia, y largos años de esperanza ante ti.

—Conocéis al culpable, Muy Santo Padre. ¿Vais a ordenar que le arresten? ¿Por qué me habéis traicionado dejando que matasen a mi marido?

Se sobresaltó al oírme hablarle así. Desde pequeña me había enseñado a ser sumisa y obediente. Ahora me rebelaba, olvidando las fórmulas respetuosas debidas a su dignidad. Exigía una investigación, el nombre del asesino revelado en público, ceremonias a la memoria del duque de Bisceglie reconocido inocente, y la liberación de los hombres maniatados delante de mí en la habitación de las Sibilas.

—Don Alfonso quizá no conspiró —dijo—, pero cometió graves errores. Tuvo lo que se merecía, después de todo.

—Veo que apoyáis a César.

—Veo que tu marido es más importante para ti que tu padre y tu hermano. ¿Acaso debo recordarte que eres una Borgia? Olvídate de los de Aragón, Lucrecia. Ya te buscaremos otro prometido.

Eso ya era demasiado. En un tono seco, repliqué:

—Puesto que las cosas son así, permitid que me retire.

Sin esperar una respuesta, salí de la habitación olvidando voluntariamente arrodillarme para recibir su bendición. Estaba tan trastornada que tenía prisa por encontrarme de nuevo en mi habitación para estar sola con mi pesar. En los llantos, mi carne caía gota a gota, llamaba a mi amado y repetía los bellos versos de Petrarca que expresaban tan perfectamente mi tristeza y mis pesadumbres:

Oh muerte, has descolorido el más bello rostro

que jamás se haya visto,
apagado los más bellos ojos
y arrancado al cuerpo más gracioso
y más bello,
la mente más encendida de las llamas
de la virtud.
En un instante me has arrebatado
todo mi bien;
has impuesto el silencio a los más suaves
acentos que
jamás se han podido oír
y me has llenado de gemidos;
todo lo que veo y todo lo que oigo
sólo me aburre.

Me negaba a recibir visitas y hacía oídos sordos a las muestras de compasión. Veía mi vida como una larga serie de injusticias. No paraban de arrebatarme lo que me habían dado. Hasta ahora me había sometido a las voluntades de mi padre siguiendo los consejos de mi madre o la tía Adriana. La resignación y el poder de la sombra... Desde el fondo del dolor, oía otra voz, la de mis deseos, todo lo que mi alma me dictaba. Ya no era un peón en un tablero de ajedrez político, sino una mujer en su plenitud, hecha para amar y ser amada. Del maravilloso amor que había recibido, sólo me quedaba el luto y nadie me lo arrebataría porque era sólo mío. Quería vivirlo en todo su rigor y su grandeza. Al venerar el recuerdo de mi amado, me liberaba a mi manera del yugo de mi padre y de mi hermano. Por primera vez me resistía a ellos. Los vestidos de viuda, el pelo apagado y el rostro sin maquillaje afirmaban públicamente mi resentimiento y desaprobación. Se rasgaba un velo. Mi confianza se deshacía. Algo se había roto. Nunca más volvería a amar.

Esa intransigencia de mis jóvenes años hoy me hace sonreír. El destino se ha apresurado a desmontar mis certidumbres. Otros arrebatos, otras locuras me han calentado el corazón. El amor siempre vuelve, nunca el mismo, el pesar se marcha ante el fuego que vuelve a encenderse para abrasar el alma. Y, entonces, uno se pregunta qué es el amor verdadero.

Pero, en aquel entonces, desde mi rostro llovían lágrimas de amargura con tantos suspiros angustiados, y sólo encontraba un poco de consuelo con la compañía de mi pequeño Rodrigo. La gran felicidad que creía eterna me dejaba en herencia una lápida y esa cuna donde mi hijo, de nueve meses, todavía no podía entender y balbuceaba con candor. Por él iba a perpetrar el recuerdo de mi marido.

El 30 de agosto partí hacia Nepi para reencontrar las imágenes de un pasado más feliz. La cercanía del Vaticano me daba asco y estaba cansada de errar tristemente en las afueras de la ciudad en busca del rostro amado. Mi desolación y mis súplicas

irritaban a mi padre, que ya no quería verme. Se extendió el rumor de que ya no me quería cuando me permitió marcharme con mi hijo a mi casa. Sin embargo, ordenó una escolta de seiscientos alabarderos, lo que provocó que algunos pensarán que me enviaba al exilio en una prisión.

Lo cierto era que sin Alfonso la fortaleza estaba lejos de parecerse al nido de amor en el cual, once meses antes, reía, cantaba y hacía arrumacos. La vi como era realmente, austera y temible, con sus paredes gruesas y sus torres colosales, coronando el paisaje etrusco tan triste como mi alma: el monte Sócrates, las cimas negras de antiguos volcanes y grandes mesetas desiertas donde pastaban las ovejas. Sus balidos plañideros ahogaban el canto nostálgico de los caramillos. Lamento de luto y de melancolía para un corazón lánguido que sólo pensaba, plañía y suspiraba.

Por fin hallé el aislamiento que me hacía falta. Las grandes habitaciones sin muebles no eran lo suficientemente lúgubres con sus artesonados de roble oscuro y sus techos de lagunares coloreados. Seguí al pie de la letra las costumbres españolas y lo hice cubrir todo con colgaduras negras, hasta mi dosel fue forrado con crespón. Ya no llevaba joyas y comía en una vajilla de barro. Me despojaba de lo accesorio para vivir sólo con lo esencial, la memoria de mi amado.

Pero a mi alrededor sólo había vacío. Un vacío atroz, el vacío de mi amante que sentía como una llaga.

Cada día era un error, y cada noche una tortura. Echaba de menos su cuerpo, sus manos sobre mis pechos, deslizándose por mi vientre, y sus labios ardientes devorando mis hombros. Ya no era totalmente yo misma y necesitaba su fuerza masculina para sentirme mujer. En el silencio, poco a poco, se creaban otras sensaciones. Una plenitud distinta en la que nuestras almas se unían. Entonces oí la voz de su corazón que transmitían unas ondas misteriosas:

—¡*Amame, Lucrecia!*

¿Cómo no estremecerse? Al igual que antaño, sentía a mi alrededor sus brazos que me estrechaban. Nos envolvía una inmensa ternura que el silencio magnificaba. Momento de gracia casi mística que me trascendía en nuestro entendimiento perfecto, abandonados el uno al otro en la armonía de la unidad. Me había hechizado con su amor y estaba obsesionada, con el cuerpo y la mente. Había perdido a mi hombre, mi universo. Sin él, ya no tenía porvenir.

Pero su sombra me poseía con tanta voluptuosidad como su ardor pasado. ¿Dónde estaba mi adorado ángel? ¿En qué círculo del Infierno del cual me declamaba los suplicios descritos por Dante? Rezaba cada día por él en la capilla y dictaba a mi secretario muchas cartas para los amigos íntimos y los cardenales de mi familia, padrino, tíos, primos, para que dijeren misas y rosarios en todos los monasterios y en todas las iglesias de Roma. La memoria de Alfonso debía ser honrada dignamente, y debía recaer sobre él la gracia de los santos. A mi administrador le di carta blanca y las sumas necesarias a las diferentes congregaciones para los numerosos oficios ordenados por la «muy desgraciada princesa de Salerno», la «*Infelicissima*».

Mientras tanto, la rueda de la Historia seguía girando, otros trastornos sacudían el mundo y la guerra volvió a empezar. A principios de octubre, César tomó el mando de un ejército de diez mil hombres y se detuvo en mi casa para hacer la primera etapa. No me gustó esa intrusión en mi soledad. Enseguida se formó un gran movimiento y dedicaron todas sus atenciones para ofrecerle la cena. A pesar de mis resentimientos, era mi hermano, y le debía la hospitalidad. Ahora bien, me vengué imponiéndole mi mesa forrada de negro y los platos de barro cocido en los que comía. Ante sus gritos horrorizados, respondí sin conmoverme:

—Nuestras costumbres son estrictas, César. Soy viuda y lloro al hombre al que amaba infinitamente.

Hasta el final de la cena, que apenas probé, miraba el mantel y me ensimismaba en el silencio, indiferente al humor alegre de esos señores. Los chismes sabrosos de mi hermano les hacían reír a carcajadas y tuve que dominarme en varias ocasiones para no perder los estribos. El Vaticano, Roma y la corte de Francia rivalizaban en calambures bajo mi techo. Los oficiales pasaron al salón y César me dijo que quería ver a mi hijo. Se me oprimió el corazón y me crispé exclamando:

—No lo toques. ¡Antes deberás matarme!

—Tranquilízate, Lucrecia. No quiero hacerle daño. Nuestro padre echa de menos a su heredero y me ha pedido que le envíe noticias tuyas.

Me siguió a mis apartamentos y se me acercó. Me levantó el rostro y su voz se enterneció, como en los buenos tiempos de nuestra infancia, para decirme:

—Ya no te reconozco, querida hermana. No tienes el derecho de afearte así. Es una herejía. ¿Dónde están tus vestidos resplandecientes y tus joyas? ¿Qué le ha ocurrido a tu cabellera suntuosa? Debes regresar a Roma. Una mujer tan guapa como tú debe buscar lo mejor de la vida. Pronto tendrás otro marido y brillarás en los bailes y los festines.

Le di la espalda levantando los hombros y añadió:

—Lo que nos causa espanto un día parece una nadería al pasar el tiempo. Recuérdalo. No ser cardenal me parecía imposible. Hoy someto a los tiranos y mañana puede que sea el amo de Italia... El tiempo, Lucrecia. Uno debe ponerlo de su parte. ¡Nada es para siempre! Pero pase lo que pase, seguiremos siendo Borgia, tú y yo.

En el polvo rosado de la aurora, se puso a la cabeza de sus hombres y galopó hacia Romaña donde le esperaba la gloria de próximas conquistas. Desde mi ventana, lo vi desaparecer al pie de las montañas Sabinas y me sentí aliviada. En pocas horas había turbado el agua tranquila de mis nuevas costumbres. En el silencio, el orden se volvía a establecer y me esforcé en olvidar sus últimas palabras. Yo era una Borgia, es cierto, y no podía hacer nada para cambiarlo. Pero ya no sería el instrumento de sus intereses. La fortaleza de Nepi sería mi refugio. Aquí estaba en mi casa, entre mis súbditos.

El otoño y el frío pusieron trabas a mis proyectos. No paraba de llover una lluvia

fina y penetrante. La humedad chorreaba por las paredes y las corrientes de aire atravesaban las habitaciones. De los ríos y los riachuelos subían miasmas de fiebre. El clima se estaba volviendo insalubre, emanaciones de azufre llenaban el aire y los médicos se preocuparon. El luto había alterado mi salud. Vacilaba y mi hijo tosía. Por él, decidí regresar a Roma y tuve que coger la pluma para pedir la autorización al Santo Padre. Tardó en contestarme, pero a principios de diciembre ya había regresado a mi palacio de Santa Maria in Porticu.

El choque fue terrible. El recuerdo de Alfonso estaba más vivo que en Nepi. En sus apartamentos, cada mueble, cada objeto, estaba marcado con su huella, hasta los trajes del guardarropa, listos para ser usados. Nada se había movido de sitio. En todo momento pensaba que iba a abrir la puerta. En su *studiolo*, creí verlo ante su cítara de plata. Cantaba y sonreía. Cada día regresaba a esa habitación para recobrar fuerza y valentía. Sentía su presencia, su perfume. Le hablaba a su sombra que me envolvía con esa voluptuosidad que me había embrujado.

Ese culto mórbido preocupaba a mis allegados. Si bien me salvó. Desde ese día, estoy convencida, y lo creo firmemente, que tras la muerte hay otra vida y no la nada. El cuerpo desaparece en el polvo y el espíritu liberado vuelve al lado de los que ama para guiarlos y protegerlos. Alfonso nunca me ha dejado. Me ha seguido por los caminos de mi nuevo destino.

Mi padre celebró mi regreso con mil muestras de afecto y ternura, llamándome su «*filia charissima, amatissima*», y pensó que sería bueno hablarme de mi futuro.

—Es un poco pronto para pensar en eso —repliqué—. Mi luto está lejos de haber llegado a su fin.

—Respetar las costumbres es una cosa. Pero es bueno prever una próxima alianza establecida sobre bases sólidas. Tengo aquí algo en lo que pensar.

Me tendió una lista de pretendientes añadiendo en tono de homilía:

—«Dejad a los muertos, enterradlos», dijo Cristo. Y yo te aconsejo dejar a tu muerto en el Más Allá. Mira hacia delante. Lo que debe venir es más importante que el presente.

El primer candidato era un francés, Louis de Ligny, primo de Luis XII. Lo rechacé inmediatamente. Mi amado había sido sacrificado por los intereses de Francia. Luego leí nombres italianos, un Colonna, un Orsini, el mismo duque de Gravina descartado dos años antes a favor de Alfonso. En cada nombre veía una tumba. Moví la cabeza con expresión obstinada declarando que no quería volver a casarme.

—¿Por qué? —preguntó mi padre desconcertado.

—Para dedicarme totalmente a mi hijo. Estoy harta de provocar la desgracia de todos los hombres que comparten mi cama.

Dejé la habitación de un paso nervioso y salí a los jardines. En el viento frío del invierno, calmaba mi espíritu encendido. Mil pensamientos me desgarraban. ¿Cómo iba a ser fiel a mi amor si me volvía a casar? ¿Cómo iba a huir de la prisión del

Vaticano si no me volvía a casar? Mi padre y mi hermano no dejarían de acosarme mientras me resistiese a ellos. Es verdad que el matrimonio sería mi salvación. Pero con la condición de escoger al buen partido. Un hombre poderoso y respetado, capaz de enfrentarse a mi familia. Un hombre que me llevase lejos de Roma, en una corte reinante que no dependiese de César. ¿Existía ese hombre?

A finales de ese año 1500, lo dudaba. Las conquistas de mi hermano hacían temblar Italia. Con algunos golpes de espada, había tomado Pesaro en las barbas de Giovanni, que había huido a Mantua, a casa de su primo, el vencedor de Fornovo. Esta noticia me había hecho sonreír. Mi honor estaba vengado. Pero otros señores bajaban la cabeza, se rendían, o temían tener que someterse. César quería su reino. Pronto tendría toda Romaña y conduciría al rey de Francia hacia Nápoles. ¿Quién tendría la audacia de resistirse a él?

Mientras tanto, mi padre recibía otras peticiones de mi mano y buscaba entre los pretendientes el que más me convenía. Se volvió a hablar de España, pero a finales de mayo de 1501, me anunció con infinitas precauciones que había encontrado un posible marido: Alfonso de Este, el heredero del duque de Ferrara.

—El viejo Hércules es un marrullero, pero conozco sus puntos débiles y sabré hacerle ceder. Con la condición de que este joven príncipe te convenga.

Me tendió su retrato y acepté sin dudar.

Capítulo XI

El destino a veces nos reserva curiosas sorpresas. Ya conocía a Alfonso. Siete años antes, había asistido a las fiestas de mi primera boda. Entonces era un joven apuesto de dieciocho años, al que no le faltaba seducción. Era el ahijado del Papa, y Giovanni era su pariente por dos vías. Su hermana Beatriz de Este se había casado con Ludovico el Moro. Él mismo se había casado con la sobrina del señor de Milán, Ana Sforza Visconti, de la que era viudo. Me preguntaba si mi divorcio y las calumnias que le siguieron, y que seguían persiguiéndome, no iban a desalentarlo. Otro vínculo elevaba entre nosotros un obstáculo que no le sería fácil vencer. Por su madre, Eleonora de Aragón, hermana del difunto rey Alfonso II, era primo hermano de mi segundo marido. Ambos llevaban el mismo nombre en recuerdo del antepasado común^[1]. César, mi hermano, había hecho asesinar a mi esposo. César, a quien doña Carlotta, su prima, había rechazado. Por tantas razones, y muchas otras que no dejarían de añadirse, como la muerte de Pedro Caldès y mi alumbramiento clandestino, nuestra unión me parecía imposible. Y sin embargo, con toda la fuerza de mi voluntad, me asía a ese proyecto. Era mi tabla de salvación. Convertirme en la duquesa de Ferrara convenía a mi dignidad y haría de mí una persona respetada.

Todavía no había nada seguro, pero yo soñaba. Ferrara era una corte prestigiosa, amiga de todas las artes. Atraía a las mentes más brillantes de la península y de Europa. Su Universidad, su teatro y sus palacios decorados magníficamente la convertían en un templo consagrado por un gran número de humanistas, poetas, pintores, escultores y músicos entre los más célebres. Lo que había intentado hacer en mis salones de Santa Maria in Porticu, para el gusto de mi amado, me ayudaría a coger la antorcha de una corte célebre que había perdido su dama del dulce nombre de Aragón.

Es verdad que yo no era una princesa de sangre real y no era digna de entrar en esa familia, que sólo contaba alianzas ilustres y que presumía de una nobleza más antigua que la nuestra. A pesar de ser romanos, para los Este seguíamos siendo españoles, extranjeros, advenedizos.

Mi padre había entablado los preliminares y recibió una negativa. El duque reinante tenía otras miras para su hijo. Luisa de Saboya, viuda del duque de Angulema y parienta del rey de Francia, era a ciencia cierta mejor partido que una Borgia, la hija del Papa acusada de incesto y mil otros vicios, una mujer con la peor reputación, mancillada por los escándalos y los crímenes... Lejos de ignorar los odiosos rumores que corrían aquí y allí sobre mi persona, no desesperaba en hacer triunfar mi verdad, mediante la dulzura, la perseverancia y la diplomacia. De antemano, aceptaba el precio: humillación, compromiso y sacrificios. Lo que estaba

en juego bien lo valía.

Contemplaba el retrato de Alfonso. Un rostro atractivo, un poco fuerte, pero bien esculpido. El cabello ondulaba sobre las sienes y le añadía un poco más de dulzura a su mirada. Ojos castaños, una nariz larga y recta y la barbilla prominente que redondeaba una barba. Recordaba que hablaba mucho de sus fundiciones de cañones, las más importantes de Europa, que otorgaban el poder a su Estado. En él, sin embargo, veía las cualidades que esperaba de un hombre. Fuerza, lealtad, fidelidad. Con el cuerpo de atleta y los labios sensuales, sin duda sería un buen marido. ¿Sabría amar? Eso ya no tenía ninguna importancia. Había recibido de Alfonso el precioso regalo de un amor compartido. Demasiado corto, pero inolvidable. ¿Cómo podía pretender conseguirlo de nuevo?

Con el tiempo conquistaría el corazón de Alfonso de Este.



La negociación fue laboriosa y participé en ella. Mi padre me alentaba a que lo hiciese.

—A mi edad, los días están contados —decía—, y no dejaremos este mundo sin haberte establecido de forma durable y honorable. Conocemos tus cualidades. No hagas caso de las habladorías. Para aquellos cuyo destino les llama a dominar, las reglas ordinarias de la vida se invierten y el deber es totalmente distinto. El bien y el mal se transportan a otro lugar, en otro medio, y las virtudes que pueden apreciarse en una mujer ordinaria se convertirían en vicios en tu persona por la única razón de que serían causas de ruina. Serás la duquesa de Ferrara, hija mía. Daremos nuestra tiara si es necesario.

Mensajeros iban y venía de Roma a Ferrara, de Roma a la corte de Francia y de la corte de Francia a Ferrara pasando por Roma. Luis XII era un amigo de los Este, pero había firmado un pacto con el rey de España sobre la conquista de Nápoles que se dividirían. Y para llevar a cabo su proyecto, necesitaba atravesar los Estados de la Iglesia a los cuales César, su aliado, acababa de anexar Romaña, tras haber reducido el último bastión, la ciudad fortificada de Faenza. Le era indispensable la autorización del Papa para alcanzar el codiciado trono de los de Aragón.

—Se lo concederemos de buena gana —dijo con júbilo mi padre—, pero con una condición: negar *Madame* de Angulema a su viejo amigo Hércules y aconsejarle que acepte a la ilustre dama Lucrecia Borgia.

En todas las cancillerías se comentaban los despachos y se observaba el progreso de las negociaciones discutiendo las cifras de mi dote. Mi matrimonio se convertía en un asunto europeo del que dependía el desmorone de un reino deseado por soberanos cupidos de los cuales no era súbdita y que no me interesaban. La suerte de Nápoles me era indiferente ahora. Alfonso ya no estaba aquí para pretender a él y el rey Federico pensaba en huir. Yo sólo tenía un objetivo, y no lo perdía de vista: Ferrara.

A finales de junio, los ejércitos franceses establecieron su campamento al norte de Roma y desfilaban por la llanura al son de trompetas, cornetas y tambores. César se dirigía hacia Nápoles. Federico había abdicado a favor de Luis XII y el Soberano Pontífice publicaba una bula que promulgaba la deposición del soberano aragonés.

A principios de julio, el duque Hércules nos hacía saber por su enviado que se doblegaba a los deseos del rey de Francia, pero con sus propias condiciones. Exigía que mi dote, establecida en cien mil ducados de oro, doblara y fuese pagada en numerario y que el censo anual de su Estado fuese establecido de cuatrocientos a cien ducados; además reclamaba la cesión de los castillos de Cento y Pieve a los descendientes varones que naciesen, así como beneficios eclesiásticos para los miembros de su familia.

—Ya lo tenemos —exclamó mi padre alegrándose—. Es un asunto de dinero. Esperaremos antes de darle nuestra respuesta.

—¿Por qué no aceptáis lo que pide? —dije en un tono amargo—. Este matrimonio es mi última esperanza. Si fracasa, entraré en el convento como una mujer miserable cuya familia usa como un juguete.

—Hércules es un *mercanti*, y lo trataremos como tal. Le enseñaremos a respetarte.

A finales de junio, Capua caía. Una victoria para César que encabezaba el ejército francés y recibió el agradecimiento de Luis XII y del rey de España. Mi padre exultaba de alegría. La casa de Aragón había dejado de existir. Decidió encabezar a sus tropas para someter a los barones del Latium. Por fin efectuaba lo que había anunciado cuando fue elegido: afirmar la autoridad temporal de la Iglesia mediante la consolidación de sus Estados, y así reforzar su autoridad espiritual. Me hizo llamar para declarar:

—Unos asuntos me obligan a dejar Roma durante algún tiempo. Te confiamos nuestro puesto. Sabemos que eres digna de entender el valor de una tarea así. Así le demostraremos a la gente de Ferrara que mi amada hija, princesa elegante y espiritual, es una mujer capaz de asir las riendas de un Estado y llevarlas con fuerza.

Me encabrité objetando el escándalo que esa decisión provocaría, y diciendo que un cardenal del Consejo sería más apropiado para esta tarea.

—La gran ley del mundo —prosiguió—, no es hacer esto o evitar aquello, sino desarrollar lo que uno tiene en sí de más enérgico y más grande, de manera que de una esfera cualquiera uno se esfuerza en pasar a otra más amplia, más oxigenada, más alta... Sólo hay una consideración digna de ti, y es la elevación de la casa Borgia, la elevación de ti misma. ¡Te pido que te consideres como la que, dentro de poco, será duquesa de Ferrara, y que representa en este momento, para los pueblos, al vicario de Dios!

Esa muestra de estima y confianza sobrepasaba con creces las precedentes, cuando me había nombrado gobernador de Spoleto y luego de Nepi. Para aureolarme de grandeza ante los ojos del mundo, para forzar la admiración de los Este, ¡me

atribuía el cargo supremo de asumir la regencia de los Estados de la Iglesia y me confería el título de «*Vicariessa*»!

¿Qué mejor prueba de su amor podría haber recibido?

Durante los días que duró su ausencia, me instalé en sus apartamentos. Abandonando los vestidos de un luto que llegaba a su fin, saqué mis vestidos de ceremonia y me engalané con joyas para sentarme cada mañana en la butaca del Papa al que sustituía, en la mesa alrededor de la cual se reunían los cardenales. Ninguno criticó mi presencia. Parecían entusiasmados. Y para cortar de cuajo cualquier comentario desagradable, invité a los enviados de Ferrara a nuestras sesiones de trabajo. Así podrían testificar sobre lo que vieses y oyese. Solemnidad, seriedad y eficacia. Su Santidad me había confiado el palacio y el cuidado de los asuntos diarios, sólo civiles y temporales. No disponía del sello pontificio pero tenía el poder de abrir las cartas que llegasen. Tareas habituales de un gobernador, con las que estaba familiarizada. En las circunstancias excepcionales, el cardenal de Lisboa era el encargado de aconsejarme. Se presentó un caso complicado, y me giré hacia el viejo prelado, que me aclaró:

—Cuando el Santo Padre somete un asunto al consistorio, el vicescanciller toma nota de las opiniones de los consultantes. Creo que es necesario que alguien transcriba los debates.

—Puedo hacerlo. Escribo bien el latín.

—*Ubi est penna*^[2] *vestra*?

Entendí el juego de palabras. No era cuestión de la pluma, sino de mi naturaleza femenina. La alusión era audaz; aunque me guardé bien de ofuscarme por ello. Este tipo de comentarios era habitual en la buena sociedad, y demostré mi educación y mi conocimiento de los usos sonriendo con la expresión de modestia que convenía. Después me enteré de que los despachos con destino a Ferrara cantaron mis alabanzas y mis talentos. Una princesa de la Iglesia, cubierta de oro y gemas, reinando sobre los cardenales, tenía con qué sorprender a los observadores ya que, durante las semanas que siguieron, tuve que asumir ese cargo dos veces más, sustituyendo al Papa con mesura y discernimiento. Se quedaron anonadados y nadie me criticó.

Más que nunca era espiada, disecada, analizada y comentada. A los ojos del mundo mi posición era dudosa, surtida con una reputación espantosa. Mi honor estaba en juego y tenía empeño en mostrarme tal y como era, lo opuesto de lo que contaban. Si se preguntaba a mis guardias y criados, atestaban sin mentir sobre mi vida tranquila y límpida, hecha de soledad y plegarias, que no excluían bailar o divertirme en una alegría franca. La sorpresa y el estupefacto de mis visitantes recompensaban mis esfuerzos. Los multiplicaba reprimiendo cualquier sentimiento personal. El amor propio desaparecía ante la única resolución que me animaba: hacer doblegar a mi padre ante las exigencias más extravagantes. Es verdad que seguían pujando en la dote, pero este matrimonio era indispensable para mí. La empresa debía lograrse cualquiera que fuese el precio. Las innumerables dificultades forjaban mi

pugna y mi obstinación. Sin combate, no hay victoria, y no dudaba en ganar. Casarme con Alfonso de Este sería mi triunfo sobre la adversidad.

Y lo fue.

El 4 de setiembre de 1501, un correo empapado en sudor y lleno de polvo llegó extenuado al Vaticano. Cuatro días antes había salido de Ferrara y nos traía el contrato que el duque de Hércules acababa de firmar en su castillo de Belfiore. Mi padre y César exultaron. Nos besamos, nos congratulamos y lloramos de alegría. La noticia se extendió como un reguero de pólvora. Las bombardas del castillo Saint-Ange resonaron y se iluminó la ciudad. Durante toda la noche oí las ovaciones de los romanos. Cantaban la victoria de los Borgia. Cerraba los ojos saboreando una intensa satisfacción. Había ganado mi libertad. Dentro de poco iba a dejar Roma y mi pasado ensangrentado.

Al día siguiente, el 5 de septiembre, me puse un vestido de brocado realzado de oro encañonado e hilado. Con gran cortejo, me dirigí a Santa María del Popolo para una acción de gracias a la Madona a la que tanto había rezado. La multitud llenaba las calles, aplaudiendo nuestra cabalgata. Trescientos caballeros para escoltarme con doscientas damas de la nobleza, obispos, plenipotenciarios entre los cuales se podía reconocer al embajador de Francia y al representante de España. Mi corazón vibraba bajo las aclamaciones:

—¡Viva el papa Alejandro VI! ¡Viva la muy ilustre duquesa de Ferrara! ¡Viva!
¡Viva!

Bajo el cielo jaspeado por las incandescencias del poniente, regresé al Vaticano, aureolada con mi nueva dignidad. Esa noche hubo un baile y dancé toda la noche. Un baile de adiós a la felicidad sepultada para siempre bajo una losa. Tras la máscara de la sonrisa, mi alma se retorció de dolor. Morir en sí para renacer en Dios, dicen los místicos. Morir en sí para renacer en el otro, dicen los amantes. Moría en el pasado para abrirme al porvenir y me preguntaba si habría un poco de amor en el corazón de Alfonso de Este obnubilado por sus fundiciones de cañones.

Tengo que reconocer que su estima y su respeto me bastaban. Corría el rumor de que nuestra unión le horrorizaba y temía su hostilidad.

La boda *ad verba* estaba pronunciada y pensaba que el cortejo ferrarés vendría a buscarme en breve. Pero no había llegado al final de mis penas. Poco después llegaron dos enviados con órdenes precisas del duque Hércules para «resolver» el asunto. Sólo entonces se hablaría del cortejo y del desarrollo de la ceremonia. Esas palabras me hicieron estremecer. ¿Qué faltaba por negociar?

Los acogí de la manera más amable ofreciéndoles permanecer en mi palacio mientras me instalaba en el Vaticano. Cada día pude asistir a las discusiones. Cada línea del contrato, cada palabra fueron sopesadas, cortadas y diseccionadas. Se firmó y contrafirmó cada condición exigida. Mi padre se enfurecía tratando al duque de chalán y tendero mezquino. Los embajadores amenazaban con marcharse. Mi corazón se azaraba y mis nervios ya no soportaban tanta ansiedad. Sentada a los pies

del trono pontificio, escuchaba atentamente y intervenía rápidamente para apaciguar el debate antes de que se envenenase. Una palabra agria, un cambio de humor, una pelea sobre una cifra y todo podía quedar anulado. Vivía atormentada por ese desenlace.

Tomando el partido de los ferrareses, me convertí en su aliada contra el Papa, al que obligaba a ceder. Me bastaba suplicarle con una sonrisa a la que no podía resistir. Quería mi felicidad, y entonces dejó de pujar como el rival al que criticaba. Se acordaron las condiciones exigidas por el duque Hércules en todo detalle. La bula de investidura para los hijos nacidos del matrimonio, la reducción del censo, la cesión de los dos castillos, sombreros para cardenales, abadías, y por supuesto la dote: cien mil ducados en numerario, cien mil ducados en joyas, muebles, telas, tapicerías de Flandes, vajilla y muchos más objetos preciosos u ornamentos.

También había las joyas de mis dos matrimonios anteriores y mi ajuar, que haría parlotear a toda la ciudad por su lujo y magnificencia. Se comentaba el precio de los cincuenta vestidos de terciopelo, brocado o satén, bordados de oro, perlas o piedras preciosas, las doscientas camisas más ligeras que una nube y ribeteadas de oro, los veinte abrigos y mantillas forrados de armiño o marta cibelina, sin contar los sombreros, los zapatos y la lencería. Como todos los Borgia, me gustaba el fasto y la elegancia y pensaba que la riqueza del traje se sumaba al prestigio. La duquesa de Ferrara tendría con qué sorprender, deslumbrar y anonadar. Pero ante todo, esperaba seducir a Alfonso de Este. Los enviados decían constantemente elogios sobre sus cualidades. Y cada día les preguntaba:

—¿Cuándo vendrán a buscarme?

Escribía a mi futuro suegro cartas afectuosas y me contestaba llamándome su abogada o su estimada hija. De Alfonso recibí una carta breve, educada y sin poesía. Los días pasaban y seguían discutiendo. Los cortejos, el número de personas de mi séquito, el itinerario. Y de repente se dejó de hablar de la boda. El duque Hércules estaba enfermo y pensé que mi hermoso sueño llegaba a su fin. Se repuso, y a su vez mi padre tuvo que guardar cama por culpa de un gran catarro y dolor de oído. Tranquilizó a todo el mundo diciendo que eso no le impediría llevar a Hércules a cazar jabalíes si estuviese en Roma. Para sí, me confió:

—No temas, Lucrecia. El viejo cuerpo aún es vigoroso. No me ha llegado la hora de dejar este mundo. Hércules no tendrá ese pretexto para aplazar indefinidamente la boda.

Es verdad que temblé de lo que me ocurriría entonces, si por desgracia... Todavía no me atrevo a pensar en ello. Dios escuchó mis plegarias y se apartó el peligro.

Pero otro lo reemplazó: se distribuyó un espantoso panfleto por la ciudad, titulado. «Carta a Savelli», un verdadero entramado de calumnias contra el Papa y César, que presentaba el Vaticano como un templo de lujuria, crímenes y rapiñas. Se describía con mucho detalle un «baile de las castañas» ofrecido por César en mi honor. Una verdadera orgía de cortesanas desnudas tomadas por sirvientes también

desnudos. En realidad se trataba de una comedia muy subida de tono al gusto de los tiempos. Empezó muy entrada la noche. Cansada de mi larga jornada de discusiones, me había retirado después de la cena que se había servido antes.

Mi padre tenía la piel curtida y se lo tomó con su calma habitual. César reaccionó con más violencia e hizo detener al que repartía el librito. Éste fue exhibido en la picota, las manos clavadas, la lengua arrancada y se encontró en las aguas del Tíber el cuerpo mutilado de su cómplice que traducía el texto para mandarlo a Venecia. La investigación nos permitió descubrir que el manifiesto salía de las oficinas del emperador Maximiliano^[3]. La alianza entre Ferrara y los Estados de la Iglesia en la cumbre de su poder le hacía temblar, al igual que Florencia y la Serenísima. Mediante este vil procedimiento, quería poner trabas al matrimonio. Pero el duque Hércules no se inmutó. Tenía en sus baúles los ducados de mi dote, contados uno a uno, y temía por igual la furia de la Santa Sede y el brazo cruel de César. Se acordaba de la ruina de los Sforza y la caída de la familia de Aragón, así que hizo preparar el cortejo que yo esperaba.

El 9 de diciembre, los tres hermanos pequeños de Alfonso, varios primos y una buena cantidad de señores de la más alta nobleza dejaron Ferrara, precedidos por trompetas y oboes. El 23 de diciembre llegaban a la Porta del Popolo donde César fue a acogerles acompañado por el embajador de Francia y una brillante cabalgata de hidalgos, guardias suizos y cardenales con sus séquitos. Estaba anocheciendo cuando entraron en la ciudad. Desde las ventanas de mi habitación vi el río de antorchas y alabardas que se movían al ritmo de las flautas y los tambores bajo un estruendo ininterrumpido de salvas de artillería. Desembocó en la plaza y detrás de César entreví a los príncipes de Este que desaparecían bajo el porche del Vaticano. El primer acto iba a representarse ante el Papa, al que debían saludar besándole la mula. El segundo acto me estaba reservado y me preparaba para salir al escenario.

Para la circunstancia, había escogido un vestido de brocado blanco con las mangas de seda bordada y un bolero de satén laminado forrado con marta cibelina, un collar de perlas del que colgaba un rubí, y en mi cabellera una redecilla de piedras preciosas. Del brazo de un viejo tío, Llançol Borgia, vestido de negro, y con el collar del Toisón de Oro, avanzaba hacia la escalera de honor y empezaba a bajar las escaleras cuando resonó en los pasillos la algazara del séquito ferrarés. Mis tres cuñados se quedaron atónitos al pie de la escalera y me contemplaron. En sus ojos desorbitados vi su sorpresa y cierta emoción que me calentó el corazón. Adivinaba sin dificultad que esa misma noche mandarían a su hermano mayor una descripción favorable que no dejaría de reconfortarlo.

A medida que me los presentaban, me inclinaba ante ellos siguiendo la moda francesa. Hipólito, el cardenal, un gigante magnífico con una larga cabellera recogida con peines de marfil; Ferrante, otro gigante de cabellos oscuros que me recordaba a Alfonso, y Segismundo, el más joven, de rostro tímido. La velada fue muy alegre al igual que todas las que la siguieron. En varias ocasiones les oí murmurar:

—No se puede sospechar nada de siniestro en ella.

—Su belleza es incontestable.

—Sus maneras graciosas aún la hacen brillar más.

Había conquistado a los tres hermanos. ¿Qué ocurriría con Alfonso?

El 30 de diciembre por la noche, en la basílica de San Pedro se desarrolló la ceremonia del *vis volo* seguida del intercambio de anillos. A pesar del frío cortante del invierno, una multitud densa se agolpaba en la plaza y las ventanas para ver el cortejo de esta boda principesca que cerraba el primer año del siglo. Uno de los más fastuosos que nunca haya visto Roma, dirían los cronistas. A la luz de las antorchas, escoltada por Ferrante y Segismundo que me llevaban de la mano, salí de Santa María con un vestido de terciopelo carmesí y brocado de oro forrado; de armiño cuya inmensa cola llevaban niños. Tras ellos seguían mis damas de honor, cincuenta nobles damas romanas, los brazos cargados de mirto, y cien pajes vestidos con tela de oro que sostenían el doble estandarte Este-Borgia. Al son de las trompas y las trompetas entré en la basílica donde el coro entonó un motete nupcial. En la sala Paulina estaban el Papa, rodeado de sus cardenales, y César, además de representantes de los Estados italianos y embajadores extranjeros. Tras la homilía, el cardenal de Adria pronunció la fórmula:

—Ilustre dama Lucrecia, el ilustre don Alfonso os envía por voluntad propia esta alianza, que os ofrezco en nombre suyo.

—La acepto con toda mi voluntad.

Ferrante cogió el anillo y me lo puso en el dedo. El cardenal Hipólito avanzó y me ofreció el regalo de Alfonso, cuatro sortijas que llevaban cada una piedra espléndida: un diamante, un rubí, una esmeralda y una turquesa. Después depositó ante mí el cesto de bodas que contenía las joyas de la familia de los Este y las de Eleonora de Aragón: dos cofias en forma de gorro, engalanadas con diamantes, rubíes y perlas, cuatro collares de piedras preciosas, ocho cadenas de oro y otras joyas. Todo tenía un gran valor y di las gracias apreciando el trabajo de los ornamentos. Todo el mundo se dirigió hacia la sala del Loro donde se celebraron las festividades habituales, al igual que para mis otras bodas, pero esta vez no hubo noche de bodas. La esposa se encontraba muy sola y se preguntaba en qué pensaba el esposo en ese momento. Estaba impaciente por conocerle, y al mismo tiempo temía que no pudiésemos entendernos. No había recibido de él el menor signo de impaciencia.

El 6 de enero de 1502, el cortejo se puso en marcha bajo los copos de nieve. Más de mil personas me acompañaban en ese largo periplo que iba a durar tres semanas. Después de una última entrevista a solas con mi padre que me estrechó entre sus brazos, con los ojos llenos de lágrimas, bajé las escaleras de San Pedro envuelta en un abrigo de viaje color carmesí y forrado de marta cibelina, al son de los címbalos y los tambores de la guardia. Me arrodillé bajo la logia para recibir una última bendición.

—Partid en paz —dijo el Papa con su voz fuerte que nunca volvería a oír—. Para vos, en Ferrara, haré mucho más que cuando estabais en Roma.

Treinta trompetas marcaron la salida, un paje me ayudó a montarme en la silla sobre una hacanea blanca enjaezada de oro, y salí de Roma en los torbellinos acolchados que ensordecían el crepitar de los cascos herrados sobre los adoquines de la vía Flaminiana. La ciudad desapareció tras los velos opacos. Le daba la espalda para siempre. Guardaría mis ilusiones, mis lágrimas y mis secretos. Tras las murallas, dejaba una parte de mi corazón. A todos los que Lucrecia Borgia, condesa de Pesaro y luego duquesa de Bisceglie, había amado.

La duquesa de Ferrara se iba con gran ceremonial hacia su nuevo reino, hacia un nuevo destino que había escogido «por voluntad propia».

Capítulo XII

La interminable fila de carros con una veladura de bruma corría por la llanura immaculada. Transportaban la dote, el ajuar, los criados, las camareras, los sirvientes y los bufones. Tras ellos iba la escolta ferraresa y los doscientos caballeros de colores pontificios encargados de mi seguridad. César y el cardenal Hipólito cabalgaban a mi lado. Un importante número de damas de honor me seguía. Entre ellas estaban mis primas Ángela y Jerónima Borgia, así como la tía Adriana que una vez más regentaba mi casa. El Papa me la había asignado como señora de compañía y consejera, en virtud de su experiencia del mundo y de su habilidad para desmadejar las intrigas. Esa presencia familiar suavizaba mucho la emoción del adiós y el dolor de la separación. Había abrazado a mi madre que me había asegurado rezar por mi felicidad y me había recogido ante la tumba de Alfonso implorando su perdón. Obligada, partía sin Rodrigo.

Apenas tenía dos años, y me habían impuesto dejarle en Roma. Los Este no querían verle. Decían que le haría sombra a la progenitura que vendría, y añadieron que este nieto de rey podría representar un peligro para el ducado si algún día llegaba a reunir partidarios. Ningún argumento había hecho ceder la intransigencia del duque Hércules y había tenido que inclinarme ante la razón de Estado que desgarraba mi corazón de madre. Para convertirme en la duquesa de Ferrara, sacrificaba al hijo de Alfonso, al igual que había renunciado al bebé de Pedro Caldès para casarme con el duque de Bisceglie. Extraña repetición del destino que me arrancaba el fruto de un amor. ¿Acaso no era la maldición que volvía a recaer sobre mí?

Sin embargo, durante mi viudez había encontrado al bebé clandestino y mi padre lo había legitimado tres meses antes mediante un proceso que le aseguraba ventajas de sucesión, pero preservando mi reputación. Una primera bula establecía que el infante romano Jean Borgia era el hijo de César y de una *mulier soluta*^[1]. Una segunda bula afirmaba que en realidad era hijo del Papa y le confirmaba todos los derechos de heredar de César o yo, de los cuales se convertía oficialmente en hermano pequeño. Había encerrado en una arquilla los preciosos pergaminos que otorgaban a mi hijo secreto un nombre y un rango.

Poco después convoqué al notario para consignar el reparto de mis posesiones romanas entre mis dos hijos: el ducado de Nepi para el pequeño Jean que ya tenía cuatro años, y el ducado de Sermoneta para Rodrigo. El rostro trastornado de mi querubín se me apareció en las cortinas de nieve y retuve un sollozo. Estaba entre buenas manos en el Vaticano, con su abuelo, que me había prometido enviármelo pronto.

—Cuidaré de él pensando en ti —decía en su último abrazo—. *Si Dios quiere*, lo

acompañaré.

Esa esperanza me había devuelto la sonrisa y me reconfortaba en estas horas envueltas en la melancolía. No desconocía la ruta. La ruta del norte que había seguido siete años antes para ir a casa de mi primer marido. Más tarde también con Alfonso, cuando regresaba de Nepi y me dirigía a nuestro palacio para traer al mundo a nuestro Rodrigo. Eran tristes recuerdos que temía reencontrar. Pero el viento se llevó las nubes y el sol hizo brillar la nieve extendida en la llanura. Lo vi como una señal de buen augurio y recuperé un poco de alegría entre César e Hipólito, que declamaban versos como un diálogo imaginario entre sus poetas preferidos: Virgilio, Petrarca y Serafino de Aquilano. El juego consistía en reconocerlos.

Al caer la noche, el duque de Valentinois nos dejó para regresar al Vaticano. Me saludó siguiendo las reglas del protocolo y añadió en español:

—No temas, *hermanita*, todo irá bien. Alfonso es un gran hombre que fabrica buenas armas. Lo necesitaré y velaré por ti. ¡Por la gloria de los Borgias!

Preocupado por mi entretenimiento durante el viaje, había contratado a una tropa de comediantes y músicos. Les repitió sus recomendaciones y dio órdenes precisas a los caballeros de la guardia antes de lanzarse al galope hacia las brumas del pasado. A pesar de todos mis resentimientos, se me oprimió el corazón. Es verdad que era libre, y que me sentía aliviada de una dominación, pero en mi interior vibraba el afecto de la infancia durante la cual había aprendido que toda mujer debe someterse a los hombres de la familia. César era el hermano mayor que me dominaba con su fuerza y su misterio, y al que seguía amando a pesar de odiarlo al mismo tiempo por todo el dolor que me había infligido su ambición y su crueldad.

—Lo hecho, hecho está —decía mi padre.

—La rueda gira —decía mi madre.

Al final del largo camino, arriba hacia el norte estaba Ferrara, la corte mágica donde me esperaban mil esplendores, donde me esperaba otra familia sobre la que seguía informándome todavía para captar mejor el carácter de los dos hombres que a partir de ahora iban a regir mi vida: mi suegro y mi marido.

—El duque es un apasionado de la música y el teatro —me decía el consejero ferrarés—. Don Alfonso, más rudo, prefiere la caza, los viajes, su fundición y no por ello deja de tocar excelentemente la viola. Al igual que todos los Este, es un amante de la belleza.

Ahora bien, la historia de sus antepasados era un largo seguido de horrores y lo que me quedó en mente me llenó de inquietudes. Había leído la *Divina comedia* y observado que Dante había hundido a dos de ellos en el «foso hirviente» del Infierno. Desde el siglo XII los Este eran los señores de Ferrara y cada generación había visto a un hijo estrangular al padre en su cama para tomar el poder. Alberto, el abuelo del duque Hércules, había estrangulado a su sobrino y a su propia madre acusándoles de haber complotado contra él. Nicolás III, padre de Hércules, había hecho decapitar a su hijo heredero Ugo y a su propia esposa Parisina Malatesta por el simple motivo de

que eran amantes.

—Era de Rímini —detalló el enviado ferrarés que me instruía—. Como la bella Francesca que leía con Paolo la leyenda de Lancelot.

Lionello y luego su hermano Borso, aunque fuesen hijos ilegítimos, habían sucedido a Nicolás. El segundo había sido el primer duque de Ferrara. Había hecho reinar la justicia, la paz, el amor por las artes y el espíritu de humanidad. Protector y animador de los estudios y las ciencias, había hecho construir bibliotecas, hospitales y renovado la famosa Universidad. Cuando murió, Hércules, hijo legítimo del primer lecho de Nicolás, había restaurado la tradición sanguinaria de los Este. Cuando su sobrino, hijo de Lionello, había querido destituirlo, lo había hecho decapitar y los doscientos partidarios del complot habían sido colgados de las ventanas del castillo.

Este riquísimo *condottiere* había sabido hacer prosperar hábilmente sus Estados, y ahora Ferrara era con Milán y Venecia una de las tres ciudades más pobladas de Italia. Eleonora de Aragón, muerta en 1493, le había dado seis hijos. Alfonso era el primero de los cuatro chicos nacidos después de las dos chicas: Isabel, marquesa de Mantua, y Beatriz, esposa difunta de Ludovico el Moro. Dos hijos ilegítimos completaban la numerosa prole de este suegro implacable en los negocios, que disimulaba su crueldad bajo la máscara del humanismo y se inclinaba hacia la piedad al envejecer. Me preguntaba si era por él que Savonarola había escrito:

Feliz a partir de ahora el que vive de rapiña
y que se alimenta de la sangre de los otros.

La familia Este no valía mucho más que César, cuya violencia estaba lejos de igualar la ferocidad del rey Fernando de Aragón, que hacía disecar a sus víctimas decapitadas, o el cinismo de Ludovico Sforza, que había envenenado a su sobrino Gian Galeazzo, duque legítimo, para usurpar la corona y el trono de Milán. Su política ignoraba la moral y el sentimiento.

Me reconfortaba pensar que no tendría suegra. Sin embargo me quedaba una cuñada temible que estaba enrabiada por esta boda y me hacía espiar, en busca del menor desliz para aplastarme con su superioridad a falta de poder abatirme. Nuestro encuentro estaba previsto antes de mi entrada en Ferrara, y me preguntaba cuál era el poder de su influencia sobre el hermano con el que me había casado. Tenía tiempo para meditar sobre la mejor manera de desarmarla.

El camino estaba lleno de baches y agujeros y el cortejo avanzaba lentamente. Hacía frío y nos deteníamos a menudo para cambiar las monturas, y en cuanto caía la noche hacíamos alto en una población que nos acogía con sus discursos y banderas, arcos de triunfo, bailes y festines. Como princesa cumplidora, olvidaba el cansancio y los dolores de cabeza para sonreír, encontrar la palabra adecuada y bailar con distinción. Cada noche, en una casa desconocida, se repetía el ritual. Cerca de una chimenea me libraba a las manos de mis sirvientas que me cuidaban el rostro y me

cambiaban de vestido, y después confiaba mi cabellera a mi guapa negrita que poseía el secreto de su opulencia y brillo. El encanto, la elegancia, la dulzura de la mirada, la gracia del gesto y la modestia de la sonrisa eran mis armas, las de una mujer que quería aparecer bajo su mejor aspecto. Allí adonde iba, tenía empeño en probar sin ostentación que no era «el monstruo» anunciado por las inmundas calumnias. Los entusiasmos y las aclamaciones que suscitaba me animaban a perseverar. Si bien es cierto que las mímicas de mis bufones me ayudaban a conseguir una parte del éxito.

Cada día nos volvíamos a marchar al alba, y cada noche cumplía con la etiqueta ante un público anonadado y cálido. Las etapas se seguían en el orden establecido por el Santo Padre. Narni, Terni, Spoleto, donde el recuerdo de Alfonso fue tan fuerte que comí sola en mi habitación de gobernador antes de dormir en la cama de nuestro reencuentro. En cuanto amaneció ya estábamos de camino a Foligno y volví a ver las aguas sagradas del Cliturnio emblanquecidas por la escarcha que sepultaba los recuerdos en el frío de la eternidad.

La etapa siguiente me reservaba un baile que abrí con mi joven cuñado Ferrante, con un vestido de terciopelo negro y un gorro de oro que se confundía con mi cabellera. Mis enanos revoloteaban a nuestro alrededor y hacían reír a la compañía. Conservar del pasado sólo lo que tiene de sabroso, me decía a mí misma, y la melancolía desaparecía de mis pensamientos.

Nos acercábamos a Urbino, donde debía encontrarme con una de las más grandes damas de Italia, cuya inteligencia y superioridad moral eran citadas como ejemplo en las cortes más famosas. Estaba tan impresionada como inquieta de encontrarme en compañía de la duquesa Elisabeth, que era una Gonzague, hermana del marqués de Mantua y cuñada de Isabel de Este; hermana también de Magdalena, muerta al alumbrar tras su boda con Giovanni Sforza. Ella se había casado con Guidobaldo de Montefeltre, al que mi padre había maltratado tras el retiro de Carlos VIII.

—Injustamente —me había dicho rogándome arreglar las cosas.

No estaba cómoda al acercar mi mula a la suya, pero tras nuestro primero abrazo sentí que podríamos entendernos y que la amistad nos uniría. Un destello de bondad animaba su mirada y me percaté de la sobriedad refinada de su elegancia. Los jardines de Urbino me encantaron, el castillo de hechizo con sus innumerables obras de arte y su armonía. Descansé allí durante dos días, saboreando un placer infinito de conocer mejor a esa pareja excepcional que había sublimado el sufrimiento y resplandecía de amor. Ambos me habían abierto sus brazos y su casa donde reinaba tanta alegría y simplicidad que sus amigos la habían apodado «la posada de la alegría».

Esa parada me sirvió de ejemplo y su recuerdo me ha influenciado cuando luego he querido rivalizar al convertirme, a mi vez, en la dama de Ferrara. Pero por ahora sobre todo soñaba en un Alfonso tan amador, delicado y atento como el sorprendente Guidobaldo. El pobre duque padecía una fuerte crisis de gota y la duquesa de Urbino, invitada a las festividades de la boda, me honró con su compañía durante el resto del

viaje. La invité a mi litera «al estilo francés», un pequeño salón rodante forrado de brocado de oro y seda púrpura, engalanado con sofás confortables y alfombras que amortiguaban los traqueteos y el frío. Cómodamente echadas, platicábamos sobre música y poesía, evitando todo lo que tenía que ver con la política y nuestras familias. El tiempo pasaba volando, borrando los años que nos separaban, y la amistad se construía sobre la base de una estima recíproca.

Al llegar a Pesaro, me oprimió una gran emoción. De allí habían salido las acusaciones infames de Giovanni. La ilustrísima duquesa las conocía y me observaba. La dignidad me imponía mostrar un rostro alegre y sonreír a los niños vestidos con los colores de César que nos saludaban. Estábamos en las tierras de mi hermano, pero me sentí bastante mal en el gran castillo lúgubre y desnudo y no pude dormir en toda la noche.

A partir del día siguiente todo cambió. Descubría paisajes desconocidos y mi corazón se regocijaba. Ferrara estaba cerca y me moría de impaciencia de conocer por fin a Alfonso de Este. Para seducirlo, cada día me preparaba, dándole más cuidados a mi rostro y mi cabello. En cada parada sacaba un nuevo vestido y nuevas joyas, mirando su efecto en mis allegados. Vivía en la excitación del encuentro cuando un rumor me llenó de espanto. Estábamos en Rímimi, en pleno baile, cuando Ferrante me dijo en un tono bromista:

—El príncipe Caracciolo merodea alrededor de la ciudad. Se dice que amenaza con secuestrarnos. César le ha robado a su prometida, y quiere vengarse.

El pánico se apoderó de mí. Me veía cautiva, como Julia. La humillación, la vergüenza, la ignominia. Me imaginaba ultrajada y violada. El terror me volvía loca. Me ajetreaba, convocaba a los responsables de la escolta, al gobernador. Enviaron patrullas y dieron el toque de alarma. Toda la ciudad cogió las armas, pero por la mañana no habían encontrado nada. Proseguí el viaje, tranquilizada. Mil soldados de infantería y ciento cincuenta caballeros reforzaban la escolta del cortejo. Estaba bien protegida.

Forli, Faenza, Imola, donde me detuve un día entero. Estaba molida, destrozada, mis facciones se hundían y mis nervios, demasiado tensos, amenazaban con desatarse. ¿Era el cansancio o la ansiedad del primer contacto a solas? Llegábamos al final del largo periplo. Tras los fastos de Bolonia, abandoné el convoy que prosiguió la ruta hasta Ferrara. El señor Bentivoglio me ofrecía su casa en el canal y cogí el barco para pasar la noche antes de enfrentarme a la ceremonia de las presentaciones. Al día siguiente, en efecto, debía encontrarme con Isabel de Este, el duque Hércules y el enigmático Alfonso cuyo silencio me preocupaba.

El chapoteo del agua hizo desaparecer mis preocupaciones. «Casa de la felicidad» era el nombre de la villa ornamentada con frescos y guirnaldas de flores. Por las paredes corría un lema que habría podido adoptar: «Por amor, consiento a sufrirlo todo». En compañía de algunas damas pude descansar delante de una gran chimenea bebiendo «vino caliente» que me llenó de languidez. Envuelta en una hopalanda de

seda forrada, me abandoné entre las manos de mis sirvientas que me hicieron un masaje en el rostro con sus ungüentos mágicos y me lavaron la cabeza. De espaldas a la chimenea para dejarlos secar, estaba casi dormida en el sillón escuchando las chácharas de mis primas sobre los chismes del último baile, cuando se oyeron ruidos de pasos y empujones en los pasillos. La puerta se abrió bruscamente y aparecieron dos hombres de gran estatura, vestidos de campesinos. Uno de ellos se dirigía directamente hacia mí. Mis damas me rodearon. Aterrorizada, imaginaba lo peor, cuando se quitó el gorro y dijo:

—Soy yo, Alfonso.

Di un grito de sorpresa y alivio. La emoción me devolvió los colores e hizo latir mi corazón. Se inclinó sobre mi mano que rozó con los labios y se levantó para ordenar de una voz fuerte a mis allegados:

—Déjenos, se lo ruego. He venido a ver a mi esposa.

Lo era en título, puesto que llevaba su anillo. Me recorrió un escalofrío. Me adulaba su impaciencia. Parecía intimidado, pero tenía un modo de escudriñarme como un conocedor que me trastornaba. En sus ojos bailaba una llama que despertaba mis sentidos dormidos desde hacía demasiado tiempo.

—Os he asustado —dijo poniendo la rodilla en el suelo—. Perdonadme. He oído tantas cosas sobre vos. Las más edificantes y las más viles. ¿Qué mejor opinión que la mía propia? He recorrido veinte millas con este disfraz para sorprenderos.

—¡Vaya! —dije riendo—. Me veis al natural, sin arreglar, con el pelo mojado, y temo decepcionaros, ilustre señor.

No era así, en efecto, como había pensado seducirlo. Esta intrusión en mi intimidad me desamparaba, pero me percaté de su emoción y alivio al descubrir que no era «la horrible Borgia envejecida por el vicio», descrita por sus familiares. Me gustaba su rostro. Le acaricié los contornos, los ojos, los labios e incliné la frente hacia la suya. Me gustaba el olor de la barba, la piel un poco rugosa y los anchos hombros en los cuales me refugiaría cuando me cogiera en brazos. Me moría de ganas de que lo hiciese. Sus manos me rozaron el pelo, el cuello, el pecho. Se levantó, me levantó en brazos y me llevó hasta la cama.

—Ésta es la razón por la que he venido —susurró—. Una buena esposa tiene que ser capaz de satisfacer a su marido cada noche.

Me tomó con vigor, y no me desagradó. A pesar de no tener las voluptuosidades sutiles de Alfonso, era más «*carnale*» que Giovanni. Estaba dispuesta a darle los herederos que deseaba y esperaba que con el tiempo aprendería a ser más galán.

—Hasta mañana —me dijo antes de retirarse—. Los habitantes de Ferrara van a admirar vuestro encanto y vuestra belleza.

Me dormí más alegre que otras noches. Alfonso no me era hostil. Se había marchado tranquilizado, más afable y sonriente. A partir de ahora sabía que podíamos entendernos y que no se avergonzaría de mí. Yo sabía, por mi parte, que ya no escucharía las palabras antipáticas sobre mi persona. Mi encuentro con Isabel ya no

me parecía tan temible, aunque a sus ojos seguía siendo la bastarda de Su Santidad, la odiosa advenediza que arrastraba tras de sí los baúles de san Pedro. Durante este largo viaje había aprendido que la dulzura y la sencillez eran armas poderosas a las que nadie se resistía.

En las brumas del amanecer, la marquesa de Mantua me esperaba a orillas del Malabergo. Para enfrentarme a su elegancia, había escogido un vestido de oro bordado de carmesí con mangas al estilo español, un abrigo de terciopelo púrpura forrado de marta cibelina que apenas se distinguía bajo el velo de mi larga cabellera tocada con un gorro de oro, y como única joya, un collar de perlas con rubíes y una perla de colgante. Su barco se acercó al mío y colocaron la pasarela entre los dos. Entonces descubrí la belleza altiva de mi cuñada, con vestido de terciopelo verde engalanado con bellotas de oro y un abrigo de terciopelo negro forrado de lince, y exhibiendo una profusión de diamantes. De una mirada fui calibrada, sopesada y evaluada. Fortalecida por su nombre, su corte y su reputación, me aplastaba con su imponente majestad. Mi enclenque silueta no daba la talla para eclipsarla. Ahora bien, estaba sobre aviso y no me fiaba de sus celos que se disimulaban tras una aparente alegría. Para darme la bienvenida me abrazó con fuerza mientras me explicaba:

—El ilustre François de Gonzague, mi muy honrado esposo, me ha rogado que le dé la bienvenida a Vuestra Señoría. Un molesto contratiempo lo retiene.

Por educación o cortesía, no añadió nada más. Yo conocía el verdadero motivo de esa ausencia que era preferible no precisar. El marqués había recibido la orden de vigilar a su invitado, el indeseable Giovanni que amenazaba con venir a sembrar la discordia en las ceremonias. ¡Un pasado terrible que no cesaba de perseguirme!

Un rayo de sol atravesó las nubes. Entre las dos duquesas más famosas de Italia, acostaba a Torre della Fossa, unión del canal con el río Po. Banderas flotaban en la orilla. Las de los Este, los Borgia, Urbino y Mantua. En medio de una multitud de dignatarios, rodeados por arqueros con los colores de Ferrara, se encontraban mi suegro y mi marido.

Me precipité hacia el duque Hércules, me incliné en una profunda reverencia y le besé la mano siguiendo la etiqueta pontificia. Me levantó inmediatamente y me besó paternalmente antes de inclinarse con galantería. Alfonso me miró y me saludó con un movimiento de cabeza un poco seco, sin decir una palabra y siquiera sonreír. ¿Acaso el protocolo le imponía tanta frialdad? La gente del norte me parecía muy rara y me puse a su ritmo dominando mi decepción.

A bordo del *Bucentauro*, forrado de tela de oro, bajamos el río hasta Borgo de San Luca, donde desembarqué en un estruendo de trompetas, salvas y cañonazos. Entonces entendí que me había preocupado en vano. Alfonso por fin me saludaba respetuosamente mediante la voz de su potente artillería. En la orilla se alineaban los regalos del duque Hércules: cinco carrozas doradas y tres literas forradas de púrpura para mis paseos en compañía de las damas. Me instalé en ellas inmediatamente con

todo mi séquito y me llevaron al castillo de Belfiore donde pasé mi última noche de «novia» antes de mi entrada solemne en la ciudad.

Estaba en el umbral de un nuevo destino. Un divorcio me había humillado, un luto me había mutilado, pero aún no había cumplido veintidós años y me enfrentaba a esta nueva página de mi existencia con el corazón rebosando de fe y esperanza.

El día siguiente, el 2 de febrero, era el día de la Purificación. A la Madona le ofrecía esta tercera unión.

Capítulo XIII



Al duque Hércules le gustaba el teatro. Mi entrada en Ferrara fue orquestada como el espectáculo más deslumbrante que jamás haya ofrecido a sus súbditos y a los numerosos invitados, venidos de todas las cortes de la península. Una suntuosa cabalgata escoltaba a Alfonso cuando llegó a la corte de honor de Belfiore. El esposo venía a buscar a la esposa para conducirla a su morada.

Tenía muy buena prestancia, vestido según la moda francesa con un jubón de terciopelo gris cubierto de escamas de oro y una boina de terciopelo negro engalanada con plumas blancas. Me saludó muy galantemente y noté en su mirada un destello de sorpresa mezclado con satisfacción cuando aparecí con mi vestido de oro con largas rayas de terciopelo *morela* y mangas al estilo francés, bajo un abrigo de oro brocado, forrado de armiño. Se percató de que alrededor del cuello llevaba el collar de diamantes y rubíes de su madre. En mi cabellera destellaba el gorro de piedras preciosas depositado en la cesta de bodas. Como lo requería la tradición, llevaba las joyas de los Este que me acogían en su familia como genitora de sus herederos.

Hicieron avanzar un caballo gris tordo, cubierto de terciopelo carmesí bordado de oro, regalo del ilustre duque a su nuera, y me ayudaron a subirme en la silla. El cortejo se puso en marcha, a la cabeza los arqueros, seguidos por las trompetas y los flautistas; los oficiales y los hidalgos de la corte ducal precedían a Alfonso y a sus escuderos vestidos de púrpura y oro. Me situé tras toda esta gente, escoltada por mis hidalgos españoles con terciopelo negro realzado con cadenas de oro, seis obispos y los representantes de las potencias extranjeras. El del rey de Francia, padrino de la boda, cabalgaba a mi lado. El duque Hércules y la duquesa de Urbino con un abrigo negro bordado de oro me seguían, así como la cohorte de damas y la larga fila de ochenta y seis carros que transportaban mi guardarropa y objetos preciosos.

Al estruendo de las bandas militares respondían las salvas y las bombardas. En medio de la llanura se alzaba Ferrara y las cuatro torres cuadradas del Viejo Palacio que se recortaban en el cielo. Sobre las murallas despuntaban los cañones de Alfonso que hacían tanto ruido que mi caballo se encabritó. Conservé la sangre fría y me dejé deslizar por la grupa, y caí riendo en los brazos de mi suegro, que acudió a rescatarme.

—Es una bestia viciosa —murmuró—. Mi ilustre hija la ha escogido sin querer escucharme. Gracias a Dios, tenéis energía y experiencia.

¿Acaso Isabel había querido perjudicarme? Estaba muy decidida a resistirme a ella. Me trajeron una mula más dócil y entré en Ferrara bajo un palio de brocado con franjas de oro, llevado por los doctores de la Universidad. Fui aclamada y ovacionada a lo largo del recorrido por las calles. Miles de manos agitaban flores y banderillas,

arcos de triunfo ornamentaban los cruces y me detenía allí para escuchar los epitalamios y los cumplidos. Alababan sin cesar mi gracia, elegancia y belleza. Era la reina de la fiesta, la diosa cuya llegada auguraba tiempos mejores. Era la hija del Papa, del cual esperaban mil favores. Me adulaban, casi me santificaban. Y debo confesar que todos esos vivas me embriagaban de vanidad, pero la disimulaba. La duquesa de Ferrara no era una aventurera y sonreía con la modestia de rigor.

La noche caía cuando el cortejo llegó ante el palacio. Al lado de Alfonso pasé el umbral y subí la escalera de mármol. Isabel me dio la bienvenida con una efusión demasiado viva para ser sincera y nos guió hacia los salones de recepción donde se agolpaba una multitud de dignatarios, príncipes y nobles damas. Bajo un baldaquín habían instalado los asientos de los recién casados. Pronunciaron más discursos en nuestro honor, y me presentaron a las élites de la ciudad, los poetas y los filósofos que cantaron mis alabanzas. Sus nombres resonaban en un zumbido y la cabeza me daba vueltas. Estaba cansada de todo eso y mi sonrisa se petrificaba. El sonar de una trompeta puso fin al suplicio. Había llegado el momento de conducirnos a nuestros apartamentos. El duque Hércules encabezó la procesión y se detuvo ante la puerta inclinándose con discreción. Ante la cara de Isabel y sus hermanos decepcionados, Alfonso cerró la puerta.

—Debo obedecer a Su Santidad —dijo cogiéndome en brazos—. «Dormir con Lucrecia». Estaría loco si me privase de ello. La otra noche me diste placer y estoy impaciente por volver a empezar.

Nuestro primer encuentro en la «casa de la felicidad» me había dado una pequeña muestra de las prestancias de mi esposo. Tenía apetito y «consumaba» con vigor. Me dormí apoyada en su hombro, colmada por su gozo. Nuestros cuerpos se entendían, pero nuestros corazones guardaban la distancia. Me preguntaba si llegarían a reunirse algún día. Eso esperaba.

¡Qué despecho, a la mañana siguiente, al encontrarme sola en la cama, frustrada de todas las voluptuosidades que había imaginado para seducir a Alfonso desde el despertar con juegos más refinados! Así ocurriría cada día. Mi esposo se levantaba pronto. Y su hermana hacía lo mismo. Se hizo anunciar y sospeché que quería gastarme una de las bromas habituales tras la noche de bodas. No estaba de humor para permitirle mofarse de mí:

—Cerrad las puertas y corred los pestillos —exclamé—. No saldré de mi habitación antes del mediodía.

—Cometes un error —dijo Adriana—. La marquesa de Mantua se vengará por esta ofensa. Has despedido a las damas ferraresas que había elegido para tu servicio. Y ahora te niegas a recibirla. Vas demasiado lejos.

—No estoy a su disposición. Viviré como a mí me parezca. Aunque no le plazca a mi ilustre cuñada, quiero que se me respete.

—Apruebo tu decisión —dijo Ángela—. No deja pasar ocasión para denigrar lo que haces o lo que llevas. Has seducido a todos los hombres de esta corte y las damas

se mueren de envidia.

—El duque está encantado con tu éxito —añadió Jerónima—. Tu marido no muestra nada, pero no por ello deja de pensar lo mismo.

Con una palabra puse fin a las habladurías y pedí que pusieran agua a calentar en el baño turco para el baño con esencias perfumadas. Era de naturaleza lasciva y me encantaba holgazanear por la mañana en compañía de mis damas y primas. Tomarme el tiempo de estirarme en el agua de ámbar que me doraba la piel, estremecerme bajo la caricia del jabón, sentir en la nuca las suaves manos de mi negrita que me llenaban de languidez, picar fruta o golosinas, probarme vestidos y jugar con los collares. Así pasaba las mañanas cuando estaba en Roma y no veía razón alguna para cambiar mis costumbres.

Las festividades de la boda prosiguieron durante una semana. Teatro, festines, bailes, torneos y distribución de regalos... El duque Hércules había establecido el programa minucioso, y cada noche debía aparecer, brillar, sorprender a la multitud de invitados que se agolpaba en los salones esperando mi entrada como preámbulo a los entretenimientos. Entonces ¿cómo iba a estar fresca, alegre, alerta y ser espontánea y divertida si me agitaba al salir de la cama al amanecer? Sin olvidar que Alfonso me entretenía durante gran parte de la noche.

De paradas en ceremonias conservé mi rango con dignidad y me acostumbraba a los dos rostros de mi marido, indiferente durante el día y ardiente tras las cortinas. Quería un heredero y se dedicaba tan a fondo que no dudaba en poder anunciarle dentro de poco la buena noticia. Se lo había explicado por carta a mi padre que ya prometía recompensas. Se alegraba de las asiduidades de su yerno y de los fastos desplegados en mi honor por el duque Hércules. Al sufrimiento de ya no tenerme a su lado lo compensaba la satisfacción de saber que yo era feliz.

Y de repente todo cambió. A finales de febrero los invitados se marcharon de Ferrara e Isabel regresó a Mantua simulando una lagrimita además de sus abrazos. El nuevo bonito palacio de Hércules se vació de las alfombras y colgaduras caras que se enrollaron en baúles hasta la próxima ceremonia, y tuve que cambiar de apartamentos. Los de la boda estaban reservados a los huéspedes de categoría. Me llevaron al Castel Vecchio, la fortaleza rojiza flanqueada por sus cuatro torres, rodeada de fosos donde se hacinaba un agua verdosa que haría nacer miles de mosquitos en el calor del verano. El castillo Saint-Ange tenía mejor aspecto que esta horrible prisión. En el primer piso, al final de un pasillo, estaban lo que llamaban «*i camerini del poggiuolo*», las pequeñas habitaciones del balcón, mi nueva residencia. Me detuve en el umbral, anonadada. Todo estaba oscuro y deteriorado. Había algunos muebles bonitos, es verdad, pero no escondían los techos enmohecidos, las paredes con colgaduras empolilladas y los suelos resquebrajados.

Ángela y Jerónima gritaron de horror. Adriana fulminó con sus palabras:

—El estado de este sitio dice mucho sobre los Este. Estamos en el corazón de su verdad. Se gastan a mansalva para deslumbrar, pero viven como ratas, con el peligro

de reventar. Tu salud no lo resistirá, Lucrecia. No puedes aceptarlo.

—Sí —contesté—. Vamos a divertirnos. Hay que hacer reformas, cambiarlo todo. Convocad a pintores y carpinteros. Lo que traigo de Roma convertirá este tugurio en un hogar más decente.

Un nuevo decorado se formaba en mi mente y daba vueltas tarareando. Imaginaba la sorpresa de Alfonso y mi suegro. Este se anunció con el ruido de sus pasos al fondo del pasillo. Venía a verme, preocupado por saber si apreciaba lo que me había preparado.

—Con color y muebles nuevos, será perfecto —le dije amablemente.

Se crispó y su rostro se endureció. Con una voz cortante, declaró:

—La boda me ha costado cara y ya no tengo dinero para vuestras fantasías. Además, he decidido despedir a los caballeros de vuestra escolta y a los hidalgos españoles de vuestro séquito. Cuatrocientas personas en total que ya no quiero alimentar y que no os sirven para nada. Partirán al alba.

Su ojo acerado me observaba. Ni me inmuté. Recuperando su cortesía y el tono afable de los últimos días, añadió:

—¿Me concederéis el honor de venir a cazar en nuestra compañía? Os espero mañana en Belfiore.

Tenía el poder y la autoridad. Era inútil resistir. No era el tipo de hombre al que se vencía de frente. Me quedaba una esperanza, el apoyo de Alfonso. Pero me esquivó contestando con sequedad:

—Me molestáis. Solventad los problemas con el duque. ¡Es él quien manda!

Me sentí muy lejos del Vaticano y echaba de menos al padre demasiado cariñoso que no me había negado nada, ofreciéndome lo mejor que existía. Para su querida hija, había gastado sin contar, enseñándome a rodearme de belleza y a vivir en el bienestar en medio del fasto y la pompa. Con el corazón en un puño, me despedí de todos los que me habían servido con fidelidad y que volvían a emprender la ruta del sur, mientras me dirigía hacia los bosques de Belfiore donde el señor soberano se dedicaba a sus placeres preferidos: la caza de la garza con halcones adiestrados y la caza de la liebre con leopardos. Hoy se había decantado por el zorro y sus criados sacaron a la jauría de la perrera. Cerca de un bosquejo a cubierto, me dijo algunas palabras amables antes de atestarme otro golpe: romanas o españolas, mis damas debían regresar a Roma tras las fiestas de Pascua.

—Debéis tener bastante con las ferraresas —me dijo—. Las he escogido cuidadosamente.

Isabel no era ajena a esta cruel decisión. Me hacían el vacío para aislarme, debilitarme y controlarme. Se me desgarraba el corazón, pero una vez más me inclinaba. Al llegar a la fortaleza, había establecido un plan: una lucha dulce sería más provechosa. Disimular mis rencores, doblegarme con la sonrisa y seguir en la sombra una lucha insidiosa. Aceptaba la lista establecida por el duque añadiendo el nombre de las personas de mi séquito que quería conservar. Sin esperar una respuesta,

hice llamar a las ferraresas y las recibí con amabilidad, invitando a mi mesa a la nueva ama de llaves, Teodora. Mantenía una correspondencia secreta con Mantua y le hablaba de mi cuñada en términos muy elogiosos.

—Adulaciones, siempre adulaciones —me decía Adriana—. Así se consigue lo que se quiere de la gente.

La paz parecía haber vuelto y me dispuse a poner un poco de orden en el castillo a la deriva donde se codeaban el lujo y una suciedad asquerosa. Los criados, mal dirigidos y mal pagados, no hacían bien su trabajo. Los pasillos y las escaleras de mármol estaban cubiertos de polvo, de desechos e incluso de excrementos. Las bodegas estaban abarrotadas de toneles vacíos y copas rotas, las cocinas invadidas por los ratones, los armarios llenos de sábanas agujereadas y ropa nunca lavada. Hasta los pajes llevaban camisas rotas bajo sus túnicas de terciopelo y seda. No fue fácil sacudir la inercia de los criados, pero en pocos días el palacio estaba limpio, rejuvenecido, y renové mis apartamentos con telas claras y artesonados con marqueterías, cortinas de brocado, cortinas, alfombras orientales y tapicerías de Flandes. Sábanas de seda sobre la cama de columnas, el baño turco con una bañera de bronce y una fuente de mármol, y la habitación de Alfonso decorada con sus cuadros de caza preferidos. Los salones forrados con cuero de Córdoba, con una chimenea rodeada de sillas y una mesa cubierta con una colgadura en la que estaban dispuestas piezas de orfebrería. Desvalijé las tiendas de la ciudad, comprando todo lo que me gustaba, incapaz de resistir a las mil tentaciones que se presentaban.

Entonces mi suegro vino a explicarme que gastaba demasiado. Me pidió que estableciera un presupuesto para limitarme a los ocho mil ducados de renta anual que me atribuía. Lo miré con expresión estupefacta. Nunca había tenido un presupuesto, y la suma que me proponía me parecía irrisoria, teniendo en cuenta los cien mil ducados de mi dote que había visto apilar bajo mi mirada. Repliqué vivamente:

—Con menos de doce mil, no se puede hacer nada.

Se enfureció, pero esta vez no cedí. Recordaba los enfurecimientos de mi padre contra el «tendero mezquino» y me negué a discutir. Se quedó en sus trece y yo me obstiné en hacer mala cara. El conflicto se envenenó. La tomé con las ferraresas a las que regañaba por nada, y me rodeé de mi séquito español, el círculo familiar al que reservaba mi amabilidad.

A finales de marzo pensé que tenía la victoria asegurada. Estaba embarazada y creía que ese argumento de peso daría un giro a la situación. Pero nadie se emocionó. El duque prosiguió su resistencia pasiva y la vida de Alfonso no se vio alterada por ello. Ocupado todo el día en la fundición o el taller de carpintería, aparecía cuando ya se había hecho de noche para otra tarea que cumplía con puntualidad, y que yo recibía con menos placer. Defraudada ante tanta indiferencia y cansada de sus asaltos, me refugié en un convento. La Semana Santa me ofrecía el pretexto de una retirada y pude recuperarme en la paz del silencio, en el convento de las clarisas del Corpus Domini.

Cuando regresé, el duque consintió en ofrecerme diez mil ducados.

—Una limosna —le dije con frialdad.

El conflicto se envenenó aún más. Alerté al Papa suplicándole que interviniera. Mi suegro se entestó:

—¡No cederé ante Lucrecia, aun cuando el propio Dios intervenga!

—Antes que aceptar —le repliqué—, prefiero dejarme morir de hambre con toda mi corte.

El asunto se envenenaba cada vez más y la pelea opuso a mis damas. Las ferraresas contra las españolas. Por orgullo me rebelaba celebrando festines para los Este en una profusión de vajilla de plata con las armas de los Borgia. Encargué la cuna del bebé a un cincelador de Venecia, su ajuar a las mejores costureras, y nuevos vestidos para embellecer mi embarazo. Gastaba más que mi viudedad y me endeudaba para sacudir la avaricia de mi suegro. Pero no sirvió para nada. Tenía los nervios desgastados y mi salud vacilaba.

El calor de Ferrara me agotaba en estos finales de junio de 1502. El duque Hércules me hizo llevar al castillo de Belriguardo a orillas del Po. Apenas instalada, me enteré de que César había invadido el ducado de Urbino. Guidobaldo se había escapado por los pelos hacia Mantua, donde se encontraba su esposa, la duquesa Elisabeth. La tristeza y la vergüenza me trastornaron. Amigos tan encantadores, que me habían recibido tan bien, tratados de una manera tan indigna por mi propio hermano. Habría dado una fortuna por no haberlos conocido nunca y no enrojecer por lo que padecían. Pensando sólo en él y en su victoria, el conquistador de Romaña me envió cartas que le devolví sin romper el sello, pues me sentía muy ultrajada y desgraciada. Este acontecimiento me volvió enferma. Ya no podía dormir y sombraba en la melancolía. El clima era demasiado húmedo y me llevaron de vuelta a Belfiore.

Una epidemia de peste devastaba Ferrara. Me preguntaba si la había cogido, aunque no lo supimos nunca realmente. Pero estuve tan mal que creí que iba a morir. A mitades de julio, sólo era una simple fiebre de la cual nadie se preocupó. Incluso se reían y la atribuían a mis peleas por el dinero. A principios de agosto, una visita imprevista de César me sacó de mis casillas. Creía curarme al anunciarme que había tomado Camerino, para gloria de los Borgia. Escena insoportable en la que rocé la histeria. Con el «habla de Valencia», lo cubrí de los peores insultos y lo eché de mi habitación. Había ultrajado a mis amigos y ya no era digno de ser mi hermano.

Era la única en hacerle reproches. Alrededor mío, lo adulaban. Corrían a su encuentro en busca de una alianza, ante el temor de ser despedazados.

A partir del día siguiente, la fiebre volvió a subir a su paroxismo. Durante días tuve vómitos y opresiones, ya no podía hablar y me estaba quedando sorda, los médicos se ponían nerviosos. Temían que me hubiesen envenenado o que tuviese la peste, que devastaba el país y se llevaba incluso a damas y sirvientas de mi séquito. Desde el Vaticano, mi padre mandó a sus mejores practicantes. Desde Mantua, Isabel hizo lo mismo. El duque Hércules estaba en Pavía con el rey de Francia, pero Alfonso

estaba en la cabecera de mi cama y me acariciaba suavemente la mano. Su ternura inesperada me dio ganas de vivir y de traer al mundo al bebé que me retorció las entrañas.

El 5 de septiembre un violento dolor me destrozó los riñones y di a luz gritando a una niña. Sólo estaba de siete meses. Dos días después me dijeron que había muerto. Yo seguía sufriendo y ardía de fiebre. Me sumí en el delirio y la inconsciencia. Al despertar, Alfonso lloraba implorando a la Madona, y César me aguantaba el tobillo para hacerme una sangría en la planta del pie. Estaba tan debilitada que no pude pronunciar palabras amargas. Su presencia me reconfortaba. Me hablaba de Roma, de nuestro padre tan preocupado, de Rodrigo y mi pequeño infante al que hacía duque de Camerino. Añadieron un codicilo a mi testamento. Mis hijos estaban bien dotados, así que podía morir con el alma en paz. Y sin embargo me reía a carcajadas al escuchar las historias de mi hermano que me recordaba nuestras travesuras en los jardines de Subura.

La sangría no surtió efecto; mi estado empeoró y se desesperaban por salvarme. Me confesé y recibí la comunión. El vértigo se apoderaba de mí. En la niebla que me envolvía, todavía se hablaba de veneno. Rezaban a Dios que me librara de la muerte. ¿Cuánto tiempo estuve a la deriva a las puertas de la muerte? ¿Acaso fue la tristeza de Alfonso lo que me reanimó? Arrodillado al lado de la cama, me besaba la mano suplicándome que volviese. Por primera vez, me decía que me quería.

Mi corazón se calentó al oír esas dulces palabras que me demostraban su apego más bien hacia mi persona que hacia mi dinero. El contrato preveía que guardaría la dote si me perdía. Pronto anunciaron que estaba curada y regresé al Castel Vecchio. Resonaron gritos de felicidad en la ciudad y desde todos los rincones de Italia llegaron mensajes de alegría. Alfonso juró que pronto tendríamos un hijo y se dispuso a realizar un peregrinaje a Nuestra Señora de Loreto. Me lo había prometido cuando estaba en lo peor.

—Es una decisión muy acertada —dijeron los médicos—. Se impone una abstinencia antes de considerar un nuevo embarazo.

Conocían el vigor de los Este y nos recomendaron una breve separación. Entonces decidí terminar mi convalecencia en el convento de las clarisas del Corpus Domini. El 9 de octubre por la mañana, Alfonso me escoltó hasta la puerta del convento y se lanzó hacia Loreto para cumplir su promesa. Este acto me conmovía, puesto que demostraba que me amaba. Por mi parte, le di las gracias a la Madona por esta alegría inesperada que hacía olvidar todos los sufrimientos y me daba la certeza de que la vida ofrecería otras felicidades.

Un mes después, cuando regresé al Castel Vecchio, mi suegro por fin me concedió los doce mil ducados que me había negado con tanta aspereza.

—Seis mil en efectivo —precisó— y seis mil en provisiones y suministros varios para alimentar a vuestro séquito.

Alfonso era menos rudo, pero la peregrinación no había cambiado sus

costumbres. Sólo lo veía por las noches y me aburría todo el día en ese castillo que me llenaba de melancolía, donde creía oír los gemidos de los amantes decapitados, Parisina y Ugo.

Un hombre vino a distraerme. Ercole Strozzi, el poeta que todas las damas de Ferrara se disputaban. Descendía de una familia noble y reputada desde que su padre había recibido el cargo de «Presidente de los Sabios». Tenía treinta años y su conversación era tan brillante que uno se olvidaba de que era un lisiado. Tenía una cojera de nacimiento. Su encanto y su ingenio me fascinaron. Alfonso le odiaba, pero respetaba sus talentos y lo acogía en el Castel Vecchio. Pronto se convirtió en un familiar, mi amigo, el confidente de mis tormentos. Bajo su influencia, le di más elegancia a la decoración de mis apartamentos que pronto se llenaron de artistas, filósofos y músicos. Los pintores me tomaban como modelo, los poetas me alababan en sus versos. La tristeza se evaporaba al ritmo de sus sonetos y los animaba con una rosa o un suspiro como lo prescribían las costumbres.

Tras diez años de olvido, desde la muerte de Eleonora, la corte de Ferrara volvía a renacer y yo me convertí en su alma. Al igual que la duquesa de Urbino o la marquesa de Mantua, tenía mis protegidos: Celio Calcagni, el filósofo astrónomo, amigo de Erasmo, el sabio Giraldi, el Ariosto, el poeta Nicolo da Corregio, el científico Tebaldeo que se convertiría en mi secretario.

Se celebraron bailes, fiestas, conciertos, veladas de teatro, y encargué nuevos vestidos en los maravillosos tejidos que Strozzi me traía de Venecia. Iba allí a menudo para encontrar objetos raros y sorprenderme con «cosas delicadas». Un día regresó con su amigo Pietro Bembo.

—El príncipe de los filósofos —me dijo—. ¿Me permitís que os lo presente?

Enseguida acepté, sin dudar que iba a quemarme el corazón en los juegos de la mente.

Capítulo XIV

En efecto, todo empezó como un juego. Pensaba divertirme con intercambios picantes con el apuesto y galante hidalgo veneciano al que le gustaban Platón y Aristóteles, que escribía poemas y preparaba una edición de *La divina comedia*. Se decía de él que no dejaba insensible a ninguna mujer, y que poseía una ciencia innegable del corazón humano. No necesitaba más para hacerme olvidar la tristeza y la nostalgia.

No era realmente feliz con Alfonso. Ignoraba la ternura y me envolvía con un rigor que me dejaba helada. Si bien es cierto que me permitía tener una corte de letrados, pintores y músicos. La reputación de los Este se beneficiaba de ello. Pero no formaba parte de ella y se negaba a perder el tiempo con esas cosas de la mente que me encantaban y que había compartido con Alfonso en una perfecta comunión de gustos y aspiraciones. Mi tercer marido se burlaba de esas «futilidades» y me contaba que tenía ocupaciones más serias: los cañones, la serrería y la caza. Me concedía todas sus noches, y debía satisfacerme de ser así honrada con tanta constancia y fidelidad. ¿Acaso no había jurado darme un hijo? La descendencia era su principal preocupación.

A veces llegaba a arrepentirme de este matrimonio que, aun concediéndome la seguridad, me confinaba en una sequía de sentimientos a la que no estaba acostumbrada. Echaba de menos el cálido afecto de mi padre y la ternura de Rodrigo. Adriana ya no estaba aquí para reconfortarme. Había regresado a Roma y a la comodidad de su palacio. Jerónima se había marchado con ella. La peste me había arrebatado a mis damas preferidas. Y en este vacío, me mustiaba como una flor privada de sol. Ángela siempre estaba aquí para hacerme reír, y el devoto Strozzi no sabía qué inventar para distraerme de esa soledad del alma que me destruía a fuego lento. Me habló de su amigo en términos tan elogiosos que me impacientaba por conocerlo.

Enseguida me gustó. Con treinta y dos años, era guapo, elegante, chispeante de encanto e ingenio como me lo habían anunciado. Observé la finura de su rostro y la expresión de su mirada, a veces grave y a veces amable, que me envolvía con gran dulzura. Su voz resonaba como una música y lo escuchaba anonadada.

Vino a Castel Vecchio y me fascinó con sus discursos sobre la pertinencia de la lengua vulgar, el italiano, tan noble como el latín. Tuve la audacia de enseñarle algunos poemas garabateados en mis horas de melancolía, y me animó para que perseverase:

—Liberaos de cualquier influencia —decía—. Sed usted misma y dejad que vuestra inspiración circule libremente.

Se marchó a Ostellato, a una casa a orillas de la laguna, que el duque Hércules

había prestado a los Strozzi. Nos intercambiábamos notitas. El amigo común era nuestro mensajero. Me enviaba sonetos, una elegía, y me animé a contestarle enviándole algunos versos. Seguía jugando, extrañada por suscitar el interés de ese hombre tan cultivado que se tomaba la molestia de escribirme olvidando sus tareas sobre la gran obra de Dante.

Un día de primavera, decidí hacerle una visita.

—Vamos a sorprenderle —exclamó Strozzi que se deleitaba con las improvisaciones.

Alfonso me dio permiso para hacer esa escapada a bordo de la nave ducal, y me embarqué con todo mi séquito. Me moría de curiosidad por ver en qué entorno trabajaba mi poeta, cómo vivía y qué le inspiraba. Me esperaba en el pontón y me hizo los honores de la casa. Nos sirvieron un tentempié, llamaron a los músicos y bailé con mis damas, un baile de Valencia al son de los tamboriles. Nuestras miradas se cruzaban constantemente y su turbación me adulaba. Una suave languidez se apoderaba de mi corazón y la rehuía. Me enseñó la biblioteca en el primer piso de la torre y la mesa en la que estaban dispersos sus manuscritos. Cerca de una ventana con vistas a los jardines, me habló de Beatriz acariciándome la mano y me regaló un librito de máximas y una bola de cristal idéntica a la suya, que permitiría a nuestras mentes comunicarse. Llegó la hora de partir, y estreché entre mis brazos el precioso talismán mientras el barco subía el río en el suave chapoteo del agua levantada por los remos. Dos días después, me escribió:

Puesto que el amor me impide cualquier atrevimiento,
Desde el día en que puse el pie en su reino
No he podido pedir que se apiadasen de mí
Y tampoco me he atrevido a desvelar mi dolor.
Ah, si tan sólo de puro cristal fuese mi corazón
Lo que callo, y que mi dama no ve,
Transparentaría a sus ojos...

Lo tranquilicé de inmediato: «Vuestro globo y el mío están en una extrema conformidad que quizá jamás ha sido igualada. Que esta confesión os baste y sirva de evangelio perpetuo».

Temía hablar de más y negaba un sentimiento que me preocupaba. Messer Pietro me inspiraba algo más que amistad. Había encendido una llama y me sentía incapaz de resistirme. A principios de junio, me volvió a escribir: «Durante mucho tiempo he buscado la soledad, las bellas enramadas, la tranquilidad, cosas que, ahora, me parecen aburridas. ¿Qué significa esto? ¿Una nueva enfermedad?... Me encomiendo a Vuestra Señoría tantas veces como hay hojas en el jardín que contemplo, apoyado en esta querida ventanita».

—Os habéis enamorado el uno del otro —me dijo Strozzi—. El amor causa

estragos. Me lo temía. Deberemos actuar con más cautela, ilustre duquesa. Os vigilan.

—Don Alfonso va a ausentarse. Un viaje a Europa del norte para vender sus cañones a aquellos que prevén guerras. Mi cuerpo está de vacaciones y mi corazón es libre de estremecerse.

—Olvidáis a los agentes de Su Señoría, y vuestro cuñado el cardenal, que se pega a vuestros pasos desde que ha regresado de Roma.

En efecto, Hipólito había regresado trayendo de Roma noticias preocupantes. Confesó que se había escapado, porque temía una fechoría de mi hermano. Desde el banquete sanguinario de Sinigaglia durante el cual había hecho degollar a los tiranos enemigos a los que prometía la paz, César multiplicaba sus violencias y dominaba al Papa, que manifestaba su rencor hacia los Este y a los que negaba los privilegios prometidos. ¿Tendría el duque de Romaña la audacia de cruzar sus fronteras y atacar Ferrara? No se fiaban de los Borgia, nombre que también yo llevaba, e interceptaban mi correo.

—Estimado Strozzi, a partir de ahora os dictaré mis cartas y firmaré F.F. Decidle a nuestro amigo que dirija las suyas a nombre de mi camarera Lisabetta.

Ya no era el momento de renunciar a ese amor extraño que no necesitaba el placer de la carne para unir nuestros corazones y nuestros pensamientos. Al igual que las parejas de leyenda, Eneas y Dido, Tristán e Iseo, Lancelot y Ginebra, el destino nos guiaba por el camino de la pasión, el camino del éxtasis que es la unión de las almas. Ángela y mi dama de honor Polissena también estaban enteradas del asunto y me recordaban sin cesar el final trágico de los amantes de la torre, Ugo y Parisina. Para mi *carissimo* Pietro copiaba los versos del poeta español López de Estúñiga:

Pienso que si mi vida debiera llegar a su fin.
Entonces con mis sufrimientos moriría el deseo.
Una deleitación tan grande se consumiría.
Y el mundo entero se quedaría.
Sin amor.

En el mismo tono, me respondió:

Tan bello es mi sufrimiento.
Y tan muerta está mi esperanza
Que ni la primera puede curarse.
Ni la segunda puede partirse.

Entonces encargué una medalla grabada con una llama y que llevaba su lema, que se convertiría en el nuestro a partir de ahora: «*Est animum*», porque, añadía, «sólo el alma corresponde a este fuego nacido del oro que la consume». Me arriesgué a

enviarle un mechón de pelo y me llamó su «*Unica*».

Llegó el verano con su calor ahogante y los riesgos de epidemia. El duque Hércules se marchó a Belfiore con su corte. Pietro vino a Ferrara y se instaló en casa de los Strozzi. Cada anochecer, bajo un cenador sombreado o en el frescor de una *loggia*, nuestro círculo de artistas y de escritores se reunía. Mi poeta de corte orientaba la conversación hacia los temas que le gustaban: el conocimiento, el corazón humano, la belleza... ¿El amor era bueno o malo? ¿Qué era el amor verdadero? ¿Existía?

—Buscar la unión de las almas —decía—, la felicidad suprema, incomprensible para los sentidos. En cuanto al amor verdadero, es aquello que siente el alma cuando, liberada de los vicios, centrada en la vida espiritual y la contemplación de su propia sustancia, recupera su naturaleza angelical y se abre al fuego divino.

Palabras premonitorias, no sólo para él, sino también para mí.

A principios de agosto, Strozzi vino a anunciarme que Pietro tenía fiebre y que guardaba cama. La epidemia arrasaba Ferrara. Me preguntaba si estaría en peligro. Llamé a mis damas y pedí mi carroza. Hipólito estaba a mi lado y me observaba con suspicacia.

—Mi querida hermana, no es vuestro lugar. Quizá tiene la peste y corréis el peligro de contaminaros.

—Es mi poeta de corte. Iré.

En compañía de Ángela y Polissena llegué al palacio Strozzi y me hice conducir a su habitación.

—Me siento arder y estoy en llamas —gemía Pietro.

Sentada en el borde de la cama, le reconforté con mis consejos. Nuestras miradas y nuestras sonrisas nos unían más todavía que las palabras intercambiadas. Al día siguiente me llegó un mensaje: «Vuestra visita me ha reanimado. He recuperado la salud como si hubiese bebido un elixir divino. Vuestras dulces palabras, llenas de amor y alegría, me han devuelto a la vida... Beso vuestra querida mano...».

En cuanto pudo levantarse, Pietro dejó Ferrara para terminar su convalecencia en Ostellato. Se había salvado de la epidemia, pero en la ciudad se multiplicaban las víctimas. El duque Hércules dejó Belfiore para trasladarse a Belriguardo. Me negué a seguirle, argumentando que tenía otros proyectos: visitar Módena y Reggio. Me impuso la presencia de su hijo natural, don Giulio, encargado de vigilarme, pero el joven sólo tenía ojos para mi prima Ángela. En el camino, hice un alto en Medelana, no muy lejos de Ostellato, donde los Este poseían una casa rodeada de flores y árboles frutales. Me instalé allí con mis damas, bufones y perros, y el tierno poeta galopó rápidamente hacia mis jardines perfumados.

—Mi única aspiración es poder contemplar una vez más a mi querida mitad sin la cual no sólo estoy incompleto, sino que no soy nada, puesto que ella es mi totalidad.

Momentos de felicidad indecible, lejos del mundo, fuera del tiempo. Aislados en el secreto de nuestro amor, con la única voluntad de vivir mientras un solo fuego

entretuviera nuestros corazones y un solo éxtasis uniera nuestras almas.

Los días pasaban y esperaba en la euforia al hombre por quien me desplegaba, sin el cual no podía sentirme mujer. Cada tarde aguzaba el oído para oír el galope familiar. El 20 de agosto por la mañana, mi corazón se estremeció cuando me anunciaron que el cardenal Hipólito llegaba de Ferrara y deseaba hablar conmigo. Me estaban vistiendo, no tuve tiempo de responder: entraba en mi habitación y se detuvo ante la puerta, con el rostro lívido y la mirada llena de gravedad.

—Una noticia terrible —dijo.

—¿Alfonso? —exclamé temiendo lo peor.

—¡El Papa ha muerto!

El choque me petrificó y todo vaciló. Me desmoroné en el suelo acurrucándome. Se me desgarraban las entrañas. Había perdido a mi padre, y el mundo se derrumbaba.

En mi habitación forrada de negro, me encerré con mi dolor, rechazando cualquier comida y consuelo. Lloraba al hombre magnífico que había deslumbrado mi infancia, que me había amado con ternura y me había permitido tener mi rango de princesa con tanta dignidad como la hija de un rey. Con qué inteligencia se había encargado de mi educación, había despertado mi mente a las artes y me había enseñado a vivir en la grandeza rechazando la mediocridad. Su mayor debilidad fue César, y yo lo sufrí cruelmente, pero en este momento lo perdonaba. En mi memoria, sería para siempre un ejemplo de bondad, tolerancia y humanidad. ¡Cuántos judíos, marranos y exiliados se habían beneficiado de su clemencia! Sus enemigos lo habían acusado de todos los crímenes, de todos los vicios y yo había recibido mi parte de ignominias. A mi alrededor, seguían condenándole y se alegraban de esa desaparición que comentaban en términos que me humillaban.

Los fieles de mi séquito respetaban mi tristeza y hacían guardia ante mi puerta. Pietro acudió de Ostellato. Ante el espectáculo de mi desolación, no tuvo el valor de venir a hablarme, y se retiró discretamente dejándome como testimonio en una carta su devoción y apoyo. También me daba un magnífico consejo: «Las circunstancias actuales exigen que no os expongáis a que se pueda creer que deploráis la situación que el destino os ha hecho sufrir más que la situación de que aún gozáis».

El amigo fiel en la felicidad se preocupaba por mí en la desgracia llamando mi atención sobre la fragilidad de mi posición. El Papa era un soberano vitalicio. Su muerte suprimía los privilegios concedidos durante su vida a los miembros de su familia. Recordaba los pillajes y las persecuciones que se habían producido tras la muerte de Inocencio VIII, y la angustia se apoderó de mí. ¿Dónde estaban Rodrigo y el infante? ¿Qué hacía César? ¿Y qué harían conmigo los Este a los cuales aún no había dado un heredero? Tenían un buen pretexto para repudiarne. Al pensar en ello, mis sollozos aumentaron y me sumí en la desesperación. Alfonso me sorprendió en este estado, y su mirada ultrajada no me tranquilizó para nada. Presentía la sentencia que acabaría conmigo y no tuve la fuerza de levantarme para saludarlo.

—Puedo entender vuestro pesar —dijo con sequedad—, pero desapruebo el espectáculo lastimoso que me ofrecéis. Detesto las lágrimas.

—Era mi padre. Le amaba.

—Sois la duquesa de Ferrara. Tranquilizaos.

Ante mi expresión anonadada, se me acercó y me tendió la mano para levantarme, añadiendo en un tono más amable:

—¿Por qué lloráis? No tengo intención alguna de repudiaros. Pronto os dirán que el rey de Francia nos lo ha sugerido. He venido lo antes posible a reconfortaros. Respetaré el contrato que firmé.

Entendiendo mi deseo de soledad, me permitió quedarme en Medelana, donde podía vivir mi luto en el rigor de las costumbres españolas sin molestar la vida de la corte. En su castillo de Belriguardo, el duque Hércules guardó silencio, pero los dignatarios y nobles damas no dejaron de venir a darme el pésame. Más por educación que por compasión. Era la nuera del soberano y respetaban mi tristeza, aunque no sentían el menor pesar por el Papa.

Contaban mil horrores sobre las circunstancias de su muerte. Un almuerzo en casa del cardenal de Corneto les había hecho enfermar a él y a César. Las malas lenguas hablaban de vino envenenado llevado por el duque de Valentinois e utilizado en su contra por el señor de la casa. Pero otros invitados también tuvieron fiebre. Una intoxicación, escribía el enviado de Ferrara, a causa del aire viciado de Roma en verano, a causa del calor que estropeaba los alimentos. Me afligió mucho el relato de sus últimos momentos. Sus apartamentos devastados, sus restos mortales abandonados entre dos cirios en la sala del Loro donde mi madre, acompañada por Jofre, se había recogido para decirle su último adiós. En un catafalco improvisado, me decía en su carta, vestido con una sotana blanca, calzado con zapatillas y privado del anillo episcopal, que también había sido robado. Lo habían enterrado durante la noche del 18 de agosto, en Santa María de las Fiebres, como Alfonso, desaparecido el mismo día, tres años antes.

Llegaron más noticias y me llenaron de más inquietud porque hablaban de mis hijos, Rodrigo y el infante. César los había resguardado en el castillo Saint-Ange, con el resto de la familia. Sus soldados los protegían, pero él, también enfermo, debilitado por una fiebre maligna, se había refugiado en Nepi. Mientras tanto, en las calles de Roma, perseguían a los españoles fieles a los Borgia, sus casas eran saqueadas y los cadáveres se amontonaban. Ya no podía dormir. Se me rompía el corazón y debía callar.

Eligieron a un nuevo papa, el cardenal Piccolomini, amigo de los Borgia, que tomó el nombre de Pío III. Confirmó a César en sus funciones de «gonfalonero de la Iglesia», pero ya las grandes familias, a las que mi hermano había expoliado en Romaña, alzaban las armas para reconquistar sus feudos. Sermoneta, y luego Nepi, fueron recuperados, y mis dos hijos perdieron sus ducados. César seguía siendo poderoso a pesar de todo, y recuperé la esperanza. Mientras tuviera soldados y al

Papa para apoyarle, defendería a mis hijos. Por él, recluté mil soldados de infantería y ciento cincuenta arqueros para ayudarle a conservar lo que había conquistado, lo que hacía de él un príncipe tan respetado como temido. Si bien la rueda giraba y la estrella de los Borgia palidecía, yo conocía las artimañas del duque de Valentinois y lo apoyaba, por orgullo, en memoria de nuestra gloria pasada. Sin embargo, su caída era cercana. Mi admiración, más fuerte que el odio, me cegaba.

Me atormentaba otra preocupación, el porvenir de mis hijos, y probé varias diligencias para hacerles venir a mi lado. Pero de repente me enteré de que Rodrigo tenía cuartanas. El cardenal François Borgia, que era su tutor, me prometió enviármelo en cuanto las rutas fueran más seguras, y en cuanto estuviese curado.

Llegaba el otoño, y esperaba sumida en la angustia, consolada de mi desamparo por los mensajes emotivos del *carissimo* Pietro. Venía al anochecer y se entretenía a la luz de la luna asegurándome su fidelidad. Aún oigo sus palabras de amor y siento en mis labios su beso alocado:

—Es el lazo —me decía—, que abre el pasaje a las almas atraídas por el deseo la una por la otra, y las hace fundirse la una en el cuerpo de la otra.

Las bandas militares del duque Hércules interrumpieron nuestros dulces murmullos. Los primeros días de octubre, vino a cazar con Alfonso y los caballeros invadieron la casa de Ostellato.

—Evitemos una nueva tragedia —exclamó Strozzi.

Mi querido poeta decidió alejarse y aprovechó para visitar sus granjas en el Veneto.

—Mi desgracia nunca alcanzará tal profundidad —gimió.

—Siempre os amaré —le respondí—, en la felicidad y en las lágrimas.

Regresó como me había prometido. Una visita corta. Alfonso estrechaba su red de vigilancia y Strozzi nos aconsejó más prudencia. Una vez más Pietro regresó a Venecia. Su hermano estaba enfermo. Se marchó para cuidarle. Era un signo del destino que le mostraba otro camino. Al despedirse, abrió una Biblia y leyó:

«¡Se durmió con sus Padres y lo sepultaron en la Ciudad de David!».

—Mal presagio —suspiré llorando.

Sabía que no volvería a verle nunca.

A su vez, conoció el dolor del luto y nuestras cartas nos unieron en el pesar compartido. Aunque nuestros cuerpos estaban separados, nuestros pensamientos seguían unidos y nuestras almas se encontraban en una misma plegaria que nos guía el uno al otro hacia ese amor verdadero que revela el fuego divino. En mi pecho estaba el Agnus Dei que él llevaba en su corazón y que me había regalado antes de partir. Había perdido a mi consolador, pero todavía me esperaban otras pruebas para purificarme a través del sufrimiento y someterme a la Voluntad Suprema.

Por ahora, retomaba mi vida conyugal y me abandonaba a los ritos de la carne con la única esperanza de satisfacer a Alfonso dándole un heredero. La muerte súbita de Pío III me sumió de nuevo en el desasosiego. Se anuló el viaje de Rodrigo. El

cardenal François Borgia pensó que era preferible enviarlo a España bajo la tutela de la reina Isabel. ¿Cómo iba a volver a verle cuando estuviese tan lejos?

—Es una sabia decisión —me dijo Alfonso—. Estará resguardado del peligro y la distancia no cambiará en nada el afecto que sentís el uno por el otro.

Esa perspectiva no me gustaba mucho. Fue entonces cuando se precipitaron los acontecimientos. Sancha salió del castillo Saint-Ange con Jofre y el resto de la familia. Cogió la ruta de Nápoles y se llevó en su séquito a Rodrigo y a su tutor. Debían ir ambos hasta Bari, donde mi hijo sería confiado a su tía Isabel de Aragón. Eso me reconfortaba. Mi pequeño duque de Bisceglie estaba salvado y recibiría la educación española que le convenía.

En Roma, un enemigo de los Borgia subía al trono pontificio. El cardenal Giuliano della Rovere fue elegido bajo el nombre de Julio II. César tuvo la mala fortuna de confiar en él. Le había conseguido las voces de los cardenales españoles y le recibieron en el Vaticano. Conservaba su título de «gonfalonero de la Iglesia» y le hacían mil promesas. Por una carta de mi madre, de repente me enteré de que lo habían metido en la prisión de Ostia, por orden del Papa, que había confiscado todos sus bienes. Mientras tanto el ducado de Urbino cantaba su liberación y el regreso, de sus señores, mientras Giovanni Sforza entraba en Pesaro, donde se apresuró a colgar de las ventanas del castillo a todos los habitantes que habían obedecido a los Borgia. De todas partes los enemigos se regocijaban. Mi pobre hermano estaba abandonado. El rey de Francia le daba la espalda. Pensó que España le salvaría.

En abril de 1504, renunció a sus posesiones de Romaña por un salvoconducto firmado por Julio II y se embarcó hacia Nápoles donde fue recibido por el virrey Gonzalo de Córdoba. Dos días después, lo arrestaron por orden de la reina Isabel y lo transfirieron a España, bajo la guardia de dos galeras para que no pudiese escapar. En septiembre lo encarcelaron en la fortaleza de Chinchilla.

¡Un Borgia en el calabozo! Mi propio hermano, mi sangre... Estaba herida de vergüenza y dolor, y sólo tenía una idea en mente: conseguir su liberación. Escribí gran cantidad de cartas, a las cortes de Castilla y Aragón, en Italia. Me movía por todos los lados, en vano, y me desesperaba por defender una causa perdida. Alfonso se marchó para un largo viaje a Francia, Flandes e Inglaterra. Cuidaba de mi suegro cuya salud se debilitaba. Mi corte de poetas y artistas me entretenía y las cartas de Pietro me calentaban el corazón. Me había enviado sus *Asolani*, una obra que yo le había inspirado y que me había dedicado. Resonaba en mí como el más bello canto de amor que permanecería para siempre.

A finales de diciembre, el duque Hércules estuvo muy enfermo.

—Se acerca la hora —me dijo—. Sed para vuestro marido un guía, un apoyo, una consejera esclarecida, y dadle ilustres retoños.

Esa muestra de afecto tardía me conmovió. Mi emoción aumentó cuando Hipólito me confió para sí:

—Si faltase antes del regreso de mi hermano, es a vos a quien le tocaría la

regencia.

Ya no desconfiaban de la «Borgia». Ya no era «el monstruo» y esta nueva familia, que me había aceptado por mi dote, por fin me reconocía como una Este.

Alfonso tuvo tiempo de regresar para asistir a su padre en los últimos momentos. El 21 de enero de 1505, el duque Hércules se confesó, comulgó y recibió los últimos sacramentos. El 25 de enero convocó a sus músicos y murió llevando el compás de un motete que le encantaba. Las campanas de la ciudad resonaron con fuerza, y los Sabios se reunieron en consejo para proclamar el nombre del nuevo soberano. Alfonso se plantó delante de mí y dijo con una voz grave:

—Duquesa de Ferrara, ya va siendo hora de que me dé un heredero.

Capítulo XV

Mientras me vestía para la ceremonia, las palabras de mi esposo resonaban como un ultimátum. En tres años de matrimonio, a pesar de sus asiduidades, no había conseguido satisfacerlo. El alumbramiento prematuro del neonato muerto me había puesto tan enferma que mi cuerpo parecía negarse a volver a ser fecundado. Alfonso era el nuevo soberano, era la duquesa titular y procrear se convertía desde entonces en un deber de Estado.

Con capa de moaré blanca bordada de oro y forrada de armiño, sobre un vestido de brocado de oro realzado con carmesí, los cabellos sueltos y engalanada con mis mejores joyas, me situé en el balcón del palacio frente al Domo en el momento en que Alfonso salía de la catedral. Acababa de ser coronado durante la gran misa después de haber recibido la espada y el cetro de oro del Consejo de Sabios. Entre el cardenal Hipólito y el vicegobernador de Venecia, seguido por sus tres hermanos pequeños, encabezó una espléndida cabalgata y dio la vuelta a la ciudad para saludar a su pueblo, que se agolpaba en las calles para aclamarle. Estaba magnífico con el gran abrigo de damasco blanco forrado de vero, la boina «al estilo francés» y los collares de oro engastados con piedras preciosas. Su rostro resplandecía de felicidad y la multitud de sus súbditos le saludaba con entusiasmo y respeto.

Mi esposo era el señor, y lo observaba, llena de curiosidad. Si bien conocía el contorno de su cuerpo, el tacto de su piel, el olor de su barba y el calor de sus labios sobre mis pechos, nada sabía de sus pensamientos. Nunca me hablaba de sus gustos, de sus aspiraciones, de sus proyectos. Su única preocupación era su fundición y las máquinas de guerra que le dibujaba Leonardo da Vinci. Para distraerse, cazaba; a veces se encerraba para tocar la viola o hacer un jarro con el torno y pintarlo. Era frío, muy reservado, autoritario, a menudo brutal en su manera de expresarse. Me intimidaba, y a veces me daba miedo. Temía desagradarle y provocar su furia.

¿Me amaba? A su manera, pero no como quería ser amada. No soñaba bajo la luna como mi querido poeta. Pero era un hombre fuerte que respetaba sus compromisos. Me había convertido en la duquesa de Ferrara y no se arrepentiría de ello. Me había dado un rango, una legitimidad. Al recibir su alianza, lo había aceptado «por voluntad propia».

Las bandas militares se acercaban. La nieve remolineaba por encima de los tejados, cubriendo la ciudad de un velo mágico. Bajé al porche para acoger la cabalgata que llegaba a la plaza en un estruendo de vivas. Alfonso puso el pie en tierra y se acercó hacia mí. Me arrodillé delante suyo y le besé la mano en señal de sumisión. Me levantó, me besó y me cogió de la mano para guiarme hacia los salones de recepción. Las celebraciones duraron todo el día. Al día siguiente, la corte se vistió de negro y enterramos al duque Hércules con gran ceremonia. Comenzaba el reinado

de Alfonso. Tempestuoso pero glorioso, predijo su astrólogo. Fui la primera víctima de su autoridad.

Me impuso despedir a mis damas españolas y rodearme sólo de ferraresas. ¿Era para vigilarme? Estuve convencida de ello cuando descubrí que unos obreros abrían un pasillo secreto entre los apartamentos oficiales de Su Señoría y los míos. Mi esposo quería entrar en mis apartamentos a cualquier hora del día además de la noche. ¿Qué temía? ¿De quién desconfiaba? Eso me ulceró. A mis preguntas, contestó:

—Demasiados letrados os hacen la corte. Así, cuando estéis embarazada, nadie podrá decir que el niño no es mío. Ningún equívoco sobre el honor de mi mujer, y aún menos sobre la duquesa de Ferrara.

Para suavizar esas medidas, y demostrarme su estima, me asoció a sus responsabilidades confiándome la presidencia de la Comisión de las Súplicas. Era un cargo oficial que ocuparía gran parte de mi tiempo. Le di las gracias y recordé a mi padre que me había preparado bien para esta función al nombrarme gobernador de Spoleto, y después de Nepi, y más tarde *Vicariessa*. También recordaba las audiencias en los salones de Santa Maria in Porticu cuando, con doce años de edad, atendía las quejas dirigidas a Su Santidad. Esa misión me convenía perfectamente y la asumí haciéndolo lo mejor que podía para ser de utilidad a los habitantes de Ferrara.

Pronto anuncié esperanzas. Alfonso no mostró ninguna emoción. Era demasiado supersticioso, pero me permitió hacer venir discretamente al pequeño infante, Jean de Borgia, pretendido hijo del duque de Valentinois, que instalé en casa de un filósofo amigo cerca de Carpi. Aprovechando los paseos con mi séquito, iba a verle y velaba por su educación. Desde Bari recibía noticias de Rodrigo y le enviaba ropa y menesteres que necesitaba. Otras preocupaciones, más graves, me invadían. César seguía encerrado en prisión. Tras haber intentado tirar a su carcelero de lo alto de las murallas de Chinchilla, lo habían transferido a la temible fortaleza de Medina del Campo. Se estaba volviendo loco y yo ya no sabía a quién escribir para salvarlo. No querían oír hablar más de él. Sólo una persona me escuchaba con compasión: François de Gonzague, el esposo de Isabel. Me había prometido utilizar su influencia y enviar al mejor de sus embajadores a la corte de España.

Esperaba un destello de luz de ese trámite. Desde el funeral de mi suegro, vivía en negro, en un palacio forrado de negro, rodeada de damas con velos oscuros, siguiendo la moda boloñesa. Ese luto influía mucho en mi humor y temía una desgracia.

A principios de verano, un terremoto provocó la hambruna y la peste volvió a aparecer. El embarazo me hacía enfermar y me tomé una temporada de descanso en Reggio, donde di a luz, el 19 de septiembre, a un niño un poco enclenque al que llamé Alexandre. Alfonso no vino a verlo. Problemas políticos lo retenían. El hijo esperará, decía. Pero el bebé se negaba a alimentarse y murió un mes después. Había tenido tiempo de sentir el calor de su cuerpecito sobre mi pecho y me desesperé. Tras

ese segundo fallo, pensé que estaba maldita y me sumí en la melancolía. Una carta de Pietro Bembo apaciguó mi dolor.

«Fuera de vos, no pienso en nada, no admiro nada y no honro nada. Si mi alma pudiese volar a vuestro alrededor...».

La vigilancia de Alfonso lo mantenía alejado de Ferrara, y las artimañas de Strozzi facilitaban el intercambio de nuestras cartas. Su voz melodiosa me resonaba en la memoria y temía no tenerle a mi lado. Echaba de menos su tierna amistad. Sobre su hombro hubiera posado mi pobre cabeza llena de sombríos pensamientos.

Un viaje en barco me pareció de buen augurio y regresé a Belriguardo subiendo el Po. Me gustaba la dulzura de sus paisajes fluidos y las aguas lechosas con una veladura de bruma diáfana. En una curva de la ribera estaba Borgoforte, la fortaleza del señor de Mantua. Me había sugerido que me detuviese allí para discutir con más tranquilidad sobre el destino de César. ¿Acaso iba a anunciarme una próxima liberación? Con esa esperanza, acepté su invitación.

Tras el príncipe de los humanistas, el destino me enviaba a un guerrero, ese marqués de Mantua que tanto me había impresionado diez años antes, cuando había venido a Roma a buscar la Rosa de Oro que mi padre le había entregado con solemnidad. Entonces era la condesa de Pesaro, y había escuchado los relatos coloreados del vencedor de Fornovo, al que Italia había apodado su «Liberador». Y ese hombre, que había sido el cuñado de Giovanni, ahora era el mío. No veía ningún mal en encontrarme con el «ilustre hermano» que se unía a mi reciente pesar y no sabía qué hacer para resucitar mi alegría.

Tenía un rostro extraño con la tez morena, los ojos en forma de almendra y el pelo rizado, que le daban aspecto de moro. No era realmente apuesto, pero emanaba de él una fuerza de seducción irresistible. Este caballero realizado tenía un alma caballeresca, le gustaban la música y las artes y componía sonetos. Me ofreció dos jornadas maravillosas animadas con festines, danzas y conversaciones atractivas que nos unieron revelándonos sensibilidades análogas, y una búsqueda idéntica del absoluto. Insistió tanto que le acompañé a Mantua y saludé a la ilustre marquesa que me hizo los honores de su palacio: la vista sobre los lagos, sus *camerini* decorados por Rafael o Mantegna, sus colecciones de arte, estatuas antiguas, libros, objetos raros y la Grotta, su jardín secreto. La felicité por tantas bellezas y me dirigí hacia Belriguardo con el alma sosegada. Bajo el sol de otoño la vida tomaba otros colores, mis bufones me hacían reír y construía mil proyectos para darle más brillo a mi corte de letrados para superar a las de Urbino y Mantua. Pero al llegar, me golpeó una nueva tragedia.

El 3 de noviembre, al anochecer, el copero mayor se presentó en mi antecámara, llevando en brazos un cuerpo ensangrentado que acababa de descubrir en la linde del bosque. Por un instante creí ver a Alfonso. El presente repetía escenas del pasado y pegué un grito al reconocer a don Giulio, el medio hermano de Alfonso. Aún estaba vivo pero tenía el rostro lleno de cortes profundos y los ojos le colgaban fuera de sus

órbitas.

—Hipólito —susurró—. ¡Él ha ordenado que me sajen los ojos!

Cerca de mí, Ángela se desplomó en el suelo, desmayada. Al recobrar el sentido, me confesaría que era la culpable. Dos días antes, poco después de nuestro regreso, Giulio había ido a saludarla y yo le había pedido que se retirara con discreción. Había seducido a mi prima; me acababa de enterar al sorprenderla en su desnudez, que estaba a punto de dar a luz, y mi primera preocupación era alejar al autor de la fechoría para evitar el escándalo. Esa misma noche, Hipólito se presentó en mis apartamentos. Él también le hacía la corte a Ángela. Ella lo había rechazado soltándole que prefería a Giulio.

—Por sus ojos, daría toda vuestra persona —había declarado dándole la espalda.

Ebrio de orgullo y celos, el cardenal de Este se había vengado mutilando a su medio hermano. Revivía las violencias de César y eso me trastornaba. Convoqué inmediatamente a los médicos y los cirujanos. Pudieron salvarle un ojo, pero uno de los párpados estaba arrancado y las cicatrices entumecidas desfiguraban al pobre Giulio cuyo rostro tan bello se había vuelto monstruoso.

Este drama de familia abrasaba a Alfonso y le faltó rigor. Condenó al culpable a un mes de exilio, y creyó echar tierra sobre el asunto mediante una ceremonia de reconciliación en el patio de honor del palacio. La vigilia de Navidad, a la luz de las antorchas, Hipólito presentó sus disculpas, y Giulio, iluminado por las llamas, declaró:

—Lo hecho, hecho está. ¡Se lo perdono por el amor de Ferrara!

Para olvidar las amarguras y celebrar la paz restaurada, se celebraron fiestas, bailes, se volvió a abrir el teatro y se multiplicaron las fiestas para Carnaval. Ángela había dado a luz en secreto, le había encontrado un prometido en una noble familia y se celebró la boda. Se había restablecido el orden, y pasé la Semana Santa en el convento para un retiro en la plegaria y el recogimiento.

Alfonso se marchó de viaje y me confió la regencia. Esa primera experiencia no sería la última y me esforcé en gobernar con sabiduría, discernimiento y bondad, como me lo había enseñado mi padre. Así, cuando me enteré de que los judíos eran maltratados, ordené publicar un edicto tomando su defensa: «Debéis condenar y castigar a cualquiera que perjudique a los judíos de nuestro ducado y actuaréis respecto a eso como lo haríais si se tratara de actos malévolos cometidos por cristianos hacia otros cristianos. Ésa es nuestra entera voluntad...».

Mi cuñado el cardenal me asistía y Giulio se bahía encerrado en su castillo no muy lejos de la ciudad. Aparentemente, la calma reinaba, pero flotaba en el aire algo siniestro que me preocupaba. Hipólito tenía cambios de humor, comportamientos de conspirador y desaparecía para mantener entrevistas misteriosas. Con grandes precauciones, acabó desvelándome que Giulio y Ferrante habían formado una conspiración para envenenarlo antes de asesinar a Alfonso y tomar el poder, efectuando así su venganza.

—Envío un mensajero a Su Señoría —concluyó.

Alfonso regresó inmediatamente. Los conspiradores fueron detenidos. Ferrante se echó a los pies de su hermano mayor, que lo azotó en la cara y le reventó un ojo. Todos fueron interrogados, juzgados y condenados a muerte. La ejecución tuvo lugar en un patio interior del Castel Vecchio. En frente del cadalso estaba la tribuna de honor donde se encontraban el duque y sus dignatarios. Trajeron a Ferrante, Giulio y sus cómplices tirando de sus cadenas. Esos últimos fueron decapitados y descuartizados. En cuanto fue el turno de sus hermanos, Alfonso detuvo a los verdugos con un gesto de la mano y los dos culpables fueron emparedados dentro de una celda del fondo del castillo.

Intervendría en varias ocasiones para intentar liberarlos. Isabel actuaría de la misma manera, así como François y muchas otras personas trastornadas por la crueldad del castigo. Alfonso se ensimismaría en su intransigencia. Con el tiempo, los emparedados serían casi olvidados.

A finales de ese año 1506, otro prisionero al que estaba muy apegada dio súbitamente noticias. César había conseguido lo imposible. Se había escapado de Medina del Campo y se había refugiado en el palacio del rey de Navarra, su cuñado. Había escrito inmediatamente a François de Gonzague, que me puso al corriente de lo ocurrido. La alegría fue tan grande que las tristezas se borraron y la vida tomó mil colores tras las paredes siniestras del Castel Vecchio. Entre Ferrara y Mantua se multiplicaron los correos. Habíamos obrado tanto para hacerle liberar, y esa evasión inesperada reforzó nuestra complicidad. Nos unía una misma preocupación: ayudar a César a restablecerse en sus tierras de Francia. Escribí enseguida a Luis XII que se negó a recibir a un fugitivo de las celdas de su primo el Rey Católico. Sin desanimarme, removí cielo y tierra escribiendo una cantidad de cartas para todas las cortes, hasta Venecia. Con ardor defendí la causa de mi hermano y soñaba con él, aureolado de gloria, si encontraba el medio de recuperar el poder. ¡Con él volvería a brillar el sol de los Borgia!

Alfonso me dejaba actuar en libertad. Estaba embarazada, no tenía fiebre, era feliz y pensaba que se abría una era de felicidad. Carnaval estaba cerca y convoqué a todos los artistas de Ferrara. Quería comedias, entretenimientos, bromas, bailes, un desfile de máscaras deslumbrante. Strozzi y Tebaldeo me ayudaron a decorar los grandes salones y a escoger los tejidos preciosos para mis próximos vestidos. François de Gonzague había recibido el título de «gonfalonero de la Iglesia» y anunciaba su visita para el inicio de los bailes de disfraces.

En su honor desplegué todas las magnificencias y bailé con tal frenesí, que al final de la primera velada perdí el bebé que esperaba. Alfonso se enfureció y me echó en cara mi frivolidad.

—François se os sube a la cabeza. En vuestro estado, una no se mueve como vos lo hacéis. La próxima vez, os vigilaré desde más cerca.

Dos días después me había restablecido y recuperé mi lugar en la sala de baile. El

mal ya estaba hecho. Ya no tenía nada que perder. Si había que vivir, a buenas o a malas, hasta el último día, me decía, mejor hacerlo con alegría. Y las pequeñas fiestas siguieron a las grandes recepciones, permitiendo conversaciones elocuentes sobre varios temas de filosofía. Había llegado el momento para Alfonso de efectuar su gira anual de prospección y yo me quedé gobernando el ducado. Estábamos a finales de abril de ese año 1507, que ha permanecido grabado en mi memoria para siempre.

Terminaba una reunión de trabajo y la conversación se había centrado en la extrañeza del destino, la vida, la muerte, el dolor cuando desaparecía un ser querido. Recordaba el que sentí por mi padre y concluí que jamás me dejaría sumir en un desgarró así.

—Dominarse es una obligación, porque la vida es un perpetuo «hacia delante».

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, unos ruidos llegaban del patio del castillo: voces y el crepitar de los cascos con herraduras. Las puertas de la sala se abrieron con brusquedad y apareció mi confesor, que se detuvo y, con voz grave, me anunció la muerte de César. Herida de lleno en el corazón, incliné la cabeza fijando la mirada en mis manos crispadas sobre los pliegues de mi vestido. Debía dominarme por obligación y declaré:

—Cuanto más intento acomodarme a Dios, más me hace visitarle.

En el silencio general, añadí:

—Le doy las gracias a Dios y me alegro de lo que le gusta.

Hice venir al caballero que había traído la noticia. Era el paje de mi hermano y le animé a que me contara la muerte de su señor. Una batalla cerca de Viana. Combatía con sus cuñados Albret y se había lanzado tras el enemigo que huía. Lo persiguió con tanto ardor que se había quedado solo en las líneas adversarias, asaltado, herido, matado, despojado de sus armas y su ropa. Desnudo sobre el suelo del invierno. Así lo habían encontrado.

—¡Ha muerto como un soldado! —dijeron los hidalgos presentes.

Ante las personas de mi corte a las que había edificado con bellas palabras, fingí la indiferencia volviendo a las últimas súplicas examinadas y bromeé sobre las probabilidades de una mentira. Pero en la soledad de mi habitación, no pude contener el grito de mis entrañas que ahogué echándome sobre la cama. César, desnudo en el frío de la noche, descuartizado por veintitrés espadazos, abandonado en la vergüenza y la humillación. Había triunfado sobre todo, lo había esperado todo, y de repente le había faltado todo, hasta ya no ser nada. El sol de los Borgia se había extinguido para siempre. Mi hermano, mi carne, mi sangre... Por su culpa había sufrido, pero le había perdonado. Por él sufría y lloraba.

Los campanarios de Ferrara tocaron a muerto. En todas las iglesias y en todos los monasterios hice decir misas y rosarios. Me retiré al convento para ocultar mi pesar y rogarle a Dios que aceptara mis sufrimientos para la salvación de mi alma. En lo más hondo de la desesperación, vi otras luces que me dieron la fuerza de dar otro paso «hacia delante». Con Strozzi, mi confidente, hablaré mucho tiempo de ese hermano

de leyenda enviado por la Providencia para crear la unidad de Italia. Era el brazo, y el papa Alejandro VI era la inteligencia. Mi poeta escribirá el canto épico de ese sueño imposible que habían compartido. Piadosamente, reuní los recuerdos esparcidos de mi querido César, su paje, sus hijos naturales, Girolamo y Camilia. Al primero pronto lo desposé con una joven noble de Ferrara. La segunda, educada en mi corte, entró luego al convento bajo el nombre de Sor Lucretia.

Al filo de las pruebas, el callo del sufrimiento se hacía más grueso. Al resguardo de su caparazón, mi corazón seguía siendo sensible, dispuesto a escuchar y amar. El final de César me había herido en la carne y el orgullo. Dios golpeaba con dureza para arrancarnos a las vanidades y enseñarnos la humildad. Me centraba cada vez más en la plegaria y la meditación que me arrastraron hacia penitencias rigurosas. Temía el castigo de Dios, pero tenía fe en su misericordia si me comportaba como humilde sirvienta. Los fastos, los honores y el lujo ya sólo serán un juego impuesto por las circunstancias. Dios había tenido sus razones para situarme en el trono de Ferrara. Ofreciéndome la riqueza, me mostraba el camino de la caridad que conduce al amor verdadero.

Hubo una noche y hubo una mañana, decían las Escrituras. Durante el verano, tuve la inmensa alegría de volver a ver a mi pequeño Rodrigo. Vino de Bari por unas cuantas semanas. Pude mimarlo, quererle, jugar con él, descubrir su carácter, sus gustos y observar sus progresos en la práctica de distintos ejercicios. Mi corazón de madre se desplegaba por fin y recobré el entusiasmo de antaño. Me recordaba a mi amado Alfonso. Era el fruto de nuestro amor, lo quería con locura, y su ternura fluía en mi interior como un raudal de miel. Me hubiese gustado quedarme con él, pero me negaron ese favor. Su partida fue desgarradora. Si hubiese sabido que no volvería a verle...

A finales de otoño estaba embarazada. Alfonso me rodeó de mil atenciones y ordenó más comodidades en mis apartamentos, que fueron renovados, ampliados con un jardín colgante, y mejor calentados durante los meses de invierno. En un rincón de la habitación, bajo una tienda para protegerle de las corrientes de aire, prepararon la alcoba del bebé con la cuna cincelada en Venecia, engalanada con sábanas bordadas y cortinas de satén blanco. Las fiestas de Carnaval fueron resplandecientes y permanecí en el balcón para asistir a los magníficos desfiles. Me privaba de los bailes y sólo tuve derecho a las representaciones teatrales. Ariosto triunfó con sus *Amores de Erófilo y de Caridore*, que aplaudí con ardor.

El 3 de abril de 1508 empezaron las contracciones y el castillo se puso en efervescencia desde las bodegas hasta los desvanes. Médicos y comadronas se precipitaron a la cabecera de mi cama. El único que no vino fue Alfonso. Con el pretexto de asuntos urgentes, había huido a Venecia para conjurar la mala suerte. Por la mañana, di a luz a un niño gordo y mofletudo que había achatado su nariz para salir mejor. Milagrosamente no tenía fiebre y me sentía bien. Alfonso regresó a galope tendido y cogió al bebé entre sus manos:

—No es guapo —dijo—, pero me parece que tiene la voluntad de vivir.

Le quitó el paquete y lo exhibió bajo la mirada de los dignatarios que habían venido a darnos la enhorabuena:

—Vedlo vosotros mismos —exclamó con orgullo—, ¡está sano y bien dotado con todo lo que hace falta!

La duquesa de Ferrara por fin había cumplido con su deber; sostuvo la mirada de mi esposo haciendo melindres:

—Sabía que lo conseguiría. Sólo nos hacía falta un poco de perseverancia.

—Para satisfacerme, Madonna, quiero otro y otro. Así me colmaréis.

Doblegándome a su voluntad, le daría varios herederos. Y habría muerto antes si la guerra y las preocupaciones de la política no nos hubiesen separado algunas veces. Cuatro días después del bautizo, Alfonso se marchó a la corte de Francia. El Papa Julio II se disponía a excomulgar a la Serenísima. Graves hostilidades iban a desencadenarse. Ferrara amenazaba con ser arrasada.

Capítulo XVI

Algunas tormentas precedieron a la tempestad. Don Segismundo, del que nunca se hablaba de lo discreto que era, se cayó por una escalera y se rompió la cabeza. Fue enterrado y sus hermanos mayores Alfonso e Hipólito mostraron una indiferencia absoluta. Algunos días después, el 4 de junio de 1508, un sacerdote español, al que había acogido por ser compañero de evasión de César, sucumbió al puñal de un sicario, y ese crimen inexplicable me dejó estupefacta. De repente el 6 de junio al alba, Ercole Strozzi fue descubierto asesinado, el cuerpo tajado con veintiséis heridas. Su cadáver yacía cerca de la casa Romei, no muy lejos de su palacio. Se había despedido de mí algunas horas antes y me quedé petrificada, desamparada, trastornada. Había perdido a mi poeta, mi confidente, mi consejero, el organizador de mis fiestas, el mensajero de mi correspondencia amorosa con Pietro Bembo y François de Gonzague. Era el único que conocía mis secretos, pesares y tormentos. Era el hermano de corazón que sabía escuchar y entender; sobre todo sabía distraerme, deslumbrarme e inspirarme todos los atrevimientos.

¿Quién le había matado y por qué? El horroroso sentimiento de ser responsable de su muerte me torturaba. Para complacerme, había alabado a César. En más de mil ocasiones había arriesgado su vida para transmitir mis cartas a pesar del peligro. ¿Era su devoción lo que lo había perdido? A Alfonso no le gustaba y lo hacía vigilar. Seguí la investigación angustiada, pero rápidamente fue enterrada. Tuvo un funeral magnífico en presencia de toda la ciudad en luto. Me escondía para llorar al amigo tan cercano, mi otro yo en el que me reflejaba. ¡Cuánto lo iba a echar de menos!

En su recuerdo, compré la casa Romei delante de la cual lo habían descubierto, tendido junto a su muleta. Se convirtió en el convento de San Bernardino que inauguré retirándome durante algunos días. Allí tendría mi celda en la que iría a recogerme a lo largo de los años, y la hija de César pronto cogería los hábitos. Dejé Ferrara en cuanto empezó el calor del verano y me instalé en Reggio donde el azar puso en mi camino a otro poeta, el Aretino, al que había protegido en Roma cuando era la duquesa de Bisceglie. Entonces mi segundo esposo lo admiraba, y tuve la impresión de que me lo enviaba para consolarme.

Al regresar al Castel Vecchio, tuve la sorpresa de ser acogida por Alfonso, que se mostró más galante. Vino a mis apartamentos más a menudo durante el día y me anunció que a partir de ahora cenaría en mi compañía. Se mostraba más elocuente y amable. ¿Acaso entendía por fin que el amor no se limitaba sólo al deber conyugal? Un hijo nos unía alrededor de la cuna cincelada, y otro niño estaba en camino. Como buen padre, se preocupaba por su porvenir en un ducado amenazado por la guerra.

La potencia invasora de Venecia alarmaba a los príncipes italianos y a los soberanos que tenían miradas sobre nuestra península. La «liga de Cambray» fue

firmada en diciembre por el emperador Maximiliano, Luis XII y el Rey Católico. A principios de 1509, Julio II se unió a ella y pronunció la excomunión de la Serenísima, que se había apropiado los territorios de Romaña abandonados por César y se negaba a devolverlos a los Estados de la Iglesia. Alfonso dudaba en unirse, pero no podía echarse atrás. Con voz grave, me expuso sus motivos:

—Los lazos de Ferrara con Francia y sus deberes para con la Santa Sede nos obligan a unirnos a la liga. Presentaré mis reivindicaciones: el Polesino y Rovigo, que los venecianos me expoliaron.

—¿Qué hace Mantua? —pregunté—. ¿François no es un antiguo aliado de Venecia?

—El ilustre marqués corre la misma suerte que yo. No puede abstenerse. Él también tiene tierras que reclamar.

Miró al pequeño Hércules que balbuceaba agitando las manos, dulce y bonito, con la piel blanca como la leche.

—Será mi heredero —dijo con una voz emocionada—. Debo luchar por él para conservar nuestro ducado. Y os necesitaré, mi amada esposa, para gobernar en mi ausencia.

—Odio la violencia. No sé si podré.

—Tenéis sangre fría. Y confío en vos. Sé que dirigiréis nuestra barca con toda la firmeza deseada.

A principios de abril, mi esposo fue nombrado «gonfalonero de la Iglesia», como César antaño, como el marqués de Gonzague recientemente. Bajo la bóveda de nuestra catedral, le entregaron con solemnidad la Rosa de Oro y el estandarte pontificio. Desde el balcón del palacio, lo vi, vestido con su armadura, encabezar mil quinientos hombres blandiendo lanzas y estandartes, y partir hacia la guerra con la larga cohorte de su temible artillería. Por primera vez mostraba los recién nacidos de sus fundiciones: dos cañones de dimensiones extraordinarias, el *Diablo* y el *Terremoto*, con los que pensaba pulverizar al enemigo.

—Son máquinas diseñadas por Leonardo da Vinci —le dije a Ariosto, que estaba a mi lado.

—Son espléndidas, *madonna*. Os prometo describir la escena en el poema épico que preparo, mi *Orlando furioso*.

La política, por una vez, me impidió aburrirme. Asistida por el Consejo de Sabios y el cardenal Hipólito, aguantaba con firmeza las riendas del Estado, acechando a cada instante la llegada de cualquier despacho. Alfonso se había reunido con Luis XII, que había tomado el mando de los ejércitos, y la batalla había empezado cerca de Agnadel. El 14 de mayo de 1509, las tropas del gran capitán de la Serenísima eran aplastadas. El *Terremoto* de mi estimado esposo había sembrado el terror y provocado la derrota. Los ferrareses manifestaron ruidosamente su entusiasmo que compartían.

Dos meses después, una carta de Isabel me informaba de que los venecianos

habían tomado Padua y que François había sido capturado, encadenado y llevado a Venecia donde lo habían metido en prisión. Enfrentándome a las barreras y las prohibiciones, le hice llegar al cautivo cartas de apoyo, víveres y medicamentos. Tenía el «mal de Nápoles» cuyas crisis eran cada vez más frecuentes y le enviaba con qué aliviarse. Mientras tanto, Isabel gobernaba Mantua y hacía aclamar a su hijo como si el marqués estuviese muerto. Imaginaba la desesperación de François de ser abandonado así. Pero no lo estaba, puesto que yo lo apoyaba. Para él, y para Alfonso, rezaba y hacía decir misas en mi convento.

El 25 de agosto, traje al mundo a un segundo hijo y respeté el deseo de mi esposo llamándole Hipólito. El cardenal no manifestó ninguna emoción en particular. Los combates proseguían. Se moría de ganas de reunirse con su hermano en la primera línea y no tardó en ponerse la coraza para marcharse. Me prometió enviar noticias y recibí su despacho: «Antes de esta noche, el ejército veneciano estará completamente aniquilado, con la ayuda de Nuestro Señor».

En efecto, fue una magnífica victoria la de los Este sobre la flota de la Serenísima, que se había aventurado demasiado adelante en el río Po. Esta vez el *Diablo* la había destrozado en mil pedazos. A finales de diciembre, asistí al triunfo de Alfonso. Vestida de terciopelo y oro, encabezando una larga hilera de veinte carrozas que transportaban a la corte, me dirigí a las orillas del pequeño Po, en lo bajo de la ciudad, para ver el regreso de mi guerrero vencedor. Dieciocho galeras confiscadas al enemigo desfilaron en un estruendo de salvas, tambores y sonidos de trompetas. En una de ellas estaba mi ilustre esposo, como un dios, en un traje magnífico y engalanado con joyas. Los habitantes de Ferrara agolpados en la orilla y en las murallas lo saludaron con aplausos y vivas. Mi corazón estallaba de orgullo. Ya no me arrepentía de haberme casado con Alfonso de Este.

Se celebraron fiestas y pensamos que la guerra había terminado. El Papa había firmado la paz con la Serenísima, que se había inclinado devolviéndole las posesiones de Romaña. El temido enemigo se había hundido, pero otra potencia le preocupaba, la del rey de Francia, cuyos ejércitos ocupaban una gran parte del norte de Italia y podrían avasallar a la península. De repente declaró que los franceses debían ser echados de las provincias que poseían y firmó un tratado de alianza con Venecia, liberada de su excomunión: la Santa Liga, a la que se aliaron el emperador Maximiliano y el Rey Católico.

Este giro político descolocó a todo el mundo, y a Alfonso el primero, que se negaba a luchar contra Luis XII, amigo desde siempre de los Este. Julio II vociferó mil sarcasmos contra su feudatario, que se había permitido emparedar vivos a sus dos hermanos y se beneficiaba de ventajas *ilegales* acordadas por el papa Alejandro VI. Su furia no tuvo igual, Echaba espumarajos contra los Este, contra los Borgia que siempre había detestado, y amenazó Ferrara con imprecaciones espantosas. Alfonso, muy tranquilo, no cedió. El 9 de agosto de 1510 fue excomulgado. La noticia aterrorizó a todo el ducado.

Mientras tanto, en Venecia, François de Gonzague era liberado, y recibía el mando general de las tropas de la República. El Papa, por su lado, le hacía entregar el estandarte pontificio y el título de «gonfalonero de la Iglesia» del que acababa de despojar al duque rebelde. Sin embargo, para asegurarse la lealtad del marqués de Mantua, cuya esposa era una Este, ordenó a Isabel que le mandara a su hijo Federico como rehén.

Ante todas esas desgracias que dividían a nuestra familia y provocaban la ruina de su Estado, Alfonso se ensimismó en su compromiso para con Francia.

—Es un abuso de poder —repetía—. El anatema sólo está justificado por motivos religiosos. No se puede constreñir lo espiritual a servir lo temporal.

¡Excomunió! Esa palabra resonaba en mí como una maldición. Admiraba la tranquilidad de Alfonso que no dudaba de su buen derecho, ni de la conformidad de su conciencia con la ley de Dios. Hija de papa, educada desde la infancia en el respeto de la autoridad de la Iglesia, y particularmente de su Vicario, me era muy difícil no estar horrorizada. Esa sentencia me achacaba como una maldita de la *familia* del Vaticano que me había visto crecer, de la Cristiandad a la que pertenecía. Por orden del Papa, se cerraron las iglesias. Nos privaban de los sacramentos, nos privaban de Dios. Eso me abrumaba y postraba, y me sentía herida de muerte en el alma. También habían tocado mi corazón, puesto que François, al que amaba como a un hermano y que había apoyado en su desgracia, a partir de ese momento era el jefe de nuestros enemigos. ¿Qué iba a ser de nosotros frente a tantas desgracias?

Mi desasosiego se convirtió en pánico cuando me enteré de que el Papa había reunido a su ejército y se dirigía hacia Módena. Inmediatamente, di la orden de empaquetarlo todo: alfombras, plata, objetos preciosos, joyas, sin olvidar los perros y el loro. Tenía miedo de la violencia, miedo de Julio II, el enemigo de mi padre. Quería huir a Milán, bajo la protección de los franceses... Los habitantes de Ferrara, a su manera, me recordaron las obligaciones de mi rango, afirmando que si me marchaba, desertarían de la ciudad. Me avergoncé de mi egoísmo y cobardía. Me había dejado llevar por mis nervios de mujer olvidando que era la duquesa de Ferrara, solidaria con su ilustre esposo y súbditos, tanto en la felicidad como en la adversidad. Esos últimos habían jurado morir antes que rendirse.

Entonces, hice lo que era mi deber. Para defendernos, era necesario tener dinero. Empeñé la plata y una parte de las joyas. Alfonso se había puesto la cota de mallas. Con sus cañones y las tropas de Luis XII partió al encuentro de los ejércitos de la Santa Liga y luchó como un león. Mientras tanto, centraba toda mi energía en encontrar con qué cubrir las necesidades de la población. Tenía frío en este duro invierno, tenía hambre. En el patio del castillo, se encendieron braseros día y noche, y se sirvió comida. Desde Mantua, Isabel me mandaba clandestinamente víveres y medicamentos. Su marido estaba en el campo del adversario, pero ella seguía siendo una Este. Me ayudó mucho.

Años de guerra, años de pruebas que ponían de manifiesto los temperamentos y

caracteres. Por primera vez en mi vida, aprendía a apreciar a las gentes en su valor y abnegación. Esas personas sencillas, maravillosas en fe y resistencia, aceptaban todos los sacrificios por el honor de Ferrara y el duque al que admiraban. Soplaban una brisa de heroísmo en la ciudad, y a su vez yo me sentí transportada. Éramos una gran familia, unida en el sufrimiento, y gastaba sin contar. Olvidaba mi miedo buscando las palabras que reconfortaban a los más inquietos.

La caída de Mirandole nos hizo temer lo peor. La invasión, la ruina. A principios de febrero de 1511, la fortaleza de Bastida que dirigía el curso del Po fue asediada. El tiempo se detuvo. Del resultado de esa batalla dependía nuestra vida. Con qué fervor suplicamos al Cielo que nos salvase. Y se produjo el milagro. Una artimaña del caballero Bayard permitió sorprender a los soldados del Papa y machacarlos por detrás. Ferrara se salvó. Y festejamos a los vencedores colmándolos de bailes, música y banquetes, en un fasto y una elegancia que calificaron de mágicos.

Los capitanes franceses animaron la ciudad con su turbulencia y alegría. Eran bastante educados con las damas y usaban el «habla cortés». Cantaban las alabanzas de Alfonso, que se había ilustrado con acciones admirables y cuyos cañones hacían maravillas. Aplaudía tan emocionada, que me puse a llorar, y mi esposo se giró hacia mí para hacerme cumplidos ante toda la asamblea. Estaba orgulloso de lo que había hecho mientras él luchaba. Nos unía un nuevo sentimiento: una estima afectuosa que podía parecer una tierna amistad. Después de los enfrentamientos de la incompreensión, un destello de amor por fin se encendía y no temía mostrarse.

El Papa enfermó y la guerra se detuvo, el tiempo de recuperarnos durante el invierno y celebrar alegremente el Carnaval. Ahora bien, en primavera volvieron a emprenderse las hostilidades con más vigor. Luis XII seguía siendo nuestro aliado, y Maximiliano decidió enviarnos sus soldados de infantería. Alfonso encabezó las tropas francesas con Gastón de Foix. Tuve el valor de sonreír al verlos partir, pero temblaba de miedo y me fui a rezar al convento con todas mis damas. Tenía un siniestro presentimiento.

El 11 de abril, cerca de Rávena, se encontraron con las fuerzas pontificias aumentadas con las tropas españolas. El choque fue violento y el combate duró más de ocho horas. Fue sangriento, pero fue una victoria para Ferrara. El *Diablo*, el *Terremoto* y un nuevo cañón llamado *Julia*, por la estatua del Papa con que había sido fabricado, devastaron las tropas enemigas. Alfonso regresó cubierto de gloria, con un enorme botín y muchos prisioneros. Había dejado en el campo de batalla al apuesto Gastón de Foix que me hacía la corte y muertos por millares. El caballero Bayard y su «Leal Servidor» no acababan de contar la terrible jornada.

Espantoso año 1512. Nuestra victoria no conoció un futuro bueno. El señor de La Palice no tenía la autoridad de su predecesor y la discordia dividió a los franceses, que se pusieron a saquear, quemar y violar, como en tiempos de Carlos VIII. Italia, ultrajada, respondió a la llamada de Julio II, que reunió un enorme ejército para echar a los «nuevos bárbaros». Los soldados de Luis XII volvieron a cruzar los Alpes y las

tropas de Maximiliano se instalaron en Milán.

—Esta vez estamos realmente solos —dijo Alfonso—. El Papa triunfa. Nos tiene.

—Matará a todos vuestros súbditos. Sólo veo una solución: el arrepentimiento. ¿Estáis dispuesto a pedirle perdón a Su Santidad?

—Por la salvación de Ferrara y la fe de sus habitantes... ¡Sí!

Isabel aprobó la idea y se encargó de obtener el consentimiento del Vaticano. En el mes de julio, nos concedieron un salvoconducto. Alfonso liberó a todos los prisioneros y se vistió de penitente para dirigirse a Roma y declararse culpable a los pies del Soberano Pontificio. Me confió la regencia y me estrechó entre sus brazos. Disimulando las lágrimas en mi pelo, susurró con voz emocionada:

—Hasta pronto, Lucrecia. Sois la mejor esposa que podía desear, y juro ante Dios que regresaré.

Besó a sus dos hijos y se subió a la montura. Desde la ventana seguí su silueta hasta el fin del horizonte. La angustia me oprimía el corazón. Me moría de miedo de no volver a verle. Pero rezaba con fervor.

A principios de julio, Alfonso estaba en Roma y fue bien recibido. En un breve mensaje, me comunicaba que se había presentado ante el consistorio y se había prosternado llorando ante el Papa, que le había concedido la absolución. Ya no había excomunió. ¡Pero en qué condiciones!

Alfonso debía abdicar, abandonar su soberanía sobre Ferrara, renunciar a todos sus derechos en provecho de la Santa Sede y permanecer en Asti con su familia. Inaceptable, ésa era la última palabra de la nota. Entonces experimenté el tormento del silencio. Corrían los rumores más alarmantes. Por fin llegó un correo que me tranquilizó. Dentro de sus zapatos llevaba cosida la carta que me devolvió la esperanza. Para escapar del castillo Saint-Ange, Alfonso había huido de Roma con una escolta pagada por los Colonna. Estaba a salvo en su fortaleza de Marino y me pedía que le esperara con confianza.

Las arcas estaban vacías. Una vez más, empeñé mis joyas para hacer frente a las necesidades de centenares de heridos que llenaban los hospitales. La guerra había arruinado al país y ya no se sabía el número de huérfanos, viudas y viejos abandonados. Tanto de día como de noche, no descansaba ni un minuto corriendo aquí y allá para aliviar la miseria y reconfortar a los que habían caído en desgracia.

Entonces recibí un mensaje que me atravesó el corazón. Sin tacto me comunicaban que mi hijo Rodrigo había muerto en Bari a mitades de agosto. Era el 7 de septiembre, día marcado con una cruz. Escuchando sólo mi dolor, me encerré en San Bernardino y lloraba sin cesar en el secreto de mi celda. Sólo tenía a Dios para oír mi pesar, mis remordimientos y mi sufrimiento. No tuve tiempo de sumirme en mi desgracia recordando el pasado, ni incluso de pedir los vestidos de luto que convenían en la circunstancia. El cardenal Hipólito me sacó del convento. Alfonso estaba camino de regreso. Debía acicalarme para recibirle con gran ceremonia. Y su entrada en la ciudad provocó un delirio inmenso. Dejando de lado mi dolor, compartí

la alegría del pueblo de Ferrara. El soberano duque que había triunfado ante todas las calamidades no pudo retener la emoción cuando desde lo alto de la escalera del palacio avancé hacia él llevando de la mano a sus dos hijos. Le extrañó mi palidez:

—Rodrigo ha muerto —le dije—, y espero otro hijo.

En los salones iluminados por antorchas, la fiesta fue espléndida, pero al final de la velada Alfonso me explicó que la guerra seguiría. Una guerra a ultranza contra el Papa. A partir del día siguiente, se enrolaron hombres y se distribuyeron armas. Necesitábamos dinero, así que empeñé mis mejores joyas, las esmeraldas, los zafiros y los rubíes. Mis damas se pusieron a hacer hilas y mandé apilar en las tiendas provisiones de madera y comida para hacer frente a un largo sitio. No cesaba de rezar y me conformé a la regla de la Tercera Orden de San Francisco, de la que era miembro desde hacía poco. Estaba dispuesta a lo peor y me repetía que lo importante no eran los acontecimientos que se avecinaban sino la manera de aceptarlos.

A finales de febrero de 1513, de repente nos enteramos de que el papa Julio II acababa de expirar. El ducado entero no pudo contenerse y dejar de manifestar su alivio. Ya no habrían más combates, la guerra había terminado y Ferrara estaba salvada. Seguida por el cortejo de mis damas, visité todas las iglesias y le di las gracias a Dios por haber salvado al mundo de ese Holofernes.

La rueda giraba. En el buen sentido esta vez, puesto que el nuevo Papa elegido fue Juan de Medici, el hermano de la dulce Madeleine que se había casado en el palacio Borgia. Tomó el nombre de León X e invitó al duque de Ferrara a su coronación. En el Vaticano había otro aliado, mi estimadísimo Pietro Bembo que a veces me escribía y cuya amistad conservaba. Nombrado cardenal, era el secretario de Su Santidad. Recordaba nuestras conversaciones sobre el amor, el dulce lazo del mundo que era el centro entre las cosas celestes y las cosas terrestres, el comienzo y el fin de todo bien. A veces volvía a leer sus *Asolani* y me decía que la unión de nuestras almas ya no se produciría en el éxtasis, sino en Dios, puesto que el fuego divino era el amor verdadero.

Ferrara por fin pudo vivir en la paz y curar sus heridas. De nuevo celebramos fiestas y la corte se agolpó en los grandes salones del castillo magníficamente iluminados. Acogí en el fasto a Prospero Colonna. Gracias a su apoyo, Alfonso había regresado sano y salvo, y no olvidaba que antaño otros Colonna habían protegido a Alfonso de Bisceglie cuando había huido de Roma hacia Nápoles. El pasado no dejaba de atraparme.

Como antes, hubo bailes, música y banquetes, cacerías con leopardos y halcones, meriendas y paseos por el río. Tebaldeo me asistía, al igual que Ángela, que no había perdido nada de su impetuosidad. Inventamos juegos, y nuevos vestidos. La corte debía brillar para conservar a sus artistas y poetas. ¿Sin ellos quién iba a cantar las alabanzas de los Este? Ariosto seguía siendo el más fiel. Tiziano hará un alto en nuestra ciudad, el tiempo de pintar una alegoría sobre el amor sagrado y el amor profano. En Roma, el papa Medici atraía a los nombres más reputados de la

península. Al igual que en los tiempos de mi padre, el Vaticano destellaba de mil luces y la sociedad más refinada se encontraba allí. Empobrecidos por la guerra, no podíamos rivalizar.

Desde Ferrara a Belriguardo o Belfiore, los años pasaban. Alfonso me asociaba más estrechamente al gobierno del Estado y seguía honrándome cada noche. Varios hijos agrandaron nuestra familia. En abril de 1513 di a luz al pequeño Alejandro. Al igual que el primero, nacido en Reggio, era enclenque. Murió a la edad de dos años. La tristeza de ese luto fue suavizada, el 4 de julio de 1515, por el nacimiento de una niña, Eleonora. En noviembre de 1516 tuve otro hijo y lo llamé François, como el ilustre marqués de Mantua que ya no me escribía cartas galantes. Su mal lo carcomía y lo exhortaba a que se mortificase. Bajo mi influencia, se había unido a la Tercera Orden de San Francisco, en la cual éramos hermanos para siempre.

Ya casi no me importaba no tener poetas que me alabasen a lo largo del día. Mis obligaciones oficiales, el examen cotidiano de las súplicas, el pueblo de Ferrara y la educación de mis hijos, que crecían magníficamente, me mantenían ocupada todo el tiempo.

Acababa de celebrar los treinta y ocho y ya no tenía edad para las frivolidades. Había medido las vanidades de este mundo y me retiraba más a menudo al convento para hacer penitencia en el silencio y el despojo. La muerte de César, la de Rodrigo y las desgracias de la guerra me habían dado el sentimiento de una advertencia por parte de Dios. Desde la excomunión, sobre todo, temía el castigo y me centraba en los ejercicios de piedad. No era fácil olvidar a la duquesa de Ferrara que debía aparecer y representar. Bajo los vestidos de terciopelo y seda, el cilicio me hacía regresar al espíritu de pobreza. El sufrimiento purificaba mi alma, y anhelaba un poco de paz en mi conciencia atormentada.

El 26 de diciembre de 1518 mi madre murió en su casa de Roma. La noticia me llegó al día siguiente y corrí a refugiarme a San Bernardino. En la intimidad de mi celda, di libre curso a mi pesar. Las imágenes de la infancia me sumergían con tanta fuerza que cogí una pluma y las plasmé en las páginas de un librito para liberarme. De repente me sentía muy sola. Jofre había muerto el año anterior en su principado de Squillace. De los cuatro hijos de *madonna* Vannoza, era la última y esta narración despertaba los recuerdos. Los de un amor imposible del que era fruto, y que me había señalado con el pecado.

En un espíritu de redención, había pronunciado seis meses antes mis votos de hermana terciaria de San Francisco. No por ello dejaba de ser la esposa de Alfonso de Este, cuyas asiduidades volvieron a surtir efecto. A principios del año 1519, volvía a estar embarazada, por la doceava vez en mi vida; y este niño, al igual que los anteriores a los que había traído al mundo, era el resultado del deber. Concebido en la estima y la fidelidad.



¿He sido amada? ¿He sabido amar?

Me duele el cuerpo. Estoy cansada y agotada de sufrir en la carne, hastiada del placer de los sentidos que pone trabas a la exaltación de mi alma. Otro amor me espera y susurro, como el santo de Asís:

Oh Jesús, llego a puerto,
recíbeme cerca de ti,
abrázame siempre,
transfórmate en mí,
en la verdad y la caridad.



Fin

Epílogo

La noche del 14 de junio de 1519, la duquesa de Ferrara dio a luz antes de término a una niña tan enclenque que fue bautizada durante la noche con el nombre de Isabelle-Marie. Algunas horas después, la Fiebre se apoderó de Lucrecia. Una fiebre puerperal acompañada de violentos dolores de cabeza y sangrados de nariz. Alfonso de Este, desconsolado, no se apartaba de la cabecera de su cama. En los momentos de calma, Lucrecia le sonreía y prometía curarse como en el mes de agosto de 1503, tras su primer aborto. La población de Ferrara rezaba por ella en todas las iglesias de la ciudad, implorando un milagro. Consciente de la gravedad de su estado, volvió a leer su testamento que incluía numerosas donaciones a iglesias y conventos, y lo firmó. Después hizo llamar al obispo de Adria para declararle:

—Deseo, en el plazo más breve, una bendición muy especial.

Con una voz firme y pausada, dictó su carta al papa León X:

Muy Santo Padre:

Beso con el mayor respeto los pies sagrados de Vuestra Beatitud y me encomiendo humildemente a vuestra santa gracia. Habiendo sufrido durante dos meses los dolores de un embarazo muy duro, he dado a luz a una niña como le ha complacido a Dios. Esperaba que el alumbramiento me aliviaría, pero se ha producido lo contrario. El favor que me concede el Creador es tan grande que sé que mi fin está cerca... Llegada a este punto, vengo en cristiana, aunque en pecadora, a pedirle a Vuestra Beatitud que se digne a querer buscar en el tesoro espiritual para ofrecerle un alivio a mi alma por su santa bendición. Se lo suplico devotamente y encomiendo a su santa gracia a mi esposo y mis hijos, que son todos servidores de Vuestra Santidad.

De Vuestra Santidad la humilde sirvienta.

Lucrecia de Este

Pasó una semana durante la cual tuvo altibajos. Tuvieron que cortarle el pelo para aliviar el dolor de las migrañas. El 22 de junio recobró la serenidad y parecía renacer a la vida al tomar un poco de caldo. El obispo Adria vino a anunciarle que el Papa le enviaba la bendición solicitada. Entonces se confesó, comulgó y recibió la Extremaunción, y después cerró los ojos diciendo:

—Soy para siempre de Dios.

La parálisis se apoderó de sus miembros y fue la agonía. El 24 de junio, *madonna* Lucrecia exhaló el último suspiro bajo la mirada de su esposo el duque Alfonso, arrodillado en la cabecera de su cama, que le apretaba la mano con expresión aturdida.

Sus restos mortales, vestidos con el hábito de franciscana, fueron transportados al convento del Corpus Domini donde fue enterrada al lado de la duquesa Eleonora y el duque Hércules.

A su sobrino, Frédéric de Gonzague, Alfonso escribió ese día:

Le ha complacido a Dios llamar hacia él el alma de mi estimada esposa... Y no es sin soltar lágrimas que trazo estas palabras, tan cruel es verme privado de una compañera tan apreciada y dulce, porque lo era para mí por la excelencia de su comportamiento y el tierno amor que existía entre nosotros.

De los hijos de Lucrecia, el mayor, Hércules, sucedió a su padre bajo el nombre de Hércules II, y se casó con Renée de Francia, hija de Luis XII. Su hijo, Alfonso II, fue el último duque de Ferrara.

El segundo, Hipólito, se convirtió en cardenal al igual que su tío e hizo construir la Villa de Este en Tívoli.

Eleonora fue la abadesa del Corpus Domini y murió a la edad de sesenta años.

François recibió el título de marqués de Massa Lombarda y murió joven, sin descendencia.

La pequeña Isabelle no sobrevivió a su madre.

BIBLIOGRAFÍA

- Apollinaire, G.**, *La Rome des Borgia* [*La Roma de los Borgia*], París, 1914.
- Ariosto**, *Orlando Furioso*.
- Bellonci, María**, *Lucrece Borgia et son temps* [*Lucrecia Borgia y su tiempo*], Plon, 1951.
- Bembo, Pietro**, *Gli Asolani*.
- Bérence, Fred**, *Lucrece Borgia* [*Lucrecia Borgia*], Payot, 1937.
- Blaze de Bury, H.**, *La Revue des Deux-Mondes* [*La Revista de los Dos Mundos*], 1877.
- Boccaccio**, *Decamerón*.
- Burckhardt, Jakob**, *Diarium*, París, 1883-1885, 3 vol.
- Cabanés, Doctor**, *Journal des cauches de Lucrece Borgia. Dans les coulisses de l'Histoire* [*Diaño de los partos de Lucrecia Borgia. En las bambalinas de la Historia*], París, 1929.
- Cagnolo**, *Lucrezia Borgia in Ferrara sposa a don Alfonso d'Este* [*Lucrecia Borgia en Ferrara se casa con don Alfonso de Este*], Florencia, 1807.
- Campori, G.**, *Una vittima della storia. Lucrezia Borgia* [*Una víctima de la historia. Lucrecia Borgia*], en *Nueva Anthologia* [*Nueva Antología*], 1866, vol. II.
- Catalano, M.**, *Lucrezia Borgia, duchessa di Ferrara* [*Lucrecia Borgia, duquesa de Ferrara*].
- Chastenet, Geneviève**, *Lucrece Borgia* [*Lucrecia Borgia*], Lattès.
- Cloulas, Ivan**, *Les Borgia* [*Los Borgia*].
- Collison-Morley**, *Les Borgia* [*Los Borgia*], Payot.
- Ferrara, Orestes**, *Le pape Borgia* [*El Papa Borgia*], París, 1939.
- Fernández y González, Manuel**, *Lucrecia Borja*, Madrid, Giner, 1975.
- Funck-Brentano**, *Lucrece Borgia* [*Lucrecia Borgia*], París, 1930.
- Gatti, B.**, *Lettere di Lucrecia Borgia a Pietro Bembo* [*Cartas de Lucrecia Borgia a Pietro Bembo*].
- Gervaso, Roberto**, *Los Borgia* [*Los Borgia*, Península, 1996].
- Gobineau**, *La Renaissance* [*El Renacimiento*, Madrid, Espasa Calpe].
- Gregorovius, Ferdinand**, *Lucrece Borgia* [*Lucrecia Borgia*, Círculo de Amigos de la Historia, 1975], París, 1876.
- Guicciardini, Francisco**, *Histoire d'Italie* [*Historia de Italia*].
- Infessura, Stefano**, *Diario della Città di Roma* [*Diario de la Ciudad de Roma*].
- Machiavelo**, *El príncipe*.
- Martini, Magda**, *Lucrece Borgia* [*Lucrecia Borgia*].
- Narbonne, Bernard**, *La vie privée de Lucrece Borgia* [*La vida privada de Lucrecia Borgia*].
- Petrarca**, *Cancionero*.
- Polofilo**, *La guardaroba di Lucrezia Borgia* [*El guardarropa de Lucrecia Borgia*],

Roma, 1903.

Rodocanachi, *Une cour princière au Vatican* [*Una corte principesca en el Vaticano*].

Rodocanachi, *La femme au temps de la Renaissance* [*La mujer en la época del Renacimiento*].

Yriarte, *Autour des Borgia* [*Sobre los Borgia*].

Yriarte, *César Borgia*.



GENEVIÈVE CHAUVEL Escritora y periodista francesa, Geneviève Chauvel creció entre Siria y Argelia antes de estudiar derecho y economía en París. Ha colaborado con medios como Paris Match o agencias como GAMMA o SYGMA. Gran conocedora del norte de África, Chauvel ejerció como reportera en Jordania o Mozambique, además de cubrir la Guerra de Vietnam, la de Kippour o la guerra civil en Angola. Ha escrito tanto ensayo periodístico como novela histórica y biografías noveladas.

Notas

[1] En cursiva, palabras en idiomas distintos al francés en el original. (*N. de la T.*). <<

[1] Sopas elaboradas con leche. (*N. de la A.*). <<

[2] 1485. (*N. de la A.*). <<

[1] Fernando el Católico, rey de Aragón. (*N. de la A.*). <<

[2] Rodocanachi, *La Femme au temps de la Renaissance* [*La mujer en la época del Renacimiento*]. (N. de la A.) <<

[3] República de venecia. (*N. de la A.*). <<

[4] Un documento inédito firmado por la mano del Papa y encontrado en los archivos de Florencia permite atestarlo. En su obra consagrada a Lucrecia Borgia, Maria Bellonci habla de ello. (*N. de la A.*). <<

[1] Esta carta del papa Alejandro VI al señor de Pesaro se encuentra en los archivos de Florencia. Maria Bellonci la cita en su obra de la cual se ha hablado anteriormente. (N. de la A.). <<

[1] Archivos del Vaticano. (*N. de la A.*). <<

[2] Archivos del Vaticano. (*N. de la A.*). <<

[3] Archivos del Vaticano. (*N. de la A.*). <<

[4] El jorobado. (*N. de la A.*). <<

[1] Jefe de policía, caballero de ronda. (*N. de la A.*). <<

[2] Casa de campo. (*N. de la A.*). <<

[1] R. Chabas, *Don Jofre de Borja y Doña Sancha de Aragón*, Valencia, 1893. Citado por Geneviève Chastenet en su libro *Lucrece Borgia*. (N. de la A.). <<

[1] Cuadro de Spagna, actualmente en el museo de Spoleto. Citado por Fred Bérence en su obra *Lucrece Borgia*. (N. de la A.). <<

[2] Francisco de Asís, *Amours mystiques [Amores místicos]*, canto xxxi. (N. de la A.).

<<

[1] Santa María de las Fiebres, en el emplazamiento actual de la sacristía de la Basílica de San Pedro. (*N. de la A.*). <<

[1] Alfonso el Magnánimo, amigo y protector de Calixto III. (*N. de la A.*). <<

[2] La pluma. Pero también, por extensión, el pene. Es una escena citada por Burckhardt en su *Lhanum*. (*N. de la A.*). <<

[3] Relacionado con los Este por su mujer Bianca Sforza, hermana de Ana, difunta esposa de Alfonso de Este. (*N. de la A.*). <<

[1] Mujer sola, soltera. Se ha escrito y elucubrado mucho a propósito de este infante «fruto del incesto». Es verdad que fue hijo de Lucrecia, pero no el de César y aún menos del Papa. Las bulas debían asegurarle una herencia. No tuvieron ningún poder tras la muerte de Alejandro. (*N. de la A.*). <<